This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

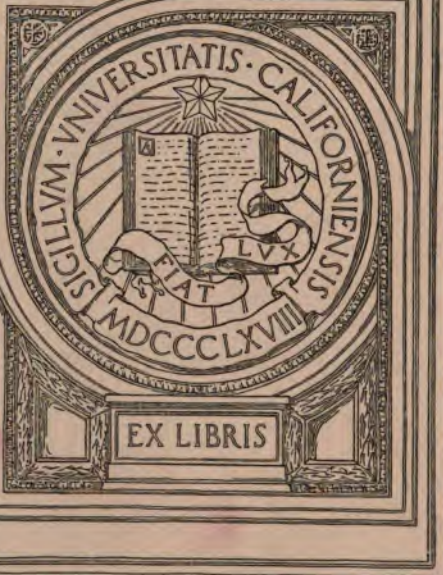
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



EX LIBRIS

789
M552
vir
1884

OBRAS

DE

JUAN LEÓN MERA,

Miembro correspondiente

de la

REAL ACADÉMIA ESPAÑOLA

LA VÍRGEN DEL SOL

LEYENDA

MELODÍAS INDÍGENAS

TOMO I

LEONARDO J. MUÑO
LIBRERIA
VENTA DE OBRAS
DE AUTORES NACIONALE
Venezuela Nº 86 Apdo. Nº 510
QUITO - ECUADOR

Barcelona

TIMBRE IMPERIAL, SECCION TIPOGRÁFICA DEL CRÉDITO CATALAN

12, ESCUDILLERS, 12

1887

PRESERVATION
COPY ADDED
M/F 11/6/90

Es propiedad del autor.
Quedo hecho el depósito que
marca la ley.

UNIV. OF
CALIFORNIA

LA

VÍRGEN DEL SOL

Leyenda indígena

DEDICADA A MI MADRE,

como testimonio

de tierno amor y profundo respeto.

J. León Mera

Ambato, Noviembre de 1856.

ERRATAS. (1)

Pág.	Lín	Dice	Léase.
26	7	el furor	al furor
30	últ.	á un árbol	un árbol
34	23	Que á mí azota	Que á mí me azota
55	2	Chimborago	Chimborazo
56	10	adornada	ornada
61	6	Pílalos	Pétalos
79	23	Rivales del cielo	Rivales del del cielo
80	26	rubíes,	rubíes
86	7	su primera	su primer
92	3	Sin saber, donde	Sin saber donde,
94	2	huyen	fluyen
114	16	A la fin Amunta	A la fin el Amunta
116	6	es entonces	es entonce
124	8	ya deslumbra	ya le deslumbra
133	15	entornando	en tornando
135	3	Poner en calma	Poner calma
143	7	Fuisteis	Tristes
144	20	desposado	despojado
148	22	crece	crecer
152	6	la familia	á la familia
155	2	potente	impotente
162	18	mal	el mal
165	18	A la ciudad	A la ciudad,
166	22	amarga	amaga
176	24	tus horas	sus horas
177	20	el silencio	al silencio

(1) No se ponen sino las muy sustanciales, dejando al buen juicio del lector los cambios, faltas y aumentes de letras y puntuación y otros errores tipográficos que no dañan la medida del verso ni alteran los conceptos.

M95695

Pag.	Lín	Dice	Léase.
189	22	tuviese	tuviera
193	19	Y trémula audaz	Y trémula andar
197	3	Y cuátil	Y errátil
„	15	De ha más	Do ha más
198	8	malo á sí mismo	malo y a sí mismo
„	18	mucho más	muy más
200	7	le turba	le conturba
207	9	Que en lloroso	Que en el lloroso
208	1	de repente	repente
213	16	presura	presurosa
216	6	morada	moraba
217	9	la más	lo más
236	17	Yo no soy	Ya no soy
246	22	vuelven	vuelan
251	6	Chimborago	Chimborazo
257	14	su furia	á su furia
259	11	dias	dios
261	17	Hoy ann	Hoy al fin áun
263	2	muerte	suerte
267	4	la ala	el ala
290	13	faz	paz
291	2	impía	impia
293	1	el corazón	un corazón
295	1	que no adora	que adora
296	8	De entonces	De entonce
305	3	el sol	del sol
306	5	canosas	canoras
307	17	canosas	canoras
314	16	de mi frente	de esta mi frente
321	2	Juan	Tomás
350	últ.	Guzco	Cuzco
351	22	estremecer	estremecerle
358	6	y mi gloria	y mi alta gloria
359	7	Chimborago	Chimborazo

Pág.	Lín	Dice	Léase
368	5	El tiempo ¡oh sol! retarda	El tiempo ¡oh sol! retarda Que las desgracias guarda
375	6	Di esposo	Mi esposo
„	21	Ves	Ver
376	21	Vano	Vago
383	20	Senaina-Cápac	Guaina-Cápac
390	17	dramacicar	dramatizar
396	1	este poeta	este poema

PRÓLOGO

Por 1854 me hallaba en el pueblecito de los *Baños,* perteneciente á la provincia *Tungurahua,* y bello y poético como una población suiza. Baños está en el fondo de la rotura de los Andes orientales, á la orilla derecha del tumultuoso río formado por las aguas del *Chambo* y del *Patate,* y sobre la antiquísima lava del volcán vecino. Allí escribí *La inspiración,* comienzo de La Virgen del Sol. Quien conozca ese lugar delicioso puede adivinar esto sin que yo se lo apunte: aquellas estrofas saben y huelen á la tierra en que nacieron, á esa tierra en que hierven y humean las afamadas aguas que llamamos *santas;* en cuyas vecindades se yergue hasta las nubes el magnífico *Tungurahua,* da su gran salto el *Agoyán* y comienzan las seculares é inmensas selvas que se dilatan hasta el Amazonas.

Cuando escribí esos versos no tenía yo plan ninguno, y sólo quise hacer *algo,* sin saber lo que al fin resultaría; cuento, leyenda ó poema. Desatinada manera de comenzar, á fe mía. Pero me olvidé pronto de aquel

embrión de obra poética, hasta que dos años después (á principios de 1856) dí con él al revolver unos papeles, y renació al punto mi antiguo vago pensamiento. Conocí la necesidad de darle forma determinada y fijeza, de hacer un plan ordenado, y le hice, en efecto, y canto tras canto quedó terminada la obrita en poco tiempo.

En aquellos días me preocupaba ya la idea, que después maduró y adquirió forma y colorido decisivos, de que los americanos podíamos y aun debíamos dar novedad á nuestra literatura, apartándonos del camino, clásico ó romántico, trillado por las escuelas europeas; novedad no alteradora de las formas ni corruptora de la lengua, cosas dignas de veneración y que debemos cultivar con afán, sino encaminada á renovar y vigorizar el fondo mismo de nuestras producciones literarias. No es mi intento reproducir en este prólogo lo que tantas veces he dicho en escritos anteriores; pero sí apuntaré brevemente mis ideas matrices, si cabe decirlo, que desenvueltas en La Virgen del Sol en *Cumandá* y en muchas poesías líricas, han venido á probar que la originalidad por mi recomendada á los poetas americanos no es irrealizable. En efecto lo que yo deseo y, á mi juicio, sería loable en ellos, es la novedad en la manera de sentir y pensar en vista de la naturaleza que nos rodea y nutre, de la historia antigua de nuestros pueblos, de la del tiempo colonial, especie de Edad Media del Nuevo Mundo, de la historia de nues-

tra independencia, rebosante de heroismo y grandeza, de la de nuestras actuales Repúblicas, mosáico de virtudes y vicios, esperanzas y desengaños, aciertos y errores, glorias é infamias; en vista de nuestras costumbres que todavía no han sido fundamentalmente modificadas y que á pesar de los refinamientos de las modas y del lujo europeos, conservan hermosos retazos, direlo así, de tela indígena y colonial en su sencillez patriarcal y pureza dignas de alabanza; en vista de las creencias religiosas de los antiguos hijos del sol, y de los triunfos sobre ellas alcanzados por la fe cristiana; en vista, finalmente, de las luchas de la vida, asaz diversas en nuestra sociedad de lo que son en la vieja sociedad europea. Para un observador, siquiera sea poco perspicaz, así en la superficie como en las entrañas de la naturaleza, la historia y las costumbres americanas, hay mucho nuevo que puede utilizar en la poesía y la literatura. Dícese que muchas veces el asunto de una composición se resiste por su naturaleza al *americanismo* que recomiendo. Yo no puedo negarlo; pero tampoco se me negará que en muchos casos cabe muy bien cierta novedad que no sólo no repugna en asuntos poco ó nada conexionados con América, sus pueblos, costumbres, etc., sino que los avalora á maravilla. ¿No tenemos mil objetos que pueden servirnos para comparaciones é imágenes originales? ¿Para qué, por ejemplo, acudir á las orillas del Rin en busca de castillos viejos, ni al Sena en busca de ondas turbias, ni al

Pactolo á pedirle arenas de oro, ni al Vesubio á admirar sus erupciones, ni al Africa á oir bramar sus fieras, ni al Oriente á robarle sus perlas? Todo esto han hecho algunos poetas y escritores americanos, sin acordarse que por aquí tenemos ruínas interesantes, y ríos magníficos, y estupendos volcanes, y una fauna riquísima y una flora asombrosa, y mares que encierran finísimas perlas, y otras cosas muy buenas, muy poéticas,—soberanamente poéticas, y que pueden servir para engalanar y dar nada común realce á cualquier argumento.

Para realizar mis ideas y hacer prueba de la posibilidad de echar nuestra poesía por camino desusado, pero conveniente, escojí un asunto indio de los tiempos en que se eclipsaba la gloria de los *incas* y los *shiris,* y en que España ponía los cimientos de su dominación en Sud-América. En La Virgen del Sol hay rasgos históricos, pero que han entrado solo incidentalmente: la historia principal, así como los episodios, son ficticios. Entre las miras que tuve presentes al acometer este poemita, una fué la de ensayar las fuerzas de mi ingenio para emprender luego un trabajo de más aliento: me atreví á pensar en una epopeya; más circunstancias adversas, que sería inútil recordar aquí, han hecho que *Huaina-Cápac* no se eleve del plan á la ejecución; ni será posible que en adelante realice mi pensamiento: un largo y difícil poema no es obra que se hace á mi edad. Felizmente con no hacerlo creo que poco ó nada pierden las letras.

El manuscrito de La Virgen del Sol fué visto en 1857 por unos pocos amigos de reconocida competencia literaria. El Dr. D. Gabriel García Moreno elogió la obrita con entusiasmo, y me aconsejó que la diese á la estampa. Igualmente favorable fué el voto de los doctores D. Pedro F. Cevallos y D. Miguel Riofrío; don Julio Zaldumbide acompañó la alabanza con algunas juiciosas observaciones, que supe aprovechar.

Al fin, por 1861 la leyenda vió la luz pública en esta capital. Tuve miedo, á pesar del juicio halagüeño de aquellos competentes censores. Confieso ingénuamente que nunca me ha faltado temor de publicar mis obras, y creo que he tenido razón, no porque careciese de fe en lo bueno de mis principios literarios, sino por desconfianza de poderlos llevar á la práctica con buen éxito. Sin embargo, el juicio público no tardó en confirmar el privado, y la censura de inteligencias extrañas vino á repitir cuanto había dicho la amistad. Y, con todo, ni entonces creí, ni creo ahora, que La Virgen del Sol barbee con la perfección; muy al contrario, la estética tiene sin duda mucho de que quejarse, aun después de las correcciones y añadiduras hechas para la segunda edición. Esta leyenda no pasa, pues, de ser un ensayo de poesía indígena.

La primera edición se agotó muy pronto, y luego sobrevino la demanda del poemita, así en el Ecuador como fuera de él; demanda que no ha podido ser satisfecha hasta ahora. Mis críticos me habían hecho algu-

nas observaciones, entre las cuales hallé no pocas que merecían ser acogidas. Siempre he procurado ejecutar el pensamiento que asenté en una nota de mi *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana:* «Todo el que se da al oficio de escritor, debe tener dos cántaras listas, la una desfondada para recibir en ella los votos de las malas pasiones y de la injusticia, y la otra entera para guardar con cuidado los de la honradez y la imparcialidad ilustrada.» Era, pues, necesario de todo punto revisar y limar la Leyenda, y yo no tenía espacio para hacerlo; y esa necesidad se me presentaba tanto mayor, cuanto yo mismo había descubierto lunares y manchas que era preciso quitar. Al cabo, tras largo tiempo de impotentes deseos, pude hacerlo, y he aquí la segunda edición á más de los veinticinco años de la primera, con cambios, alteraciones y aumentos.

Pero conviene que me apresure á advertir al lector, que he puesto especial cuidado en no desvirtuar ni en lo más mínimo la naturalidad y sencillez del plan primitivo, ni el colorido local, ni menos el espíritu indígena de los personajes del poema; pues al haberlo hecho así, habría censurado tácitamente á quienes le acogieron con agrado á causa de esas cualidades. La Virgen del Sol de 1886 es la misma, sin la más lijera diferencia sustancial, que la de 1861. Hay algunas personas que cuando ven reproducida una obra con enmiendas ó agregados, hallan algo que no les gusta, algo que juzgan defecto que no tuvo la edición anterior, no sien-

do á las veces otra cosa que aprensión proveniente de haber acostumbrado el entendimiento á lo que leyeron primero, y de tropezar en las lecturas posteriores con cosas que no esperaban y les sorprende por nuevas.

Las correcciones que he hecho son principalmente de lenguaje y de estilo: he puesto palabras castellanas en vez de las quichuas que abundaban inútilmente en la primera edición, dejando de éstas sólo las que me han parecido necesarias, porque al fin, en una obra indígena en el fondo, hay cosas que no se expresan bien con nombres españoles. En punto al estilo, he procurado limar todo aquello que me ha parecido impropio de las Musas. Cosa es ésta, á mi ver, por extremo delicada, y merecedora de que en ella se fijen con ahinco todos cuantos han trabado conexiones con esas deidades; pues las ideas por muy poéticas que sean, sino salen á luz bien aseadas y elegantemente vestidas, hacen el mismo efecto ingrato que algunas aldeanas bonitas con sus trajes de tela burda, adornos extravagantes y maneras ridículas.

El P. Solano, religioso francisco de respetable memoria por la copia y brillo de su saber, me había hecho la observación de que el P. Niza no figuraba cual debía en la Leyenda, y que Titu y Cisa, y Amaru y Gualda aparecían convertidos y casados con presteza inverosímil. Censura juiciosa, á no dudar, y cuyo fundamento he procurado hacer que desaparezca en lo posible. En 1861 era todavía incierta la manera como había desaparecido ó muerto el tirano Rumiñahui, é incurrí en el

mismo error histórico en que cayera el P. Valasco, que lo creía perdido entre las escabrosidades de la montaña que lleva aquel nombre; pero las indagaciones del erudito y laborioso Dr. D. Pablo Herrera han puesto en claro la verdad, y era menester trasladarla á mi Leyenda. Quizás Rumiñahui tomó el nombre de la montaña, y no ésta de aquel indio. Lo primero era muy usado antiguamente, y todavía se hallan muchos apellidos que tienen ese origen: *Chimborazos, Tungurahuas, Collanes,* etc., etc.

Llevado del deseo de sacar á luz mis obras (las que fuesen menos indignas del público), he formado el primer tomo añadiendo á La Virgen del Sol las *Melodías Indígenas*, que son del mismo género, y está bien que formen un solo grupo.

Para escribir las *Melodías* procuré hacer lo mismo que para escribir la Leyenda; esto es, trasladarme con la mente y el corazón á los tiempos en que cantaban los *haravicos* ó poetas indios, y, fingiéndome uno de ellos penetrar los sentimientos de la raza indígena plantada y desarrollada en las mesetas de los Andes ecuatorianos, y estudiar sus pensamientos, creencias, costumbres é historia: he intentado, pues, hacerme también indio y olvidar la civilización y más condiciones de la vida moderna predominante en la sociedad americana. Estoy muy lejos de creer que he llenado mi propósito. ¡Es tan difícil la trasformación de nuestro sér moral é intelectual! ¡es cosa tan árdua eso de volar

en pos del sentir y pensar agenos para hacerlos propios, y, á nuestra vez, trasladarlos sin esfuerzo á otros corazones é inteligencias! ¡Y buscar esos afectos é ideas en siglos lejanos, en una raza diversa de la nuestra, y entre las cenizas de una civilización muerta y olvidada!... Sin embargo, creo que mi atrevida pretensión de dejar de pensar *á la moderna* para hacerlo como *un hijo del sol* de ahora tres ó cuatro siglos, ha servido á lo menos para añadir á nuestra literatura unas pocas páginas nuevas y originales. Algunas de mis poesías indígenas, que han salido á luz en varios periódicos, han merecido aprobación de parte de literatos y de otras personas de buen gusto, así nacionales como extranjeros. Esto me ha estimulado á incluir en el presente volumen algunas piezas que permanecían inéditas.

El segundo tomo comprenderá las poesías de otro género, y en los demás irán las obras en prosa, que, si fuese necesario, llevarán un nuevo prólogo.

J. León Mera

Quito, á 25 de Julio de 1886.

UNIV. OF CALIFORNIA

LA VIRGEN DEL SOL

PRIMERA PARTE

LA INSPIRACIÓN

¿En dónde estás oculta,
Oh inspiración divina?
¿Del blanco Tungurahua
En la elevada cima,
O del añoso bosque
En la espesura umbría?
¿O entre las negras peñas
Do el Agoyán se agita
Y sus soberbias ondas
Atronador abisma?
¿Tal vez de la cascada
Entre las rotas linfas?
¿Acaso en el ardiente

Arroyo que vomita
La tierra y á los hombres
Con la salud convida?
¡Deidad encantadora,
Inspiración divina,
Do quiera que estuvieres
Te invoca el alma mía!
¡Oh, ven, y en mí difunde
Tu llama sacra y viva,
Y vierta yo raudales
De indiana poesía!
¡Oh, ven, y aquí contigo
Alegre cante, ó gima
Doliente, al son de humilde,
Pero armoniosa lira!

Ya vienes, ya te siento...
Mi mente se ilumina,
Mi alma se extremece,
Mi corazón se agita...
¿Qué cuadros son aquellos
Que pones á mi vista?
¿Qué sombras son aquellas
Que en mi contorno giran?
¿Has descorrido acaso
El velo que cubría
Los misteriosos tiempos
De la india historia antígua?

¿Intentas que *haravico* (1)
Tornado yo, del Inca
Recuerde la era, y cante
Extrañas maravillas?
¿Qué grandes héroes loe,
Que altos nombres reviva
De varones que fueron
De otros siglos delicia?
¡Ah, no! Sólo me exiges
Que fácil y sencilla
Relate una leyenda
De esos remotos días.
Por eso al desplomarse
Dos grandes monarquías
Por intestinas guerras,
Por bárbaras conquistas,
Me enseñas conturbada
La paz de las familias,
Y amores inocentes
Virtud, sabiduría,
Del Sol el culto santo,
Las castas *Escogidas,* (2)
Hollados por pasiones
Que insultan y denigran.
Por eso me presentas
Al pié del gran Pichincha
La patria de los *Shiris* (3)
En lamentable ruina;

Y *amuntas* (4) y guerreros
Que míseros espiran,
Y amantes perseguidos
Por la venganza impía;
De un bárbaro tirano
La vergonzosa huida,
Y las cristianas huestes
Que á Quito se aproximan.

Principio; pero tiemblo
Como el que en frágil quilla
Por vez primera cruza
La inmensa mar bravía,
Y teme los escollos
Ocultos á su vista,
A do tal vez le lleva
Su sobra de impericia.
Principio; mas no dejes,
¡Oh inspiración divina!
De hacer vibrar tú sola
Las cuerdas de mi lira.

I

PRELIMINARES

Cinco veces apenas de *Inti-vaimi* (5)
Vió la fiesta magnífica Atahualpa,
Desde que el trono, herencia de los *Shiris,*
Con derecho legítimo ocupaba;
Cuando la paz divina y la concordia
Que el almo *Pachacámac* (6) dió á la pátria,
Se ocultaron al grito de la guerra,
Que desde Cuzco el ambicioso Huáscar
Hasta el Pichincha resonar haciendo
Esclavitud y ruina amenazaba.
Mas despiértase el genio belicoso
En el nieto magnánimo de Cacha, (7)
Y á sus voces acuden los guerreros
De combates sedientos y de fama;
Y la soberbia y populosa Quito
Conmueve *Túmbal,* (8) dios de la batallas.
Del caracol el ronco son medroso
Y el redoblar del atambor se alcanza
Donde quiera á escuchar; prepáranse arcos
Y de flechas se llenan las aljabas;
Gime el yunque de piedra en todas partes

Forjando petos y ligeras lanzas,
Y do resuena el bélico ruido
Las enseñas del *Shiri* al viento se alzan.

Y confusas, inciertas, vagas voces,
Cual las de un hombre que soñando habla,
Misterioso y fatídico se escucha
El profético nombre de un fantasma:
¡Uiracocha! se dice, *¡Uiracocha!...* (9)
Va á llegar... ha venido... trae armas...
Es grande, es poderoso, hijo del Cielo;
Su diestra rayos espantosos lanza...
Más la verdad encúbrese á los ojos
De pueblo y rey; á nadie penetrarla
Es dado, y esas voces los afanes
Y el eco de la guerra presto acallan.
Así en la selva el céfiro volando
Susurra en voz confusa entre las ramas;
Pero su acento ahógase y espira
Cuando retumba el trueno en la montaña.

Empero en medio del marcial ruido
No interrumpen ni pueblo ni monarca
Las religiosas ceremonias: arde
Del astro sumo en las lucientes aras
El incienso purísimo; las flores
Sus esencias despiden, y la blanca
Inocente paloma en holocausto

Por el gran sacerdote es inmolada.

Y la pura mujer del *Acllahuasi,*
La virgen fiel, del Sol esposa casta,
Mira pasar el sueño de la vida
Lejos del mundo y de sus pompas vanas;
Y al *amuanta* pacífico el estudio
Prolijo de los astros entusiasma,
Su curso inquiere y las nocturnas horas
Siempre la esfera contemplando pasa.
El poeta celebra de natura
Las sublimes bellezas y las gracias,
Y ensalza á la deidad que allá se emplea
Del alto cielo en derramar las aguas. (10)
Rompe el labriego el seno de los campos,
Y en vez de abrojos ó de estéril grama,
El fecundo maiz que cubre el surco
Realizada le muestra su esperanza.

Y en alta noche silenciosa, cuando
La madre luna el universo baña
Con su luz melancólica, se escucha
El dulce son de la amorosa flauta
Que el *yaravi* (11) modula, ó bien la trova
De amartelado pecho, que en las alas
Arrebatada del fugaz favonio
Hasta el lecho penetra de la amada.

II

MISTERIOS NOCTURNOS

Es una noche de aquellas
Que á los poetas inspiran,
En que lucen las estrellas
Más expléndidas y bellas,
Y dulces auras suspiran;

En que la luna convida
Al peregrino á marchar
Cantando en voz conmovida
¡Ay! la memoria querida
De su familia y hogar.

Noche en que en sí se concentra
Religioso el corazón;
Noche en que el ánima encnentra
Calma silenciosa, mientra
Se sume en honda abstracción.

El Machángara, tendido
Sobre su lecho de arena

Y de verdor guarnecido,
Se desliza adormecido
Bajo una sombra serena;

Y en su face cristalina
El follaje se retrata,
O rompiendo la cortina
De verdura, la divina
Luz da reflejos de plata.

Todo es paz, todo reposo;
Sólo una flauta lejana
Da sonido melodioso,
Como el trinado amoroso
Del jilguero en la mañana.

Y á veces calla y se escucha
Triste acento enamorado,
Tierno, dulce, entrecortado:
Es de un amante que lucha
Con los caprichos del hado.

«Ven presto á mis brazos
Ven, Cisa querida:
Te espero, mi vida,
Te aguardo, mi amor.

»Sin tí ¿qué es mi alma?

Un campo abrasado
Do nunca ha brotado
Lijero verdor.

»Sin tí ¿qué es mi pecho?
Flor que desfallece,
Se abate y perece
Del viento el furor.

»Sin tí ¿qué es mi vida?
Es fruto caido,
De insectos roido,
De amargo sabor.

»Sin tí nada encuentro
Que tenga hermosura,
Ni el fruto dulzura,
Ni esencia la flor.

»Oh, ven á mis brazos,
Ven presto, querida:
No tardes, mi vida,
No tardes, mi amor.»

A más de un tiro de flecha
Distante del manso río
Hállase un bosque sombrío,

Cuyo fallaje se estrecha
Dejando raro vacío.

Conjunto asaz caprichoso
De árboles de especie varia,
En el día caloroso
Fresco y grato y temeroso
En la noche solitaria.

Y en lo más oculto allí
Se escuchan leves pisadas,
Y crujen, al ser holladas,
Las hojas del capulí
Secas y desparramadas.

Una mujer atraviesa,
Blanca, lijera, anhelosa,
Cual errante y vagarosa
Sombra que recorre á priesa
Su morada misteriosa;

Una mujer que ha salido
De la tierna infancia apenas,
Más que ya el pecho ha sentido
Por vez primera oprimido
En amorosas cadenas;

Casi una niña... ¿Quién puede

Retratar esa belleza
Que á toda belleza excede?
¿Quién habrá que fiel remede
Tanta gracia y gentileza?

De su faz encantadora
La imagen hallo mejór
En la estrella del amor,
Cuando la admiro en la aurora
En su más puro explendor.

El tierno sauce que airoso
A impulso del amoroso
Dulce viento balancea,
De su talle voluptuoso
Me ofrece apenas idea.

La cándida cervatilla
Triscando en una pradera,
O andando viva y ligera,
Acaso muestra sencilla
De sus movimientos diera.

La clara y límpida fuente,
Hija del hielo deshecho,
Enseña aunque débilmente,
La pureza de su frente,
La inocencia de su pecho.

Al mirarla y de su acento
Al escuchar la armonía,
No hay alma apática y fría
Que resista al sentimiento
De una ciega idolatría.

Y esa joven corre, vuela
Cual ave al nido que ama
Cuando el polluelo reclama,
Que del alcotán recela
Posado allá en otra rama.

Mas un ligero ruido
Le hace volver la cabeza;
Detiénese y el vestido
Siente por detrás asido
Con indecible presteza.

Va á gritar; pero al instante
—No temas, Cisa querida,
Dice una voz conocida;
Soy Toa. ¿Qué haces errante
En esta selva escondida?

—¡Ah, Toa! ¿por qué has querido,
Contesta Cisa, asustarme?
Yo no ando errante: ¿has oido
Ese cantar? pues sentido

Voló á mi casa á llamarme.

—¿De quién la voz melodiosa
Es que hace volar tus piés?
—De mi amante, y aun quejosa
Me llama; voy presurosa.
¿Escuchas? Es Titu... ¡él es!

¡Es Titu! ¡él es! en el alma
De Toa va á resonar;
Mas su cólera ocultar
Ella procura, y con calma
Simulada torna á hablar.

—Aguarda, Cisa; ¿á dó vas
Tan de priesa? Tu pasión
Quizás te engaña.—Jamás
Me engañó mi corazón.
—Tal vez burlada serás.

—No temas. Suéltame. Adiós,
La replica, y al instante
Se separaron las dos;
Y Cisa ligera en pos
Se va del cantor amante.

Cerca á un árbol se descubre

Cual fantasma solitario
Junto á una *tola* (12) que cubre,
Como manto funerario
La violeta salubre.

Arbol sombrío y funesto
De hojas mínimas compuesto,
Que plantó uno mano amiga,
Y aquel sepulcro modesto
Con sus festones abriga,

Molle, (13) entre cuyo ramaje
Juega el aura voladora,
Do acaso una sombra mora
Que escondida entre el follaje
Ora canta, gime ora.

Junto á su tronco nudoso
Y lleno de grietas mil
Está un joven anheloso
De que á su canto amoroso
Acuda Cisa gentil.

De la luna un débil rayo
Su gran penacho ilumina
De plumas de papagayo,
Que en negligente desmayo
Sobre la frente se inclina.

Su faz en parte se ofusca
Con la sombra del plumaje;
Ya su vista errante busca
Algo en el bosque, ya brusca
Se clava en algún celaje.

La llama de la pasión
En su frente está pintada;
Del alma la agitación,
La ansiedad del corazón
Expresa bien su mirada.

Ruedan su flecha y aljaba.
Y en su delirante anhelo
No siente que ya hasta el suelo
De caer la flauta acaba,
Compañera en su desvelo

Pero canta, y su canción
Atrae á Cisa, y tal vez...
¡Ay! de la música el son
Sirve también de atracción
A la víbora y al pez!...

Llega al fin. Titu la mira.
¡Cuánto á sus ojos más bella,
Más linda está! Corre á ella,
Y un poco atrás se retira

Con timidez la doncella.

—¡Ah, Cisa, amor mío! exclama
¿No hirió mi cantar tu oido?
¿Por qué no has luego acudido?
¡Oh, cuánto pena quien ama!
¡Oh, cuánto por tí he gemido!

—¡Gemir tú por mí! la tierna
Cisa responde turbada;
Oí tu voz; ocupada
Por cierta inquietud interna
Venía; mas fuí tomada...

—¿Por quién?—Por Toa. El semblante
Inmútase del amante,
Como si golpe de muerte
Le hiriese; más no lo advierte
Cisa, y prosigue al instante:

—Acaso Toa escuchó
También la voz melodiosa
Conque su amor la llamó,
Y al encontrarme, celosa,
Mis piés extraviar pensó.

—Que su amor y su fortuna
Goce Toa... más ahora

Va acercándose la aurora...
¿Ves? palidece la luna
Y el oriente se colora...

Vuélvete, pues, Cisa mía,
Vuelve á tu lecho al instante:
¡Jamás la lumbre del día
Te sorprenda en compañía
De tu desdichado amante!

—¡Titu, Titu desdichado?
Pregunta Cisa, y vislumbra
Que no es pueril ni infundado
El receloso cuidado
Que el alma le apesadumbra.

¡Y así me alejas de tí!
¡La voz que turbó mi sueño
No era tal vez para mí!
¡Y en vano en mi amante empeño
A ti mis piés dirigí!

—¡Calla, Cisa! no inhumana
Mi negro pesar aumentes;
No con celos me atormentes.
¡Ay! el viento, flor lozana,
Que á mi azota, aun no sientes!...

¡Calla!... Mira, ésta es la *tola*

De mi padre el guerreador;
Junto á él duerme su amor,
Mi madre, tierna amapola
Que segó fiero dolor;

Y sus sombras inmortales
Que en nuestro contorno giran,
Nos oyen, palpan y miran;
Ven mis incógnitos males,
Ven tus celos, y suspiran.

Yo te amo, te adoro, Cisa;
Tú eres de mi vida aliento,
Tú mi corazón... Mas siento
Leve ruido... ¡Vete á prisa!
—Es el gemido del viento.

—¿No escuchas? crece el ruido...
—Ya escucho. Se acerca; adiós.
Y amor eterno y rendido
Entre el adiós repetido
Se prometieron los dos.

III

LA FAMILIA DE HUMAN

En aquella edad ya hundida
En el pasado sombrío,
En esos tiempos de dulce
Recordación para el indio,
El grande guerrero Cáran,
Shiri primero de Quito,
Al Sol amado, su numen,
Erigió soberbio y rico
Templo en la cima elevada
Del hermoso *Panecillo*. (14)
De éste á las faldas se vía
Del *Acllay* (15) el edificio;
Fábricas de las que hoy sólo
Queda el nombre por vestigio:
¡Arruinólas la codicia,
Devoráronlas los siglos!

De la ciudad casi fuera,
Cerca de esos edificios,
Una familia reside

Retirada del bullicio.
En una estancia modesta
Do todo es pulcro y sencillo,
Y donde los vicios nunca
Labrar pudieron su nido,
Sentado un dia un anciano
Cabizbajo y pensativo,
De que algo sério le ocupa
En el semblante da indicios.
Es Humán *amunta* sabio
Cual nadie, y esclarecido,
De génio cortés y afable,
De ademán contemplativo.
Su existir ha declinado
Como el astro rey divino,
Ora en tormentas envuelto,
Ora brillante y tranquilo.
Su frente está ya rugosa,
Sus ojos están marchitos;
Mas su clara inteligencia
Los años no han extinguido;
Y aún largos dias y noches
Pasa en estudio contínuo,
Contemplando sol y estrellas,
Señalando los solsticios.
Ama tanto sus estudios
Y silencioso retiro,
Que raras veces le miran

Aun sus deudos y smigos.

A Raba, su esposa, vése
De aquel felice recinto
En un ángulo, sentada
En una piel de cabrito.
La helada mano del tiempo
Inexorable é impío
Borró de su noble frente
La belleza y atractivos;
Mas nunca pudo de su alma
Ni de su pecho sencillo
Arrebatar la terneza,
Suma bondad y cariño.
A su alma pura se había
El alma de Humán unido,
Porque de entrambas el cielo
Hacer una sola quiso.
Ella, como él, es amante
Del silencio y del retiro,
Prendada de sus quehaceres,
Enemiga de atavíos.
Apenas el canto escucha
Del alegre pajarillo,
Que de entre el follaje oscuro
De algún capulí vecino
La nueva aurora saluda
Con varios y dulces trinos,

El muelle lecho abandona,
Y, dispertando á los hijos,
Despues que en fervientes voces
Gracias al Cielo han rendido,
Todos á par dan comienzo
Al trabajo más activo.
Ella afanosa traslada
Al huso en rápido giro
El vellón de la vicuña
A hebra fina reducido.
A un lado sus hijas tiernas,
Las que á un mismo tiempo han visto
Rayar la lúz de la vida.
Y ambas juntas han crecido:
Tortolillas inocentes
Que dueñas de un solo nido,
Disfrutaron por igual
Los maternales cariños,
Con las manos adiestradas
En la labor de contínuo,
Carmenan blandos capullos,
Más cándidos que el armiño.
A otro lado su hija Cisa
Borda un lienzo blanco y fino
Con un alfiler de plata
En el regazo prendido.
Anda de ésta el pensamiento
De la labor fugitivo,

Y de la inquietud de su alma
Hay en su semblante visos.
De cuando en cuando los ojos
Lánguidos alza y divinos,
Que al lienzo los vuelve prestos
Y los pone cual dormidos.
Leer acaso pudiera
Quien la observase prolijo
En esas vagas miradas,
En ese pálido brillo
De sus pupilas, la angustia
De su alma ardiente, el martirio
De su pecho generoso
Por la pasión oprimido;
Y acaso escuchar podría
Algún profundo suspiro,
Y al resbalar sorprendiera
Sobre su rostro benigno
Dos perlas bellas, más puras
Que las del blando rocío
Cuando ruedan de la rosa
Sobre el pétalo encendido.

El primogénito Amaru
De ojos oscuros y vivos,
De frente limpia y serena
Y de modales pulidos;
En cuyo pecho se abrigan

Todo el valor, todo el brío,
Que son prendas del guerrero
En los mayores peligros;
Cuyo corazón no siente
Aun del amor los conflictos,
Porque orgulloso desdeña
Esclavizar su albedrío;
Pero que no sabe ¡ay triste!
Cuánto pueden los hechizos
De la belleza, no sabe
Que alguien le ama con delirio...
Amaru también allí,
Siempre afanoso y activo,
Luengos venablos aguza,
De la caza al ejercicio
Destinados, y en voz baja
Que apenas hiere el oido,
—Hermana mía, á la bella
Joven dice, yo el amigo
Soy de Titu; nuestra unión
Empezó cuando ambos niños
Éramos, y en las orillas
Del Machángara nos vimos
Corriendo juntos en pos
De un arisco pajarillo,
Que había saltado incauto,
Sin fuerzas aun, de su nido.
Desde entonces, hermanita,

Podrá sólo dividirnos
La *tola*... ¡Oh, no! ni la *tola:*
A ella me iré con mi amigo.
Y Titu ¿lo sabes? Titu
Te quiere.—El rostro divino
De la joven al pimiento
Le roba el color más vivo.
Amaru lo observa, mueve
Su labio ledo sonriso,
Y prosigue;—Sí, te ama:
«Yo adoro á Cisa, me ha dicho;
Es más bella que del bosque
El *amancay* (16) fresco y lindo;
Más que el patillo graciosa,
Cuando el maternal abrigo
Huyendo, por vez primera
Nada en el lago tranquilo;
Es más que la miel sabrosa
Que vierte el *maguey* herido.» (17)
Hermana mía, sus voces
¿Aún no han hallado propicio
Tu corazón? ¿No ha sonado
Aún su flauta en tus oidos?—
Esto el hermano la dice,
Y ella en silencio al oirlo,
Unido á inocente gozo
Siente incógnito martirio;
Y á la suave sonrisa,

De alegría leve indicio,
Le sigue amargo, profundo,
Desconsolador suspiro.
En tanto el *amunta* grave
Levanta el rostro marchito,
Cual si de un sueño saliera
En que yació sumergido;
Y haciendo visible esfuerzo
Por buscar algún alivio
De algo que su mente inquieta
Y su corazón benigno,
—Oidme, á su esposa dice
Y á sus caros, tiernos hijos,
Cuando hoy dejaba la cumbre
Sagrada del Panecillo;
Después que al Sol nuestro padre
Y á *Pachacama* infinito
Hube, cual siempre invocado
Y adoraciones rendido;
Después que ví en las columnas
Donde mi ciencia ejercito
Hácia qué parte la lumbre
Se inclina del astro vivo,
Encontróme Cushipata,
Aquel sagrado adivino,
Del Sol amado, y tras luenga
Sabia plática me dijo:
«Tarco, el hijo de Pucari

De la tribu del saino,
Joven noble y valeroso,
Bello, ligero, advertido,
Ama á tu hija Cisa, y quiere
En su garganta de armiño
Colgar una linda sarta
De corales y mariscos,
En testimonio sincero
De su amoroso delirio,
Y de que en el *Huma-raimi*
Anhela ser á ella unido.» (19)
De desprecio y de disgusto
Simultáneo y expresivo
Movimiento anima todos
Los semblantes al oirlo.
Cisa asustada, los ojos
En su padre tiene fijos,
En tanto que el pensamiento
Conturbado busca á Titu.
Humán escucha el confuso
Murmurar, seguro indicio
De que hasta el nombre de Tarco
Es ingrato á los oidos
De los suyos; si, lo escucha,
Y siente en el alma alivio,
Pues el joven Tarco siempre
Le fué también repulsivo.

IV.

EL SÍ DE LA NOVIA

Es la vida un contínuo y vario juego
En este bajo circo mundanal,
Y de cuyos caprichos, loco ó ciego,
Es el juguete el infeliz mortal.

Ya á una región llevándole sublime
De la envidia le dan al aquilón,
Donde entre oro y vana pompa gime
Y en sus glorias merece compasión;

Ya desnudo de gozos y ventura
En un futuro bien le hacen soñar
Y el tiempo vuela y nunca la dulzura
De ese soñado bien llega á probar;

Ya fingido le dan grato sosiego,
Tras el pesar forzándole á reir,
Mientras el hierro aguzan con que luego
¡Ay! volveran su corazón á herir!

Así del sabio *amunta* desterrando

La angustiosa fatídica inquietud,
Van de gozos efímeros colmando
Y de esperanzas mil su senectud.

De noble frente y ademán severo,
De ánimo firme y corazón audaz
Es el viejo Pacoyo, aquel guerrero
Diestro en las armas, próvido en la paz;

Aquel cuyo mirar chispea luego
Al redoble del bélico tambor;
Aquel que es todo irresistible fuego
Cuando la voz escucha del honor;

Que de *Incas* y de *Shiris* se ha sentado
En el suntuoso opíparo festín,
Llena la copa del licor sagrado
Apurando con ellos hasta el fin;

Que en su abrigo la blanda tela emplea
Que la Escogida del *Acllay* tejió,
Y la sabrosa coca saborea
Con que del Sol el hijo le obsequió. (19)

Del albergue de Humán al de Pacoyo
Quinientos pasos interpuestos hay,
Y aunque anciano los anda sin apoyo
Este bravo y egregio *Apusquipay*. (20)

Un gallardo mancebo le acompaña
Que lleva contristado el corazón,
Y su frente, que tibio sudor baña,
De honda inquietud anubla la espresión.

¡Oh! si claro lo interno se pudiera
Descubrir de quien ama á una mujer!
¡Oh! si del hombre al hombre dado fuera
Los secretos del alma conocer!

¡Cuál en su hermoso y noble compañero
Los pudiera el anciano descubrir!
¡Cuál con ánimo indómito y entero
Le enseñara sus penas á sufrir!

Mas el pecho del joven es abismo
De esperanzas, temores y pesar;
Es arcano que nadie, que ni él mismo
Pudo nunca en su anhelo penetrar.

Siente en su alma sensible de contino
De oculto mal acérrimo escosor,
Y lucha sin cesar con su destino,
Tenaz opuesto á su inocente amor.

Ya se aproxima el suspirado instante
En que Titu ha de hallar su ansiado bien;
Cisa le ama, y de su amor constante

Ha ya cien pruebas recibido y cien.

Sí, ella le ama y de su labio puro
No oirá jamás el desabrido *nó:*
Jamás, que siempre, de su amor seguro,
El *sí* dichoso repetir la oyó.

Mas ¿por qué siente acongojada el alma?
¿Por qué le roe el pecho la aflicción?...
¡Ay! nunca en vano de ella huye la calma!
¡Nunca en vano se agita el corazón!

El sol su cuna ya dejado había
Y entre el oriente y el cenit mediaba,
Y la lumbre que al suelo derramaba
De la aurora las perlas absorvía;

Ya el indio fiel le había adoraciones
Rendido mil, y del virgíneo coro
Aún humeaba en los altares de oro
El perfume de puras oblaciones;

Cuando de Humán penetra en la morada
El viejo adusto, y el mancebo fuera,
De mil temores combatido, espera
El instante de ver á su adorada.

—Guerrero, exclama el virtuoso *amunta,*

¿Qué á pisar mis umbrales te ha movido?
¿Sobre el curso de *Cóillur* (21) has querido
Venir á hacerme acaso una pregunta?

Hábla, y el astro santo te bendiga
Por la honra que me trae tu presencia;
Yo indagaré con mi sublime ciencia
Cuanto de cielo intentes que te diga.

—Hijo del grande Cóudor, (22) noble sabio,
El guerrero contesta en grave acento,
Yo no buscó tu ciencia y tu talento;
Mas la palabra escucha de mi labio.

(Y juntos los dos viejos se sentaron
En un rústico banco de madera,
Como los viejos de la edad primera
Que en la inocencia y la virtud reinaron.)

Y Pacoyo prosigue:—El descendiente
Del tigre, Chuqui, que jamás vencido
De humano brazo fué, pero que herido
Al postre sucumbió de hado inclemente;

Chuqui, mi amado y generoso amigo,
Que siempre, de mi lado inseparable,
Por Cacha combatía, y formidable
Fué de la cara patria al enemigo;

Chuqui y Runto, su tierna y bella esposa,

De las almas al irse á la morada,
Dejaron á mi amparo encomendada
La única prenda de su amor hermosa.

Yo levanté la funeraria *tola*
Sobre sus frios cuerpos, y junto á ella,
En señal de mi llanto y mi querella,
Planté el funesto molle y la viola.

Yo al huérfano adopté, y él ha crecido
Junto á mí, como crece al pié del roble
Añoso el arbolito cuya noble
Frente aún el huracan no ha sacudido.

Yo le enseñé á tirar el dardo agudo
Y el hambre á soportar, calor y frio;
Y gracias al poder del arte mio
Vencer á todos en la lucha pudo.

Hoy la sangre de Chuqui confundida
Con la del grande Humán verse procura,
Para estender en descendencia pura
La progenie del tigre esclarecida.

Titu ama á Cisa. ¡El astro soberano
Quiera, Humán, fecundar de tu hija el seno
Como escondido en el feraz terreno
Del preciado maíz fecunda el grano!

—¡Labre el hijo de Chuqui su cabaña,

Y únase mi hija al hijo del guerrero!
Exclama Humán, y el rostro placentero
A la palabra síncera acómpaña.

—¡A Titu por su esposo, á Titu elijo!
Raba dice también; la madre Luna
Propicia á entrambos les dará fortuna
Y en mis brazos veré de mi hija al hijo!

—¡Únanse Titu y Cisa! Amaru exclama;
Y pasmada y estática la bella
Ve lucir de esperanza una centella
Que en su alma el gozo del amor derrama.

Y entra Titu de Humán al aposento;
Le repiten sus votos el anciano,
Y Raba y todos; y ebrio de contento
Le abraza Amaru y le apellida hermano.

Y los ojos de Titu se encontraron
Con los de aquella celestial mujer,
Y sus miradas un lenguaje hablaron
Que ellos sólo pudieron comprender.

Lo que en los dos pasaba en ese instante
Nadie pudo ni quiso descubrir;
Mas lo puede pensar quien es amante,
Quien sabe el fuego del amor sufrir;

Quien del deseo devorado vive

De que fuese verdad una ilusión,
Y cuando al fin la realidad percibe,
Teme, duda, se agita el corazón.

Cisa temblando y de rubor cubierta
Deja el sí de sus labios escapar,
Como deja la rosa medio abierta
El aljófar del alba resbalar.

¡Oh cuánto es bella la mujer amada
Cuando descubre de su amor la fe!
¡Cuando por siempre al amador ligada
Por el sí dulce y seductor se ve!

¿A qué viva y ardiente fantasía
Formar es dado igual otra mujer?
¿Dó está la voz de grata melodía
Que pueda con la suya contender?

Cerca la fiesta de *Antasitua* viene,
Fiesta de baile y confusión marcial;
Una luna después otra solene
Sigue de danza y gozo general.

Uma-raimi es su nombre; el triunfo en ella
Obtendrán el amor y la virtud,
Y Titu y Cisa su feliz estrella
Verán lucir en plácida quietud.

Mas á un bosque lejano irán primero

Titu y el hijo del *amunta* Humán,
Y el temido león soberbio y fiero
En su albergue musgoso cazarán;

Y el dia de las bodas anhelado,
Libre por siempre de temor cruel,
El amante de Cisa irá adornado
De la fiera tremenda con la piel.

¡Esperanza feliz!... ¡ay! si la suerte
No aniquilara su preciosa flor!
¡Si no guardara el porvenir la muerte
Para tan puro y delicioso amor!

V.

LA FIESTA DE ANTASITUA

Rasga el nocturno y tenebroso velo
Pálida luz que el horizonte dora;
Luego las nubes de carmín colora
Y huyen las nieblas del rociado suelo.
Crece del *Inca* el religioso anhelo
De ver el astro que sumiso adora,
E inquieto aproximarse ve la hora
En que se eleve á la región del cielo.
Asoma al fin, y de su faz ardiente
Un rayo lanza que á su imagen de oro
Hiere en el templo la bruñida frente.
Le adoran pueblo y rey; dulces cantares
Le tributan sus vírgenes en coro
Y el sacerdote incienso en los altares.

Y la anchurosa plaza de guerreros
Henchida se halla, en cuyas frentes nobles
Brilla el valor del hijo de los Andes
Y el alto orgullo de un glorioso nombre;

Los bravos aquí están que en un soberbio
Cóndor del Chimborago reconocen
De su familia el tronco, y no hay humano
Que incauto violar sus fueros ose;
Allí están los *Curacos,* (24) descendientes
De atroz león, espanto de los bosques;
Acá los *ñustis,* (25) cuyo egregio padre
De la raíz nació de un viejo roble;
Los *cariques* allá, cuyo sagrado
Progenitor veneran en un monte,
O en un claro torrente que rompido
De peña en peña estrepitoso corre.
Unos adornos de plumajes llevan
De formas diferentes y colores
Gayes cual los del iris; en la espalda
Otros la hermosa piel van del feroce
Tigre ostentando; aquel nerbudo pecho
So un peto de oro fúlgido se esconde;
Éste luce tahalí de ricas piedras,
Ese un collar de conchas y de flores;
Y alarde todos de sus arcos hacen,
De hachas y lanzas de luciente cobre,
Y entre gritos de gozo y de entusiasmo
Al viento agitan bélicos pendones.
De su querido pueblo al centro el Inca
Goza también; los hombros de cien nobles
En su espléndido trono le sustentan;
Brilla á sus lados su soberbia corte:

Todo es magnificencia, todo es digno
De quien junta la sangre y los blasones
De la prole de Manco y de los *Shiris*
De cien pueblos y cien dominadores.
De los hijos de *Túmbal* animosos
Entre la multitud vése en desorden
Grato vagar hermosas y hechiceras
Doncellas mil, robando corazones.
Suelta la negra cabellera al aire,
La sien adornada de *amancay* del bosque,
Ledo el rostro divino, mal cubierto
El seno tentador, las mira el hombre:
Las mira, y se estremece, y arde todo
Y tras sus pasos, delirante corre,
Y esquivas ellas se escabullen, huyen,
Tornan y encienden donde quiera amores.

La música resuena
Más viva y más alegre;
Principia ya la danza
Y el regocijo crece.
Cada alma ansiosa busca
El alma de quien pende
Su amor, y cada pecho
Se agita, duda, teme.
Mil gratas ilusiones
Se forja alguna mente,

Que cual pompillas de agua
Instantáneas perecen;
Se cruzan mil suspiros,
Colóranse mil frentes,
Se mezclan y se chocan.
Amores y desdenes;
Celos, enojo, envidia
Se engendran, nacen, crecen,
Y algún amor antíguo
Acaso entonces muere.
Y airosas y fugaces
Las parejas se mueven,
Y, cual del mar las ondas,
Se retiran y vuelven.
Allá un guerrero, al hombro
La rodela pendiente,
En torno de su bella
Da vueltas doce veces,
Cantando ardientes versos
En voz suave y leve,
Que en premio una sonrisa
Dulcísima le obtienen;
Aquí un gallardo joven
Y una doncella alegre
Se miran y enamoran
Danzando frente á frente;
Más lejos enlazados
Muchachas y donceles,

Saltando en armonía
Al son de un panderete,
Se cruzan y se enredan,
En círculos se extienden,
Se alejan, se aproximan,
Dan giros, van y vienen.

Y del baile y los cantares
Entre la grata armonía
De Amaru en el corazón
El amor hizo manida;
Y es Toa quien le enamora
Con su hechicera sonrisa,
La hermosa Toa, que á muchas
Objeto es quizás de envida;
Pero ¡infeliz del incauto
A quien sus gracias cautivan!
Es flor de pétalos bellos
Y de fragancia exquisita;
Mas ¡ay del mísero *quinde* (26)
Que ciego de amor la mima,
Y en vez de miel en su cáliz
Humor ponzoñoso liba!
Ignora Amaru que es Toa
Quien por su amigo delira,
Y le descubre y entrega
El corazón y la vida;

No sabe que ella al desprecio
Los halagos dá y caricias
De todo otro fino amante
Que ser su amado codicia;
Ni que Tarco es instrumento
De sus perversas intrigas,
Ni que otro resorte á él mismo
Quiere hacer de sus perfidias;
Ignora que ella en su pecho
Guarda veneno, que Cisa
Es objeto de sus odios
Y quien sus celos aviva;
Y engañado cree y goza
En la esperanza la dicha,
Y ella más y más le engaña
Con expresiones de almíbar.
—Yo seré, Amaru, le dice,
Tu fiel esposa y amiga;
Tu *Huaca* será mi *Huaca*,
Tu *Vilca* será mi *Vilca*. (27)
Tú labrarás nuestra choza
Del Machángara en la orilla,
Y allí los dos formaremos
Una dichosa familia.
Pero ¡ay! la edad que requiere
La ley no tengo cumplida:
Fáltanme aún cuatro lunas
Con exceso de unos dias.—

Su bello y pérfido labio
Gozos á su amante brinda,
Mientras no deja importuna
De herir á Titu su vista.
Eterna perseguidora
Del fiel amante de Cisa,
Se mostró celosa, aleve
Y fácil siempre á la ira;
Por eso de Titu nunca
Con sus encantos se había
Turbado el pecho, ni el alma
Jamás le rindió sumisa;
Empero al oir su nombre,
Y mucho más si la mira,
Siente su alma estremecerse,
Su corazón se horripila:
Tal como al ver una boa
O al oirla cuando silba
El caminante en el bosque
Se conturba y horroriza,
Y con espantados ojos
Que aquí y allá prestos giran
Al peligro que le amaga
Busca remedio en la huida.

Entre multitud de bellas
Que el gran baile solemnizan,

A no estar de Humán y Raba
Presente la hermosa hija,
Fuera Gualda la primera;
Gualda de frente y mejillas
Más frescas que los rosados
Pítalos de la *arvejilla;*
De ojos negros como el fruto
Sazonado de la oliva,
De labios rojos y bellos
Como la madura guinda,
De corazón tierno y franco,
De alma inocente y sencilla
Pero de ánimo capaz
De alzarse hasta la osadía;
Gualda que de Humán al hijo
Ama con pasión tan viva,
Que en sus miradas chispea
Por mucho que arda escondida.
¡Ay escondida! ¡Infelice!
¡Gualda infelice! la impía
Suerte le veda que á Amaru
La revele, y las delicias
Del amor correspondido,
De almas tiernas luz y vida,
Jamás gozará la suya!
Pero ¿quién sabe?... ¿Qué vista
Humana ve en lo futuro
Ni venturas ni desdichas?

Tan linda naciera Gualda,
Que la fortuna, á las lindas
Siempre adversa, condenóla
A vivir amargos dias.
Sus padres buenos y pios
Del Sol la juzgaron digna,
E hicieron solemne voto
De consagrarle la niña;
Pero aunque es tal su belleza
Que á muchas otras eclipsa,
Y aunque de noble hace alarde
Justamente su familia,
En sus venas no circula
Sangre de *Shiris* ni de *Incas,*
Ni su alcurnia es de *Caciques,*
Ni de algun *amunta* es hija:
Así no del Sol esposa,
Sí humilde sierva, su vida
Consumirá en el servicio
De las demás Escogidas.
Catorce veces apenas
Ha visto volver el dia
En que se abrieron sus ojos
Del Sol á la luz divina,
Y el en que ¡ay! sepultarse
Debe para siempre viva
Del *Acllay* entre los muros
Sombríos ya se aproxima.

Cual dos palomas bellas
Por el amor unidas,
Entre otras confundidas,
Se dicen sus querellas,
Se cuentan su pesar,
Así de Chuqui el hijo
Y la hija del *amunta,*
Que amor atrae y junta
En medio el regocijo
Guerrero y popular,

Confúndense bailando
Entre muchas parejas
Que, alegres ó perplejas,
Calladas ó cantando,
Se mueven á compás;
Y en plática amorosa
Él y ella los pesares
Cuéntanse y los azares
Con que una suerte odiosa
Los hiere más y más.

—¡Cuán largo tiempo y cuánto,
Oh amada Cisa, mi alma
Carece de su calma,
Víctima de quebranto
Fatídico y cruel!
El dia se aproxima

En que serás mi esposa,
Y crece á par sañosa
La pena que lastima
Mi pecho amante y fiel.

¿Por qué mi infausta suerte
Se empeña en afligirme?
¿Por qué para oprimirme,
Amada mía, al verte
Se aumenta mi dolor?
Así Titu la dice;
Pero esplicar no sabe
Cómo tal duelo cabe
Si presto á ser felice
Va con su dulce amor.

Y Cisa le contesta:
—No eres, Titu querido,
Tú solo el que has sufrido
Y aún sufres tan funesta
Cruel persecución;
Pues la obstinada suerte
También me acosa impía,
Y siente el alma mía
Temores de perderte,
Y tiembla el corazón!—

¡Fatal presentimiento

Que amargas la alegría!
¿Porqué el cielo te envía
Al hombre en el momento
En que vislumbra un bien?
¿Porqué áun con la inocencia,
Negro fantasma, envistes,
Y su alma, en sombras tristes
Envuelta á tu presencia,
Doblega el alba sién?

En lo más alto del cielo
Está ya el dios de los *Incas,*
Y sus verticales rayos
Al pueblo alegre fatigan.
Poco á poco de la plaza
Los guerreros se retiran
A dar pábulo á la fiesta
En medio de sus familias.
Atahualpa, que ha gozado
De la general delicia,
En honor del astro sumo
El licor sagrado liba
Por última vez, y huyendo
También las llamas estivas
En su aurífero palacio
Busca la sombra benigna.
El melancólico Titu

De su amada se retira,
Y ambos se miran mil veces
Hasta perderse de vista.
Gualda también, triste y muda,
A su choza se encamina,
Y de Amaru al despedirse
Toa se muestra afligida
Mirándola de soslayo
Va un jóven á quien la risa
Los toscos lábios dilata
Con expresión bien maligna:
Es Tarco que al disimulo
La sigue siempre y la mira,
Que ni la quiere ni la odia,
Mas que por tema la atisba.
Toa, que sagaz y astuta
En Amaru al fin domina,
Ha columbrado al hablarle
La unión de Titu y de Cisa;
Mas cerciorarse procura
Hablando con Cisa misma,
Y en el camino la estrecha
Con solapada malicia;
Y después que la regala
Con dulcísimas caricias,
Sobre amorosas escenas
Entrambas solas platican.
Recuerdan aquel encuentro

Del bosque, la melodía
De la flauta y la dulzura
De aquella voz expresiva.
—Él era, sí, era Titu
Dice la inocente Cisa
A cuya voz esa noche
Mis piés ligeros corrían,
Llegué, le ví; mas al punto
Creyó que rayaba el dia;
Luego al oir un ruido
Me dijo: «¡Vete, querida!»
De Toa los labios mueve
Fugáz y leve sonrisa
Mezclada con el veneno
De sarcasmo y de malicia.
Cisa la nota; más piensa
Que es reflejo de alegría
Inocente: juzga á Toa
Cual ella pura y sencilla;
Y á su inquirir simulado
Abrela el pecho, y que unida
Será á Titu le asegura
Del *Uma-raimi* en el día.
No quiere saber más nada
Su astuta y pérfida amiga,
Y se despide ocultando
Despecho, celos y envidia.

VI

TOA Y SU PADRE

De Pacoyo y de Humán entre las casas,
Del camino vecina, y á igual trecho
De ambas, vése una choza de amarilla
Paja cubierta y de espinosos *pencos*.
Medio la esconden las cruzadas ramas
De silvestres arbustos, y del techo
Ciérnese el humo á persuadir al hombre
Que de séres humanos es albergo.
Sí, que allí mora un venerable anciano,
Un sacerdote ilustre, á quien el pueblo,
Los *Curacas*, los *Ñustis* y los *Incas*
Como al hombre contemplan más perfecto.
Oráculo el más fiel y más seguro
De la quiteña gente en el concepto,
Consulta al Sol, la Luna y las Estrellas,
Las víctimas observa, explica sueños.
Su talla colosal, antes erguida,
Háse humillado de la edad al peso,
Y ya se ve como árbol doblegado
Al récio soplo de contínuos vientos.

Surcada tiene la espaciosa frente,
Es entrecano y pobre su cabello,
Luengas las cejas, la mirada torva,
Hundido el labio y el color de muerto.
Dióle natura despejada mente
Y el ingenio sutil en grado extremo,
Conque ocultando vicios é impiedades
El alma pura muestra, noble el pecho.
Gran sencillez en el vestido afecta,
Modestia en el hablar, en su alimento
Suma frugalidad; en fin, al mundo
Con la hermosa mentira engaña diestro.
Unico fruto de su amor perdido
Es su hija Toa; en lo gracioso y bello
Retrato fiel de su difunta madre,
Y trasunto cabal en lo perverso
De su hipócrito padre, cual si hubiese
Naturaleza, acaso por funesto
Capricho, una alma sola dado á entrambos
Y un mismo corazón puesto en su pecho.
Y ella sola es la diosa á quien él ama,
A quien adora con delirio ciego,
Por quien tan solo vive, en quien seguros
Su esperanza mantiene y su consuelo.
Sólo ella manda; á su imperioso tono
Jamás opone resistencia el viejo,
Y á sus vanos antojos sacrifica
Su influjo y honra y popular respeto;

Y aun de su Dios el nombre maldijera
Y arrasara del *Inca* el grande imperio,
Si tal poder tuviese y de su Toa
Lo exigiera el capricho ó desenfreno.

Aun se escuchaban los rumores sordos
Que al retirarse levantaba el pueblo,
Cual los chasquidos de la mar turbada
Que resuenan confusos á lo lejos.
Al ocaso la faz el sol volvía
Donde de rojas nubes un inmenso
Sudario le esperaba, desplegado
De la cumbre del monte al vago cielo.
La viva luz de la ardorosa tarde
Por las rendijas mil del pobre techo
Invaden más que por la angosta puerta
Del viejo Cushipata el aposento.
Toa, sentada del hogar al lado,
La bella faz oculta entre los dedos,
Y el torneado brazo leve apoya
En la ancha piedra que circunda el fuego.
Silenciosa é inmóvil en su mente
Mil revuelve fugaces pensamientos;
Ora á los ojos le resalta la ira
Que arde en su alma ó los furiosos celos;
Ora sus labios la sonrisa amarga
Del desdén entreabre; ora el desprecio

Cruel los mueve, y en su frente hermosa
Ya hay arrebol, ya palidez de muerte.
Irresoluta, ideas encontradas
Adopta mil y las desecha luego,
Y otras crea y reforma, y no halla alguna
Que venga justa al fin de su deseo.
Silencioso también, la vista en ella
Tristemente clavada, el padre viejo
Está de piés junto al hogar, y teme
Hablar á su hija y sondearle el pecho.
Mas con presteza al fin alza los ojos
Toa, de rabia y de despecho llenos,
Y mirando á la faz á Cushipata
Así le dice en tembloroso acento:
—Te lo dije: fundadas mis sospechas
Fueron ¡oh Cushipata! Y tú ¿qué has hecho?
¡Nada! ¡nada!... ¡Y el pérfido se ríe!
¡Y triunfa mi rival, á quien detesto!
Desde que á Cisa en el boscaje hallando
Aquella noche, la seguí en secreto,
Y de Chuqui en la *tola* con su amante
Razonando la ví, ¡oh! de mis celos
La furia crece, me devora el alma!...
¡El alma, padre! ¡el corazón!... ¿Qué has hecho?
¿Que has hecho, dí?... ¡Por siempre van á unirse!
¡Y tú los dejas, y de rabia muero!...
Volvió á cubrir el conturbado rostro
Entre las manos, y quedó en silencio.

El viejo al observarla, acongojado,
Hablóla así con paternal afecto:
—Calma, calma tu cólera, hija mía;
No del dolor te entregues al exceso.
¿Qué esperas más del poderoso influjo
Que aun de los *Incas* en el alma ejerzo?
Si á más no alcanzo, dí, ¿por qué me culpas?
Del hijo de Pucari, con manejos
Simulados y ofertas lisonjeras
Pude á Cisa inclinar todo el afecto;
Pero la hija de Humán ha rehusado
El de corales y de conchas bello
Collar, y aun el *amunta* y su familia
Han despreciado al pretensor mancebo.
De Atahualpa después en la presencia
Puse todo mi afán, todo mi empeño,
Porque el hijo de Chuqui, á los combates
Contra Huáscar marchando, el amor ciego
De su Cisa olvidara, así á tu alma
Celosa dando caro refrigerio,
Ya que tu ardiente amor desdeña Titu
Y ni teme amenazas ni oye ruegos;
Pero más pudo el guerreador Pacoyo,
Y Titu ya no irá. ¿Qué más yo puedo?—
—¿Y todo es esto, insigne Cushipata?
Toa pregunta con atroz desprecio.
—Esto es todo, replícala el anciano
Con balbuciente voz, y añade luego:

—¿Por qué tu *Huaca*, Toa mía, quiere
Que ames tan solo á Titu? ¿No hay apuestos
Y bellísimos jóvenes en Quito?...
El mismo Tarco te ama, y tu su afecto...
—¡Calla, padre! No más en mi presencia
Ese nombre pronuncies que detesto!
¡Yo amar á Tarco y olvidar á Titu!
¡Jamás! jamás! jamás! ¿Cómo mi pecho
Ha de abrirse á otro amor, aunque él ¡ingrato!
Dé el suyo á otra mujer? ¿Cómo, si siento
Que para amarle vivo, y mi ventura
En adorarle esta?... Mas ya le veo
En otros brazos!... ¡Ay! su amor su vida
Son ya de mi rival!... ¿Y no hay remedio?
¿Ha perecido mi esperanza?... Amaru
Díjome cosas que á entender me dieron
Que pronto se unirán. Luego ella misma,
Ella misma, radiante de contento,
Me abrió su corazón, confióme todo.
¡Oh! sí, todo lo sé; ya no hay misterio!...
Más aun queda en tus manos, Cushipata,
A mi despecho un lenitivo al menos...
—Habla, habla, Toa! ¿qué pretendes? pide;
Nada te negaré; todo lo puedo
Por tu amor, hija mía.—Quiero, pido
Que con tu influjo, tu valer, tu empeño
Los separes por siempre; que ni el nombre
Oiga Titu de Cisa, y sacrilegio

Le sea aun pronunciarle... ¡Padre! padre!
¿Comprendes ya mi postrimer intento?
Así olvidado de su amante un día
Quizá rendido escuchará mi ruego
Titu, ó al menos mi enemiga odiada
No será nunca de su amor la dueño.
—¿Cómo hija mía separarlos quieres?
¿Con qué poder á Titu vedaremos
De su amada hasta el nombre? Dime, Toa,
Dímelo, manda y te obedezco ciego.—
Ella muda alza el brazo y las murallas
Le enseña del *Acllay*.—¡Ah! te comprendo,
El viejo exclama entonces, de sus mustios
Labios dejando deslizar un gesto
De complacencia; ya comprendo, Toa,
Cual es tu voluntad, cual tu deseo.
Déjame obrar; es fácil el asunto
Y su éxito feliz desde hoy te ofrezco.
Fatídica expresión de íntimo gozo
Brilla en la faz de Toa, fiel reflejo
Del placer infernal que de improviso
Sucede en su alma á los rabiosos celos.
En tanto hablaban, ya de piés la joven
De su honda excitación al movimiento,
Por obra maquinal con la siniestra
Asía de su padre el manto negro;
Y el anciano, inconsciente, se dejaba
Impeler al dintel del aposento,

Donde fin al diálogo ponían,
Ya concertado el pérfido proyecto.
Más en este acto mismo (¡y ni él ni élla
De su dios el enojo comprendieron!)
Les negó el Sol su luz, tras densa nube
La faz radiosa súbito escondiendo.

VII

LA CAZA

Allá tras el Pichincha que se alza magestuoso,
De las andinas cumbres fatídico Titán,
En cuyo ardiente seno del genio misterioso
De espanto y de ruínas oíase el bramar;

Del genio que lanzando sus llamas hasta el cielo
Retaba á las estrellas en el azul cenit,
Y sacudiendo montes y destrozando el suelo
Los templos y palacios tornaba polvo vil;

Allá tras el Pichincha en cuyas verdes faldas
De Quito se levanta la egregia población,
Mirando cual baluartes que guardan sus espaldas
Las escarpadas rocas de fúnebre color;

En cuya cima oscuras y pavorosas vuelan
Las nubes que la atmósfera ennegreciendo van,
Y en tempestades caen que la campiña asuelan
Y á rayos retumbantes conturban la ciudad;

De cuyos riscos saltan los nítidos raudales

Que el suelo fertilizan benéficos do quier;
Cuyas inmensas plantas oprimen los metales
De la codicia ocultos á la insaciable sed;

Allá tras el Pichincha, de las pasadas eras
Testigo á quien los siglos no pueden destruir,
Que vió de los indígenas, indómitas y fieras,
Las huestes por sus reyes trabar horrenda lid;

Que vió de Rumiñahui feroz la tiranía,
Y en Quito sobre escombros triunfar al español,
Con cuya sangre luego, regada por impía
Discordia, de *Iñaquito* la tierra se empapó;

Que en su riscoso pecho después ha sustentado
Legiones que lidiaron batalla sin igual,
Do fué el León hispánico por el León postrado
Que á redimir viniera la patria de Carán:

Allá tras aquel monte
Que marca del ocaso el horizonte,
Sombrías, misteriosas, dilatadas
Selvas se hallan, que acaso aún este día
Tiene senos al Nómade escondidos
Que libre y ruda vida encuentra en ellas;
Tal vez en otra edad no profanadas
De la osada codicia por las huellas
Con sangre en todas partes estampadas

¡Con la sangre de víctimas sin cuento!
¡Y oh Cielos! ¡oh justicia! con la propia
Del victimario, de riqueza hambriento!

Allí el cedro levanta
Cual regio dombo su frondosa cima,
Y á su tronco se arrima
Y enreda y sube trepadora planta.
Allí, de ingratitud imagen cierta,
Crece á la sombra de *higuerón* hermoso (30)
El débil arbustillo que, tornado
Gigante de la selva poderoso,
Da muerte al bienhechor. Allí el preciado
Huayacán, y la *chonta* negra y fuerte,
Hierro del guerreador de la montaña;
Y el arbol que el aroma grato vierte
Consagrado á los dioses, y el frondoso
Seivo, vestido de suave seda;
Y el *vijao* cuyas hojas la cabaña
Cobija de los hijos del desierto;
Y allí el flexible mimbre, allí la caña
Que se entretejen, cruzan y sostienen,
(Simil de la amistad de firmes pechos)
Y en lozanía eterna se mantienen.
Allí junto á las clásicas palmeras
De penachudas y elegantes copas
Los variados helechos
De plúmeas hojas, frescas y ligeras...

Al influjo del astro soberano
Brota la tierra el *amancay* fragante;
Rivales de la bella y arrogante
Reina de los jardines, del liviano
Céfiro al soplo, mécense otras rosas,
Cuyo nombre y virtud sólo conocen
Las deidades del bosque misteriosas.
El *pajarillo* de doradas hojas,
La *arvejilla* olorosa y purpurina,
La simbólica y bella *pasionaria*...
Mil flores blancas como plata, rojas
Como la brasa, azules como el cielo
O en tintura brillante y peregrina
Bañadas, y de varia
Forma infinita; de tapíz del suelo
Unas, otras aéreas, que cual aves
Presas de hilos sútiles, en suaves
Vaivenes se menean,
Desparciendo fragancia al ténue vuelo
De las brisas que en ellas se recrean.

Y en aquestos fantásticos pensiles
Ricas en visos de oro y en colores
Rivales del cielo y de las flores,
En incesante afán miles y miles,
Inconstantes, voltarias,
Leves, fugaces, lindas mariposas
En callado volar las alas baten...

¡Alma Naturaleza, cuán preciosas
Son las galas diarias
Que ostentas de mi patria en las regiones!
Nobles aspiraciones
De emularlas agitan el ingenio;
Pero impotente humíllase y suspira:
El dechado magnífico le abruma;
El pincel cae, rompese la pluma,
Y enmudecen las cuerdas de la lira.
Mas no, yo en mi entusiasmo, ó mi locura,
¡Oh madre de la vida! ¡Oh gran Natura!
No dejaré que la sonora mía
Niegue su voz á mi atrevido intento:
¡La obligará mi indómita porfía!

El aire sosegado
Corta el volar contínuo de las aves,
Ya en blando movimiento,
Ya en curso arrebatado;
Y esos alados músicos, vestidos
De brillante plumaje matizado,
Con notas armoniosas y suaves
Deleitan los oidos.
De los ojos delicia y embeleso,
Los lindos colibríes,
Cual ricas esmeraldas,
Topacios y rubíes,
Con aliento de vida,

Dando beso tras beso
Con franqueza atrevida
En los abiertos labios de las flores,
Su néctar van hurtando;
Y aquí y allí sin descansar girando,
Fugándose y volviendo
Y espiras mil haciendo,
Al cabó son de todas burladores.
Allá junto á las nubes, con mesura
Regia, bate las alas formidables
El cóndor de alba gola, de los vientos
Dominador. Fatídica bravura
Sus miradas enciende,
Cuando desde su altura,
Presta la garra á sacrificios cruentos,
Por los valles ó páramos las tiende;
O, si de hallar su víctima no cura,
Déjalas con desdén vagar inciertas,
Cual si sólo de luz quisiese hartarlas,
En las regiones célicas desiertas.
Entre las flores y hojas que tapizan
El siempre húmedo suelo, se deslizan
En ondulosos giros las culebras;
O por las colas á las verdes ramas
De árboles corpulentos
Suspendidas se mecen las escamas
Bruñidas ostentando. Rojas hebras
Semejan las mortíferas *corales*.

La de cola sonora
Temida *cascabel*, la silbadora
Équis de gualdo vientre y negro lomo,
Las reinas son allí de los reptiles.
La cuadrúpeda grey no sin monarca
En esos bosques vive: de melena
Desnuda la cerviz, no de gentiles
Formas ni de bravura despojado,
Reina el león allí; y el feroz tigre
Que el poder le disputa,
Cuando el hambre su audacia ha duplicado,
Como él rugiendo en su sangrienta gruta,
A gran distancia la espesura atruena
Y de terror á sus vivientes llena.

A estos bosques ornados
De eternas hojas y de eternas flores;
A estos sitios poblados
De insectos y aves y terribles fieras,
Titu y Amaru acuden á la caza.
De sus manos certeras
Vuelan rectas las flechas; asustados
Los inocentes pajarillos huyen;
En vano la torcaza
En las más altas cimas busca amparo:
El arma voladora
La alcanza y rasga el pecho temeroso;

La pava en vano con la amiga rama
Que oculta el nido caro,
Prudente huyendo y tímida, se cubre:
La mirada oteadora
De Titu la descubre,
Y la saeta aguda
Le lleva al escondite muerte cruda;
En vano intenta el papagayo verde
En su encumbrado vuelo
Defender su existencia: allí la pierde
Del diestro Amaru al infalible tiro,
Y á plomo descendiendo, en tibia sangre
Al pié del cazador empapa el suelo.
Y de ardorosa emulación movidos
De otras presas en pos corren y saltan
Ambos amigos por medrosas peñas,
Que la hiedra y el pardo musgo esmaltan,
O por raudos torrentes que, oprimidos
Entre profundas breñas,
Ruedan lanzando tétricos gemidos,
O por lo más espeso y apartado
Del bosque dilatado.

Más de Amaru la vista
Advierte luego las marchitas hojas
Esparcidas por tierra, en sangre rojas;
Indudable señal, segura pista
Del paso del león, que ha devorado

Su presa aun palpitante
Y á su oscuro cubil se ha retirado.
El mancebo soberbio y arrogante
Ir desdeña por Titu acompañado
De aquella fiera en pos: á la victoria
Difícil y á la gloria
De tan terrible caza ir solo aspira.
Empero Titu, que el peligro mira,
De su arrojado amigo no se aleja
Aunque lanzarse á él sólo le deja.

De entre los dos á limitado trecho,
Bajo un tronco roido por los años,
Asoma, en fin, el lecho
Do, fatigada de pillaje y daños,
La cruel bestia yace, de despojos
Sangrientos rodeada..
La fatídica lumbre de sus ojos
Breve sueño ha robado,
Y su enorme cabeza
Entre las corvas garras ha doblado;
Pero al sonar en su mansión umbrosa
De los dos cazadores la pisada,
Yérguela con presteza,
Y su ardiente mirada y espantosa
Vuelve hácia el jóven, que con firme planta
Y el arco apercibido, se adelanta
El torvo rey del bosque álzase entónces,

Enarca el lomo, gruñe, se espereza,
Y al sacudir la testa en fiero amago
Desparce en torno sanguinosa espuma.
Ageno al miedo de inminente estrago
Al siniestro codillo Amaru apunta;
Parte cual rayo la emplumada flecha;
Pero ¡ay! no va derecha
Cual ir solia, y la aguzada punta
Se hunde en el tronco secular, hiriéndo
Levemente la fiera. Enfurecida
Esta al sentirse herida,
Dobla los corvejones y se encoge,
Las garras pone en alto,
Y á dar rápido salto
Va sobre Amaru, que á la aljaba acude
Segunda vez ligero y atrevido.
Su amigo, empero, al trance peligroso
Atento, se apresura y vibra el dardo
Que parte silbador y va derecho
A sepultarse en la mitad del pecho
Del enemigo atroz. ¡Ay! el temido
Monarca de las fieras
Al hado propio y al valor humano
Rinde el poder y la existencia! En vano
En las ansias postreras
Lanza amenazador ronco bramido,
Y muerde el arma que arrancar procura
Del desgarrado corazón, y quiere

Acometer: por tierra cae, se alza;
Y torna á derribarse. Su bravura
Ya es inútil ¡cuitado! En su agonía
Con la convulsa cola el suelo hiere;
Y bufa, y gime y trémulo suspira,
Se estremece y estira,
Cierra los ojos, enmudece y muere.

Titu y Amaru en la efusión del gozo
Que su espléndido triunfo les inspira
En abrazos se enlazan,
Y no más aves ni más fieras cazan;
Su insólido alborozo
Llena las selvas; su vehemente anhelo
Saciado está: la hermosa piel del *puma* (31)
De los hombros de Titu irá pendiente,
Cuando benigno á su pasión el Cielo
Conceda á su alma la delicia suma
De ser de Cisa para siempre dueño.
¡Dulce esperanza de un amor ferviente!
¡Ay! serás realidad? serás un sueño?.....

VIII.

LA TEMPESTAD

Ya del cénit el astro soberano
Con magestad sublime descendía,
Y los rayos de luz que despedía
Fatigaban al mísero mortal;
Mas de las selvas el follaje espeso
Su lumbre abrasadora interceptaba,
Y favonio que entre ellas revolaba
Su hálito desparcía celestial.

Todo es calma en el bosque: no las aves
Por mortíferas flechas perseguidas
Vuelan ya sin cesar; no las guaridas
De las fieras asalta el cazador
Títu y Amaru, en la mullida alfombra
De las hojas caidas recostados,
Yacen también al ócio abandonados
Y embebidos en pláticas de amor.

Recuerda el hijo del guerrero Chuqui
La impresión indecible que sufriera

Cuando turbado por la vez primera
Sintió latir con fuerza el corazón;
Cuando el gérmen de amor en el crecía
Ardoroso y vehemente, más sin nombre;
Pues oscura é ignorada para el hombre
Arde en su edad primera esta pasión.

El instante recuerda en que á su amada
Con timidez su amor le descubría,
Y ella, temblando, á su mansión huía
Como el cordero al próximo redil;
Y las noches de luna venturosas
En que al són de su flauta ó de su canto
Cisa venía á él, cual por encanto
De su pasión ardiente y juvenil.

Y palidece y calla reservado
Al recordar la noche malhadada
En que Toa, su amante desdeñada,
El andar de su Cisa interrumpió;
Su turbación por ésta no advertida
Cuando el encuentro dijóle de aquella,
Y los celos de Cisa y su querella,
Y el siniestro ruido que él oyó.

Recuerda el sí que la inocente vírgen
De Humán y Raba en la presencia dijo,
Y del jóven Amaru el regocijo,

Y de su amante pecho el..... no sé qué.
¡Oh cuán dulce, cuán grata es la memoria
De cuanto por amor se goza ó pena!
Memoria siempre de ilusiones llena
Del fugitivo tiempo que se fué!

Y loco Amaru, enagenado, ciego
Con su primera pasión; solo respira
Auras de tierno amor; duda, suspira,
Teme y espera y gózase á la par;
Y sólo Toa el corazón le ocupa,
Toa su único bien, Toa su estrella;
El mundo todo sin su Toa bella
No tiene nada bueno que admirar.

Mas no sabe que el nombre de su amada
Por su ardoroso lábio repetido,
Es un nombre por Titu maldecido,
Un nombre ¡ay! fatídico tal vez;
Ni le es dado advertir en su delirio
Que su amigo al oirle se estremece,
Y en su serena faz luego aparece
Súbita y temerosa palidez

El bosque abandonar disponen luego,
Y aunque el fulgor del sol se disminuye,
Presto á su luz la luna sustituye
Con apacible y dulce claridad.

De la diosa al amparo irán seguros
Gozando de la noche el fresco ambiente,
Y antes que el nuevo dia alce la frente
Habrán pisado la gentil ciudad.

Mas del Pichincha en la escarpada altura
Nube negra y siniestra se levanta,
Cuyo medroso aspecto la bravura
Del fuerte pecho de los dos quebranta;
Pues anunciando tempestad segura
Por el inmenso espacio se adelanta
Y el vespertino brillo se oscurece,
Y el rayo de la luna desfallece.

Y allá á lo léjos en opuesta sierra
Surge también, monstrúoso, amenazante,
Espeso nublo que los montes cierra,
Y luego arriba al cielo en breve instante.
Tal conducidos por furiosa guerra,
A cual más animoso y arrogante,
El uno y otro ejército avanzando
Muerte y desolación van presagiando.

Y el corazón de Titu es invadido
Entretanto por nubes de tristeza,
Que han otras veces ¡ay! oscurecido
De sus amantes sueños la belleza.

El de su pecho abrumador latido,
La inquietud de su alma y la flaqueza
Algo le dicen de su adversa suerte,
Algo peor le anuncian que la muerte.

Volar al punto á la ciudad quisiera
Donde se alberga su mitad querida,
Divino sér, cuyo albedrío era
Ley de su corazón, ley de su vida.....
¡Oh! si del cielo disipar pudiera
La negra tempestad enfurecida!
Mas aunque al astro soberano invoque,
De las nubes comienza horrendo el choque.

En la hendidura de un añoso tronco
Ambos á dos los cazadores entran.
Bajo ese techo natural y bronco
Como esquivar el temporal encuentran,
Y al primer trueno que retumba ronco
En su fondo musgoso se concentran
Cual dos cervatos que el rugido escuchan
De dos tigres que de ellos cerca luchan.

La horrible oscuridad tiende su manto;
Zumba atroz vendabal; llueve á torrentes;
Desgájanse las ramas, y el espanto
Cunde por todas partes; refulgentes
Mil centellas se cruzan, y entretanto,

A sus cárdenas luces, los vivientes
De la selva se vé, del susto heridos,
Sin saber, dónde huir lanzando aullidos.

Abren las nubes su encrespado seno
Y mil rayos arrojan inflamados,
Que retumbando en incesante trueno
Estremecen los montes dilatados;
Y entre raudales de corrupto cieno
De peñasco en peñasco desbordados
Ruedan en confusión troncos robustos
Y destrozados árboles y arbustos.

¡Todo es horror! que *Pachacámac* su ira
Lanza del cielo en la tremenda lumbre:
El relámpago vívido que gira
Del gran Pichincha en la riscosa cumbre
Es su mirada, que terror inspira;
De su planta la grave pesadumbre
La tormenta va hendiendo; sus acentos
Los truenos son, su soplo son los vientos.

Asi del hombre un tiempo castigaba
La insolente protervia, y descendía
El fuego en que la esfera se abrazaba
Y el agua en que tierra se sumía.
El corazón de Amaru que ignoraba
Que cosas fuesen miedo y cobardía,

A este aspecto tan lúgubre y horrendo
Late agitado, el ánimo perdiendo.

Y tiembla Titu; su temblor, empero,
No lo causa del cielo la tormenta:
Es la del corrzón, es aquel fiero
Incógnito dolor que se acrecienta
Con un fatal y aterrador agüero;
Que áun al indio más bravo desalienta
Un agüero fatal, y el más cobarde
Hace, si es bueno, de valor alarde:

El ímpetu de un rayo un corpulento
Seibo derriba en la mitad trozado,
Y de su nido un buho ceniciento
Al estridor escápase asustado;
Mas va y penetra al rústico aposento
Por los dos cazadores ocupado,
Y al tornar á salir, la sién azota
Con la ala á Titu y su penacho bota.

Tras horas largas de mortal congoja
Los amigos, en fin, miran del cielo
La tempestad huir; ya se despoja
De su luto la luna, y el consuelo,
En la luz que ella de su frente arroja,
Pachacama aplacado envía al suelo;
Ya de aquilón ha poco enfurecido

Se oye lejano el postrimer zumbido.

De los riscos que turbias gotas huyen
De tarde en tarde desprendidas caen
Rocallas con fragor; se disminuyen
Los raudales lodosos, pero aún traen
Despedazadas bestias, con que obstruyen
Su álveo, ó el agua empozan ó distraen:
Aquí se ve los restos de una danta,
Un tigre más allá, que áun muerto espanta.

El crudo cierzo entre las ramas vuela,
Y la luz de la luna que resbala
Por la húmeda atmósfera, riela
En las mojadas hojas; tibio exhala
Vapor la tierra; el cárabo que vela
En la nocturna soledad el ala
Bate, y del agua al tétrico murmurio
Junta sus gritos de siniestro augurio.

Titu y Amaru emprenden su camino.
Este contempla un rato las estrellas
Y las pregunta acaso su destino;
Expresa aquél sus lúgubres querellas.
Y embebecida en un amor divino
Busca la luna las fugaces huellas
De su ígneo esposo; y toca ya en la altura
Do se muestra más lánguida y más pura.

IX.

ELECCIÓN IMPREVISTA

Es la hora que confunde
Las luces con las tinieblas:
No bien termina la tarde
Ni bien la noche comienza.
El afanoso labriego,
Dejadas ya sus tareas,
A los inocentes gozos
De su familia se entrega
Tras el riscoso Pichincha
Se ve enlutada la esfera,
Y los tronidos se escuchan
De una lejana tormenta.
En tanto del gran *Amunta*
En la morada se observan
Preparativos y afanes
De las bodas que se acercan
De su hija Cisa. Su larga
Comedida parentela
Al doméstico servicio
De buen talante se entrega.

Nadie mano sobre mano
Ni indiferente se encuentra:
Aquí una anciana matrona,
Haciendo de ligereza
Alarde, la *jora* (32) extrae
Del abrigo en que fermenta;
Por allá corre una moza
Un haz trayendo de leña;
Otra atiza diligente
El hogar y astillas le echa;
Aquí se muele el maíz,
Un paco allá se degüella.
Hasta el *Amunta*, gustoso
Las labores de su ciencia,
Por tomar parte en aqueste
Afán de familia, deja.
Raba, su discreta esposa,
Todo lo mira y ordena,
Y sumisas á su voz
Acuden ambas gemelas.
Y Cisa, Cisa es el blanco
A do las miradas vuelan
De todos; todos admiran
Su hermosura y su modestia.
No falta pecho de joven,
Su amiga y fiel compañera,
Que de una inocente envidia
Picazón oculta siente;

Ni falta ardiente mancebo
Que ser el novio quisiera,
Y cuyo anhelo traiciona
La mal refrenada lengua;
Que entre bulliciosa risa
Vienen y van agudezas,
Y entre las frívolas burlas
Deslízanse muchas veras.
Del crepúsculo á la luz
Melancólica y postrera,
Que huye de los dulces rayos
De la luna que se eleva,
En el umbral de la estancia
La desposada se sienta,
Y á la labor de sus manos
Dar presto término anhela:
Labra un penacho vistoso
Con plumas gayas y luengas
Del pintado papagayo
Y de la blanca cigüeña;
Es el presente que á Titu
Hacer en sus bodas piensa.
¡Oh cuánto para su esposo
Será agradable esta prenda!
Mas Cisa suspira y clava
La vista en la nube negra
Que lanza toda su furia
Sobre la lejana selva.

—Amaru, Titu... ¡Quién sabe!...
Estarán acaso en ella;
Tal vez no hallarán refugio
Contra tan ruda tormenta.
¡Cuánto tardan!... ¡Qué peligros
En este instante los cercan!
Esos bosques son guaridas
De las más atroces fieras,
Y tal vez son impotentes
Para los tigres las flechas...
Mi esposo, mi hermano... ¡Oh cuánto,
Cuánto dilata su vuelta!—
Estos son los pensamientos
Que de ella en la mente vuelan,
Y las congojas del alma
le avivan y le acrecientan.
¡Cisa cuitada! la dicha
De su corazón se acerca,
Pues ya pocos soles faltan
Para la espléndida fiesta
Del *Uma-raimi*, en que todos
Sus matrimonios celebran,
Y en ese día con Titu
Formará tambien pareja,
Y empezará nueva vida
De amor y delicias llena;
Pero la infelice duda
Y teme, y suspira y tiembla.

Su ajuar está ya completo,
Regalo de sus parientas;
Su mansión está labrada
De la de sus padres cerca;
Mas uno y otra le infunden
Inesplicable tristeza:
¡Algo extraño, algo funesto
En mansión y ajuar encuentra!
¡Presagios del corazón
Que nunca en vano se inquieta
Y que del tiempo que viene
Tristes sucesos revelan!
¡Y cómo, ¡ay! dos desgraciados
Que unió de amor la terneza
Se entienden y corresponden
Aun cuando alejados penan!
¿Quién explica estos misterios
Que esconde naturaleza
En lo íntimo de las almas
Que para el martirio crea?
En Quito la hija de Humán
Y Titu en lejanas selvas
Miran, escuchan y sufren
Igual horrible tormenta;
Esa tormenta formada
Por sus lágrimas secretas
Que los pechos destrozando
Las esperanzas asuela;

De cuyos rayos y vientos
Las iras no tienen tregua,
O que vuelven con más furia
Si un momento se temperan.

Súbito un anciano viene
Y detiénese á la puerta,
Donde la amante de Titu
A sus labores se entrega.
—La paz el Sol os envie,
Dice á todos, la cabeza
Casi hasta el suelo bajando
En señal de reverencia;
Y *Pachacámac*, prosigue
Con más expresivas muecas
Que su profundo respeto
Por este nombre demuestran;
Pachacámac esta casa
En auge y gloria mantenga,
Y todos los que la habitan
Favor de su mano obtengan—
Todos al verle se inclinan,
Sus respetos le presentan,
Y su negra vestidura
Con humilde labio besan.
Es el viejo Cushipata.

A quien el pueblo venera
Y quien del Inca y los nobles
En los festines se sienta;
Es el padre de la joven
Cuyo amor Titu desdeña;
Es quien á todos engaña
Con virtuosa apariencia.
Al verle Cisa se turba
Como si delante viera
Algún fantasma ó vampiro
De hosca mirada y siniestra;
Tiembla cual tímida liebre
Cuando el águila revuela
Sobre ella y á refugiarse
No alcanza en su oscura cueva.
¡En presencia de aquel monstruo
Justo es que se turbe y tema!
—Ven, el *Amunta* le dice,
Ven, Cushipata, que llenas
De bendición mi familia,
Mi pobre casa y hacienda.
Mas, sagrado sacerdote,
¿A qué has vanido á mi puerta?
¿Por qué de honor tan insigne
Me colmas con tu presencia?
¿Quieres indagar acaso
El curso de alguna estrella?
Habla, Cushipata, dime

¿Qué de mi ciencia deseas?
—Yo te traigo, sabio *Amunta*,
El sacerdote contesta,
De parte del Sol divino
De un grande favor la nueva.
Y luego á Cisa mirando
Prosigue:—Feliz doncella,
Del Dios del cielo bendice
La gracia que te hace excelsa:
En tu tálamo de plumas
Recibir á un hombre piensas,
Y hete aquí que tu destino
En más dichoso se trueca;
Su esposa casta y sin mancha
El Sol te manda que seas.
¡Oh venturosa Escogida,
Ya el *Acllahuasi* te espera!
De sorpresa enmudecidos
Todos al oirle quedan,
Cesa el afan y las manos
Caer las labores dejan.
Cisa queda enagenada,
Transida el alma de pena,
Pálido el rostro, los miembros
Trémulos, muda la lengua.
Gran merced es para esposa
Del astro-Dios ser electa:
¡Oh! muy grande; pero nunca,

Jamás para la belleza
Cuyo corazón sensible
Humano amor encadena
¡Oh! para ella la clausura
Cuán terrible es, cuán horrenda!
—¿Callas? el pérfido viejo
Dice á la joven, ¿no aceptas
De tu Dios el amor santo?
¿Dudas? ¿temes? ¿no contestas?
—Permite, dícele entonces
Humán, que yo dé por ella
Contestación. ¡Hija mia!...
¡Ah! no la ves? ¿no la observas?
¡Cuál se turba!... Sacerdote...
Cushipata, yo quisiera
Que á mi razón dés oidos...
¡Sí! la merced es inmensa
De nuestro dios; más no ignoras
Que Cisa dió por repuesta
El *sí* al hijo de Chuqui
De Pacoyo en la presencia.
Ya se acerca el *Uma-raimi;*
Todo está presto...—¿Y tú piensas,
Humán, á un dios posponiendo
Dar á un mortal preferencia?
—Consagrarle la mujer
Ya á un hombre dada, es ofensa.
—*¡Amunta! ¡Amunta!* tú dudas

De mis palabras, tú niegas
Lo que el padre Sol te pide!
¡Mortal infeliz! tu lengua,
Si á sus designios te opones
Nunca á invocarle se mueva.
¿Quién á no querer te induce
Lo que el dios quiere y ordena?
¿Del *supay* (33) las arterias
A tal impiedad te llevan?
¿Su soplo tu mente ofusca
Y tu pecho vuelve piedra,
Que tus deberes olvidas
Y el castigo no recelas?
—¡No soy impío!—Pues cede.
—¿Por qué mi albedrio fuerzas
Y el de mi hija?—Lo hace el Cielo.
—¡Dios no es malo!—Mas su diestra,
A quien sus voces no escucha
Ni humilla ante él su cabeza,
Hiere horrible.—No la teme
Quien se escuda en su inocencia.
—¿No la temes? ¡Desdichado!—
Y el viejo hipócrita, vuelta
Hácia el Pichincha la frente
Que cruzan rugas siniestras,
Tiende las temblosas manos,
Y en voz que se escucha apenas,
Mas con fervor, de seguida

Frases misteriosas suelta.
Y—¿No miras, continúa,
Al numen á quien ordena
El Sol que todas sus aguas
Vierta allá sobre las selvas?
¿No ves cómo el rayo horrendo
Desgarra y surca la esfera?
¿No adviertes cómo los crudos
Vientos mueven la tormenta,
Chocar furiosas haciendo
Entre sí las nubes negras?
¡Y tú no temes, oh *Amunta*,
Que contra ti su ira venga!
Humán, del astro supremo
Es la venganza tremenda:
Nadie le ofendió é impune
Siguió viviendo en la tierra.
Acaso este mismo instante
Le obedece una centella
Y á Amaru y Titu aniquila,
Por culpa tuya, en la selva.—
De un estrepitoso rayo
La lumbre en esto serpea,
Cual si en corroboración
De estas palabras viniera.
Cisa, al verla, se estremece,
Y dos cristalinas perlas
De sus párpados se escapan

Y hasta su regazo ruedan.
Raba de su hija el tormento
Con triste rostro contempla,
Y ninguno alza los ojos,
Ninguno mueve la lengua.
Humán, presa de mil dudas
Y mil tréticas ideas,
Siente que el alma le oprime
Cierta extraña y cr :el fuerza.
La autoridad del anciano
Y sns palabras funestas,
Su Dios, cuyas iras teme,
De su hija la pena acerba,
De Amaru y Titu el peligro....
Todo en su mente se enreda:
Que en rudas contrariedades
Y en inesperadas penas
No hay entendimiento claro
Ni hay alma firme y entera.
El astuto Cushipata
Todo en silencio lo observa
Y en voz resuelta prosigue:
—No ignoras tú que revela
El Sol, Humán, sus designios
A quien agraciar desea.
A mi, su siervo, esta noche
Me reveló que su nueva
Escogida era tu hija,

Y que su enlace impidiera
Me ordenó. Luego en sus aras
Sacrifiqué dos corderas,
Observé al correr su sangre
Y me cercioré por ella
De que fué sueño divino
El sueño que yo tuviera.
¿Aún dudarás, caro *Amunta*
Que la elección fuese cierta?—
No hay más resistir: el sabio
Humán á tan clara seña
Que el viejo pérfido finge
Dobla humilde la cabeza,
Bendice al astro supremo
Y dá su final respuesta:
—Mi alma *Huaca* no permita
Que haga yo más resistencia;
Vaya Cisa al *Acllahuasi:*
El Sol lo ha querido, ¡sea!
—El lo ha querido murmura
Raba á su vez, que su sierva
Mi hija sea. Y en profundo
Silencio sumida queda.
¿Y Cisa? ¡infeliz! por siempre
Ve su esperanza deshecha!
¡Titu no vuelve del bosque,
Y ruge allá la tormenta!
¡Cielos favor!... ¡No hay remedio!...

Y la voluntad en ella
¿Tiene más virtud acaso
Que en el ánima paterna?
Se conturba y cabizbaja,
Suspira, solloza, tiembla,
Y con mustio labio.—El Cielo
Lo ordena, mumura, ¡sea!
Y funesto parasismo
De la infeliz se apodera.
En la casa del *Amunta*
Confusión y angustia reina;
Y Cushipata—Mañana,
Antes que el sol resplandezca,
La Vírgen ha de pasar
Del *Acllahuasi* la puerta
Dice con voz imperiosa;
Y haciendo tres reverencias
Vase, y los pasos dirige
Por una torcida senda
Que hácia Pacoyo conduce,
Llevándose el alma llena
De gozo infame y forjando
Nuevas falsedades, nuevas
Lisonjas é hipocresías
Con qué aturdir la cabeza
De aquel anciano guerrero,
Y humillar su alma severa.

X.

LA VÍRGEN DEL SOL

Cuatro murallas de pulido canto
El *Acllahuasi* cercan; tres seguras
Puertas conducen á su centro, donde
Se alza la habitación que el pueblo santo
De doncellas bellísimas se esconde
Al ojo mundanal. Jamás impuras
Plantas de hombres sus ámbitos hollaron;
Jamás allí del mundo resonaron
Los tristes ayes ni la insana risa,
Ni el susurro mordaz de la implacable
Murmuración; jamás allí la brisa
Sopló de la pereza abominable.
El corazón ardiente y la existencia
Toda al astro sublime han consagrado
Sus castas Escogidas; la inocencia
De la amable paloma, el sosegado
Contento, de la paz del alma fruto
Y de la pura, virginal conciencia,
Las acompañan. Al brillar su esposo,
Detras del monte alzándose, en tributo

De gratitud, un cántico armonioso
Le ofrecen, á la par del delicioso
  Olor de los perfumes y las flores;
Y al ocultar sus últimos fulgores
Del sombrío Pichincha tras la cumbre,
Vuelve el canto divino, y la sagrada
Del aurífero altar vívida lumbre
Consume nuevamente la preciada
Ofrenda de odoríferas resinas.
Y mientras vuelan las diurnas horas,
A constante faena consagradas
Las vígenes están; afanadoras
Tejen y bordan cándidas y finas
Telas que el *Inca* y su familia egregia
Visten, ó los *Curacas* y los nobles
A quienes generoso privilegia;
O el pan fabrican y el sagrado vino
Que á su almo esposo el sacerdote ofrece
Juntos con la vicuña ó con el ciervo
O el paugí penachudo trasandino,
Con cuya sangre el ara se enrojece.
  En virtudes, nobleza y hermosura
No menos claras hay que las esposas
Del luminar divino otras doncellas,
Que en servidumbre viven y gozosas
Con ellas parten la eternal clausura;
Y mujeres ancianas y prudentes,
Flores un tiempo cándidas y bellas,

Marchitas hoy en el retiro oculto
Del *Acllahuasi,* á todas en el culto
De su inmortal esposo diligentes
Instruyéndolas ván y en la suave
Cotidiana labor, que á todas cabe.
¡Oh noble, y santa y encumbrada idea
Que del alma deidad la mente humana
Concebir suele á veces, á despecho
De la sombra de error que la rodea!
Luz inefable que de lo alto emana
Y del alma en el fondo centellea;
Luz á cuyo esplendor el hombre lee
De la conciencia en lo íntimo grabado;
«Existe un mundo inmaterial, existe
En él un Sér eterno; adora y cree,
Ama y espera.» ¡Oh luz! ¡oh luz divina!
¡A qué virtud por ella se ha elevado
La humanidad en su destino triste!
Por ella el corazón á soberana
Abnegación resígnase; ella altares
Sacros erige, el incensario enciende,
Suelta la lengua en célicos cantares
De amor y gratitud; por ella asciende
La mente á lo ideal; sólo por ella
De Cuzco y Quito la sencilla gente
Al dios que adora con sincero pecho
Lo más puro consagra y delicado
Que darle puede racional criatura:

La virginal virtud y la inocencia,
¡Flores encantadoras, del sagrado
Jardin de un alto Númen sólo dignas!
Pero ¡ay! vírgenes tiernas, de vosotras
Si el corazón sentis á la locura
De terrenal amor ya encadenado,
Y librarle pensais entre la sombra
Y el silencio y la paz de la clausura!...
Allí, cuando á elevaros hasta el cielo
Vayais en busca del amor divino,
Al peso atroz de bárbaro destino,
Roto vuestro querer, vendreis al suelo.
¡Oh! del amor huid; mas si en sus brazos
Mágicos os estrecha, y no hay rescate,
No lucheis, no: santificad sus lazos,
Y si esto no podeis.... ¡qué Dios os mate!

Es la hora del alba risueña;
Y su luz en la humilde cabaña
Penetrando, los párpados baña
Del dormido dichoso zagal.
Se dispierta y visita el rebaño,
En estrecho redil prisionero,
Y oye atento el cantar lisonjero
De la mirla, el gorrión y el turpial.

El suave fulgor del oriente

Va el espacio infinito inundando,
Y en las faldas del monte va alzando
Blanca niebla su denso vellón.
Cae al beso del aura el rocío
Y levantan las flores sus frentes.
Que dispiertan parece áun las fuentes,
Que despiden más plácido són.

Junto al grande *Acllahuasi* resuena
Entretanto rumor de gentío,
Que cual olas inquietas de un rio
En bullir incesante se está;
Y al tañer de una flauta, y de un grave
Sacerdote al mandato, se estrecha
Una angosta dejando y derecha
Larga calle que al pórtico va.

Luego en triste silencio desfilan
Dos hileras de nobles ancianos,
El bastón en las trémulas manos,
A la tierra inclinada la faz.
Las matronas tras ellos. Su rostro,
Medio oculto so el manto, demuestra
Religioso respeto; en la diestra
Llevan ramos, emblemas de paz.

Van en pos doce vírgenes tiernas
De perfumes cundiendo el ambiente.

De pudor se ha teñido su frente,
Y, aunque oculto, las sigue el amor.
A su centro, cual pálida rosa
Que entre rojos claveles descuella,
Va una jóven y hermosa doncella,
Muda, presa de intenso dolor.

Cisa es ésta; de azul vá vestida.
La faz mustia, los ojos llorosos,
Indeciso el andar, temblorosos
De su cuerpo los miembros se ven.
Lleva el alma de angustia inundada,
Lleva ahogado en suspiros el pecho;
¡Ay! ha visto el pimpollo deshecho
De su flor—la esperanza del bien!

Y cerrando el gran séquito marchan
A la fin *Amunta* y su esposa,
Anunciando en la faz respetuosa
De su pecho la fiera ansiedad.
Lleva Humán una nívea cordera,
Raba un tierno pichón en su nido:
Cortos dones que el Sol ha exigido
De su pura y sencilla piedad.

Ya el anciano é infiel Cushipata
En el pórtico está; la cuchilla
Matadora en su diestra ya brilla;

Ya comienzan los leños á arder,
El ministro los ojos al cielo
Y las manos temblosas levanta;
Breve estrofa en voz lúgubre canta.
Y va el don á su Dios á ofrecer.

Religioso terror en el alma
Se difunde del pueblo al instante,
Y, postrado en el polvo el semblante,
Voces cree divinas oir;
Y las víctimas caen; el suelo
Con su sangre rocían; la hoguera
Las devora, y el humo á la esfera
Vése en densas madejas huir.

¡El momento ha llegado!... A la vírgen
El anciano la diestra le toma
Y cual tierna, inocente paloma
Que en ofrenda conduce al altar.
Tal la acerca al umbral y le dice:
—Noble jóven, del Sol escogida,
¿Le consagras por siempre tu vida?
¿Juras, dime, sus leyes guardar?

—Sí, contesta con débil acento.
—El te asista, replica el anciano;
Y tendiendo la trémula mano,
—Entra, añade, tu voto á cumplir.

Un adios repetido se escucha;
Cisa vuelve su rostro divino
Y contempla un instante el camino
Por do debe su amante venir.

Más profundo, más fiero, espantoso
Es entonces el dolor de su alma,
Y vacila cual débile palma
Sacudida por crudo huracán,
Que ya siente su planta moverse,
Que le faltan vigor y firmeza,
Que ya inclina la mustia cabeza,
Que sus ramos doblándose ván.

Y en su adentro, y en mudo lenguaje,
Doloroso, inefable, sublime,
Que oye sólo su alma que gime,
Que comprende tan solo su dios,
—¡Ay! exclama, ¿dó estás amor mio?
¿Ni aun me dás de escucharme el consuelo?
¡Titu, adios!... ¡Titu, adios!... ¡Ya en el suelo
No hay poder que nos junte á los dos!...

Mas el gozne que rueda tras ella
Recrugiendo decirla parece:
—Entra, oh joven, y al hado obedece
Que dirige á este asilo tu pié—
Luego un coro de vírgines bellas

La saludan y ponen al centro,
Y del muro disforme por dentro
Suena este himno de amor y de fé:

CORO

Ven, oh vírgen escogida!
Ven, oh del Sol casta esposa!
Ven, el mundo vano olvida,
Y por siempre venturosa
Tu existencia aquí será.

¡Oh! ven y ensalcemos de júbilo llenas
Al dios que te libra del mundo maligno,
Al dios que te colma de gracias benigno,
Al dios que á su lecho te llama nupcial.

CORO

Ven, oh vírgen escogida!
Ven, oh del Sol casta esposa!
Ven, el mundo vano olvida,
Y por siempre venturosa
Tu existencia aquí será.

¡Oh! ven y no tardes; ya el tálamo santo
Ornato te aguarda de pieles de *pumas*,
De flores del bosque, de cándidas plumas,
De hermosos corales, de conchas del mar.

CORO

Ven, oh vírgen escogida!
Ven, oh del Sol casta esposa!
Ven, el mundo vano olvida,
Y por siempre venturosa
Tu existencia aquí será.

¡Cuán bello es el astro, tu dios y tu esposo,
De frente gloriosa bañada en fulgores!
¡Qué tiernos, qué dulces sus sacros amores!
¡Cuán puros sus gozos y eterna su paz!

CORO

Ven, oh vírgen escogida!
Ven, oh del Sol casta esposa!
Ven, el mundo vano olvida,
Y por siempre venturosa
Tu existencia aquí será.

Mira, ya en oriente despídese *Chasca*,
De trémulo brillo la faz circuida,
Y presto el Esposo, feliz Escogida,
Con vívidas luces tu frente herirá.

CORO

Ven, oh vírgen escogida!
Ven, oh del Sol casta esposa!

Ven, el mundo vano olvida,
Y por siempre venturosa
Tu existencia aquí será.

Ya viene el Esposo, ya brilla en levante;
Oh vírgenes todas, cantad sus loores,
Cantad inflamadas de amor sus amores,
Cantad, y en sus aros perfumes quemad.

Cuanto más en los claustros se interna
De las vírgenes bellas el coro,
Se oye menos su canto sonoro,
Es más debil su célica voz.
Mundo... *Sol*... *existencia*... confunde
En sus pliegues el aura suave,
Cual los ùltimos trinos de un ave
Que huye y cruza los aires veloz.

Del sabio *Amunta* el alma generosa,
Al ver la prenda de su amor perdida,
Lucha en la mar de angustias borrascosa
Y al fin se salva, á la virtud asida.
No así triunfa su doliente esposa;
De afecto maternal sòlo asistida,
Sin fuerzas, sin valor ¡ay! lucha en vano
De su fiero pesar en el oceano;

Y al despedirse del sagrado muro,
Sepulcro de su bien, los ojos vuelve
Una vez y otra vez, y en mal seguro
Paso á moverse apenas se resuelve;
Mas insensible el pueblo al trance duro
Que abruma á la infeliz, presto la envuelve
En oleada que inmensa se dilata,
Y lejos de aquel sitio la arrebata.

En tanto el viejo Cushipata vuela
Hácia su Toa, el seno palpitante
Y risueña la faz—¿Qué más anhela,
Hija mia, exclamando, el delirante
Amor que te constrisñe y te desvela?
Ella, el gozo pintado en el semblante,
—¡Padre! contesta sólo, y enmudece,
Abraza al viejo; tiembla, desfallece.

Mas, rompiendo la densa muchedumbre
De la curiosa gente que se aleja,
Publicando su faz la pesadumbre
Que su inocente corazón aqueja,
Otra hermosura va so la techumbre
Del *Acllai* á ocultarse, y atrás deja,
A no verlos jamás, caros objetos...
¡Sólo lleva de su alma los secretos!

No hay quien de ella se duela, no hay cortejo

Que con pompa solemne la acompañe,
No hay ofrendas ni cantos de festejo,
Nadie ante ella la flauta dulce tañe;
Solo á su lado van su padre viejo
Y su madre infeliz que triste plañe,
Y al verla del *Acllai* pasar la puerta,
Apenas ¡Gualda! á proferir acierta.

XI

¡TARDE ES YA!

El Sol, dejada su cuna,
Del monte la cima dora,
Y ya se acerca la hora
En que el indio frugal se desayuna;

Y de Humán en la morada
Do ayer el gozo reia,
Impera tristeza hoy dia
De gemidos y llanto acompañada.

Su hermosa *Huaca* perdió,
Se fué su génio divino:
El implacable destino
¡Ay! para siempre á Cisa arrebató!

Vanas del *Amunta* sabio
Son las frases de consuelo;
En vano Raba del Cielo
Favor implora con ardiente labio;

El sentimiento ha crecido
Tanto en su mísero pecho,
Que al sentirle al fin estrecho
Un torrente de llanto le ha rompido

Tal con el agua abundante
De las tempestades crece
El Ambato, y se embravece,
Y corre y se desborda á su talante.

Lloran las gemelas bellas....
¡Todo es allí luto y duelo!
Todo es allí desconsuelo,
Ayes sin fin, inútiles querellas!

Entretanto, de la tierra
Entre los pardos vapores
Euvueltos dos cazadores
Se ve llegar por la vecina sierra.

Son Titu y Amaru. En vano
De fatal presentimiento
Al impulso violento
Pisar anhelan la ciudad temprano;

Y corren, vuelan, la carga
De sus hombros despreciando,
Y la aspereza burlando
De la senda del bosque ignota y larga.

¡Tarde es ya! mayor ventura
Al hijo de Chuqui fuera
Que el rayo en la selva diera
Término á su existir y á su amargura!

Amara al menos columbaa,
Aunque engañosa una estrella
Que nace lejana y bella,
Y con su incierta luz ya deslumbra:

Como el novel caminante
Que juzga luz matutina
La breve luz repentina
De exhalación que esplende allá en levante,

Y apenas mueve la planta,
Acaso en suelo ignorado,
En un abismo encerrado
Se ve de oscuridad que á su alma espanta.

Jóven iluso, ama, adora,
Y en alas de la esperanza
A las regiones se lanza
De una dicha ideal y encantadora;

Y acaso la madre Luna
Ha de oir sus voces luego,
Que en cantinelas de fuego
Han de ensalzar su amor y su fortuna.

¡Tarde es, ay! en demasía!
Amaru perdió su hermana,
Y marchitarse temprana
Titu mira la flor de su alegría.

Juntos á la estancia llegan
Del *Amunta;* oyen gemidos;
De pasmo sobrecogidos
Y de temor los lábios no despliegan.

Una gemela los mira,
Y en voz espirante casi,
—¡Cisa está en el *Acllahuasi!*
Les dice, y gemebunda se retira.

—¡Ay Cisa! cxclaman unánimes;
—¡Cisa! mi hermana querida!
—¡Mi esposa! el bien de mi vida!
quedan ambos á la par exánimes.

¡Cisa! ¿quién te precipita
de entre sus brazos al claustro?
¡Titu infeliz! ¿quién el áustro
Del infortunio contra tí concita?...

En el pecho del amante
Clava más atroz la garra
El dolor, y le desgarra,
Sin tregua dar ni consentir calmante.

Ni del Sol el nombre basta
A moderar su martirio,
Y en su funesto delirio
Aun de su Dios la voluntad contrasta;

Y allá en su mente, ya estrecha
A mil pensamientos vagos,
A mil recuerdos aciagos,
Se levanta cruel una sospecha:

Toa es la rival de Cisa,
Y es vengativa y astuta,
Y su querer ejecuta
Su padre vil con atención sumisa...

Un impulso de ira ciega
Contra el viejo Cushipata
Y su hija le arrebata;
Pero Humán le contiene y le sosiega;

Y porque el rigor suavice
De su amarga y honda pena,
Su mismo dolor refrena
Y en paternal acento así le dice:

—Ni aun de mi ciencia, hijo mio,
El secreto sobrehumano,
Que me enseña en las alturas
El camino de los astros

Ha podido revelarme
El misterio de los hados
Que á mi Cisa destinaban
Del *Acllahuasi* á los claustros.
¡Así el Sol los pensamientos
Trastorna de los humanos!
Y á nosotros solo cabe
Bendecir sus juicios altos.
¿Ni quién resistir podría
A su celestial mandato
Sin que el rayo le destroce
Que es su vengador esclavo?
¡Bendita de nuestro Dios
La sábia y próvida mano
Que á Cisa nos arrebata
Y la lleva á un lugar santo!
Hijo del guerrero Chuqui,
Sacrifica al Sol un *paco*,
Y haz á tu *Vilca* un presente
De aroma de *saramajo*. (34)
Ellos en tu triste pecho
El consuelo derramando,
En pos de otra vírgen bella
Guiarán al fin tus pasos.—

Más Titu vase á Pacoyo
Lanzando quejas al Cielo,
Y en vez de breve consuelo

¡Cuitado! busca á su dolor apoyo;

Pues alma que han lacerado
Golpes de pena reciente,
Gusta de hallar confidente
Que de atizar su mal tenga cuidado.

Pero del soldado viejo
Es imperturbable el alma,
Y con sábia y grave calma
En imperiosa voz le dá consejo:

—Hijo de Chuqui y de Runto,
Calma tu pesar; no en vano
Por tus amores perdidos
Te quejes al astro santo.
¿No le ves? sordo á tus voces
Te mira desde lo alto,
Y de compasión tal vez
No descarga en tí su brazo.
La pusilanimidad
Que amengua pechos humanos
Del Dios provoca el enojo
Y enciende su horrendo rayo.
Titu, si no te resignas
Mancillas tu nombre claro.
¡Cómo! ¿Tú gimes? ¿tú lloras
Débilmente despechado?

Dime ¿no tienes del tigre
El corazón fuerte y bravo?
Pues tú de un tigre desciendes,
De un tigre jamás domado;
Y eres hijo de un guerrero
De más formidable brazo
Cuanto más se vía herido
Y en propia sangre bañado,
Terror de los que en Tiocajas
Y Atuntaqui batallaron
Contra el Inca descendiente
Del ilustre y grande Manco.
El Cielo unirte con Cisa
Habráte impedido acaso,
Porque realce en la guerra
Des á tu nombre preclaro.
¡A la guerra, hijo de Chuqui!
Rodela apercibe y arco,
Pues no en su noble ejercicio
Te adiestró mi afán en vano.
¡A la guerra! ¡Oh! si mis fuerzas
No me robaran los años,
Cual tu padre en otro tiempo
Combatieras tú á mi lado,
Y de Huáscar ambicioso
Arrancáramos el *llauto*
Para ceñirle en la frente
De nuestro Inca soberano.

¡Marcha! olvida tus pesares,
Rodela apercibe y arco,
Pues sólo á débiles hembras
Conviene el mísero llanto.—

Y el viejo con tal vehemencia
Habla, que el joven amante
Siente á su influjo un instante
La acción ceder de su moral dolencia.

Tal eficaz paliativo
Conforta á infeliz paciente;
Pero el alivio aparente
Huye al embate de dolor más vivo;

Y más vivo y más agudo
Titu le siente, y más fiero,
Y así al anciano guerrero
En acento contesta airado y rudo:

—Iré, y el cielo permita
Que alguna enemiga mano
Me hiera el pecho y desgarre
Con un agudo venablo.
Ya nada espero en el mundo:
¡Ya en él sólo me han quedado
Un doloroso recuerdo
Y un corazón solitario!

XII

¡VENGANZA, NO MÁS AMOR!

Aunque embebido en su pena,
Titu sus armas repara,
Limpia, acicala y prepara,
Y de agudas flechas llena
Su argénteo y bello carcax;
Y aguarda que el ronco *churo* (35)
Le anuncie la ansiada hora
De partir, cuando la aurora
Despida el lánguido y puro
Albor de su rósea faz.

Pero no ingrato á la guerra
Irá sin haber llorado
Con humildad prosternado
Junto á la *tola* que encierra
La ceniza paternal.
Ella á su ánima abatida
Quizá infundirá consuelo...
O tal vez ¡ay! á su duelo
Creces dará, de su vida
Doblando el terrible mal!

La noche reina. Al funesto
Sarcófago se encamina
El infeliz; lo examina,
Y en su honda entraña el modesto
Presente pone despues.
Luego postrado en la alfombra
De la fúnebre violeta,
Que humilde en torno vegeta,
De Chuqui evoca la sombra,
Y algo escucha... ¿Qué ruido es?...

¿Es la sombra? ¿ó es que cae
Del *molle* una hoja arrancada?...
Su memoria fatigada
¡Cuántos recuerdos le trae
Tal ruido al escuchar!
Allí su Cisa querida
Había á su voz venido;
Y al oir igual ruido
Ambos el alma oprimida
Sintieron de hondo pesar.

¡Cuánto recuerdo se aduna
Y atropella su memoria,
De amor, de anhelo, de gloria,
De su pasada fortuna
Y su actual desolación!
¡Recuerdos que en violento

Temblor su espíritu ponen,
Y unos con otros se oponen,
Chócanse, y en desaliento
Le postran el corazón!

Más al cabo el infelice,
Alzando al cielo llorosa
La faz, en voz temblorosa
Aquestas palabras dice
Hijas de intenso dolor:
—¡Caros padres! *molle* umbrío!
¡Flores! *tola!* en otro dia
Testigos de mi alegría!
¡Ay! sedlo hoy del duelo mio
Por mi destrozado amor!

Pero la faz entornando
Mira que hácia él avanzando
Viene un bulto silencioso
Que parece misterioso
De otro mundo aéreo sér.
A paso tardo adelanta,
Y bajo su breve planta
Las secas hojas ruido
No hacen, y el aura el vestido
Parece apenas mover.

—¿Acaso, Titu murmura,

De Runto la sombra es ésta?
¡De mi pecho á la amargura
A dar alivio se presta
Después que mi voz oyó!
¡Madre mia!... Mas de Runto
Apartado el pensamiento,
Recuerda á Cisa al momento:
—¡Ay! mi Cisa! siempre al punto
Así á mi voz acudió!

Y queda estático y lacio,
La vista en el bulto fija,
Cual si el destino rehacio
Que tal vez se regocija
En hacerle padecer,
Suspenso verle quisiera
Entre el daño que deplora
Y un bien que gozar no espera,
Entre el tormento de ahora
Y las delicias de ayer.

Desde su trono nublado
La luna algún tanto opaca
Vibra su rayo argentado
Sobre ese fantasma ó *huaca*
Qne mira Titu venir.
Es mujer. Suelto el cabello
Mitad de la faz le vela;

Ambas manos sobre el bello
Pecho tendidas, anhela
Poner en calma á su latir.

El desaliño gracioso
De la blanca vestidura
Que envelve su talle airoso,
Aumenta su donosura
De lo fantástco á par;
Y cuanto más paso á paso
Va limitando el camino,
De bellos rasgos no escaso
Muestra rostro peregrino,
Mas que no puede agradar:

Es cual bella á quien la muerte
Hirió de súbito impía
Y en cuya face se advierte
Una gracia muda y fría
y una medrosa expresión.
La luna en tanto sobre ella
Vierte luz más clara y bella;
Alzase Titu de un salto;
Siente fatal sobresalto,
Y huye su alusinación.

Conócela; retrocede....
Es Toa su fiera amante,

Que así le dice al instante:
—¡El amor tanto en mi puede
Que en tu presencia me ves!
Aún ¡ingrato! á mi gemido
A mi amorosa amargura,
¿Ha de ser tu alma tan dura?
¿Aún tu pecho empedernido
De desdenes mina es?

¡Titu! ¡Titu! el justo Cielo
Que sabio todo lo ordena,
Ha roto al fin la cadena
Con que á ligarte en el suelo
Ibas con otra mujer:
Hoy otro amor te conviene;
¿Y encontrarás en el mundo
Uno tan vivo y profundo
Como el que mi alma te viene
Rendida y fiel á ofrecer?....

—Basta, mujer, yo no te amo.
Dice el amante ofendido;
Y añade en tono sentido;
¡Las lágrimas que hoy derramo
No son lágrimas de amor!
—¡No te amo! Toa repite.
¿Es mi amor tan despreciable?
—De amor tu lábio no me hable;

Calla, Toa; hoy sólo admite
Mi alma frases de dolor!

--¡No te amo! de nuevo esclama
De vil Cushipata la hija;
Y la ira el alma le aguija,
Y la vergüenza le inflama
Y turba la hermosa faz.
--¡Oh mónstruo! que de mi pecho
La ardiente pasión desdeñas!
Mira, mira cual te empeñas,
Con ahondar mi despecho,
En matar tu misma paz!

Combatida tu existencia
Por el pesar y el hastío,
Te acabará su influencia,
Y cual miserable impío
Sin *tola* serás después.....
--Calla, Toa, no delires
--Tu porvenir es funesto.
--Calla, mujer: te detesto;
Vano es que por mi suspires,
Tu predicción vana es.

—¡Me detestas! ¡La esperanza
Murió para siempre! ¡Escucha!
Si antes mi pasión fué mucha,

Hoy se trasforma en venganza:
¡Mi ódio eterno para tí!—
Trémula así, medio loca,
Toa se expresa; los ojos
Desencajados y rojos
Y la contraida boca
Muestra dan de frenesí.

Y los brazos estendidos,
Y los puños ajustados,
Con pasos acelerados
Por la furia dirigidos,
Váse al pasmado garzón.
Aqueste retrocediendo
Esquívala; ella creciendo
En rábia, más le persigue,
Por si el anhelo consigue
De arrancarle el corazón.

Pero ahí cerca vé al punto
A un jóven de faz airada;
Párase de susto helada,
Queda su rostro difunto,
Y se la oye balbucir:
—¡Amaru!—¡Pérfida amante!
Grita el hijo del *Amunta*,
Lo sé todo.—Y su semblante
La ira y despecho trasunta
Que en su pecho siente bervir.

—¡Toa infame! añade, ¡calla!
No más pronuncies mi nombre!
Aunque fueses regia *palla* (36)
No fueras digna de un hombre
De su honra amante, cual yo.
Mi noble pasión mataste
Cuando menos lo temía,
Mira aquí la flauta mía:
Del amor que me inspiraste
Sonar ahora debió.

¡Que aun ella muera!—Y con ira
Despedaza el instrumento,
Sus trozos al suelo tira,
Los huella y corre al momento
A donde á su amigo vé.
Titu le mira pasmado,
La vista inquieta y turbada,
La lengua muda y helada,
Cual si fuese tigre airado
Quien siempre su hermano fué.

Más—Huye de estos lugares,
Amaru dícele; vamos,
Vamos, Titu: ¿qué esperamos?
De la guerra los azares
Sufrir juntos vale más.
Huyen, mas Toa les grita:

—¡Os seguirá mi venganza!
Si mi brazo no os alcanza,
Vuestra familia maldita....
¡Ah! no os perdono jamás!

Y despues mira tras ella
Otro joven que ligero
Sonriéndose la empella
Al paso, y con altanero
Mirar la vé y con desdén.
Y al estar al bosque junto
Suelta infernal carcajada,
Y ella, en fúria trasformada,
Le amenaza y grita al punto:
¡Tarco! ¡Tarco! tú también!...

Más el paso él apresura
Y del bosque en la espesura
Piérdese, mientras demora
En venir la dulce hora
Del amable rociclér.
Raya al fin. El ronco *churo*
Y el parche suenan. La gente
Acude; sólo presente
Tarco no está, y es seguro
Que nadie allí le ha de ver.

El despejado levante

De viva luz ondas vierte,
Y el inca marcha arrogante
Guiando al triunfo ó la muerte
La quiteña juventud.
  Y Amaru y Titu, anhelando
Sangriento fin al despecho
Que anida en su triste pecho,
Con ella van, descollando
En la inmensa multitud

  Ya el Machángara pasaron
Monarca y gente guerrera;
Ya á las espaldas dejaron
Del *Yahuirac* la ladera;
Ya lejos, lejos están...
  Hijos del Pichincha cano,
¡Adios! ¡Ah! del hado fiero
Ignorais el hondo arcano:
En brazos de un extranjero
Vuestras glorias morirán!....

LA VIRGEN DEL SOL

SEGUNDA PARTE

I

EL FUROR DE LA VENGANZA

Del grande *Uiracocha* la terrible
Profecía cumplióse ¡ay, desdichados,
Fuisteis hijos del Sol!... Del inca Huáscar
A la soberbia frente el victorioso
Brazo de Hualpa arrebató la insignia
Del sucesor de Manco--el rojo *llauto*.
Tumba de un gran poder y de otro cuna
Quipáipan fué. (37) ¡Salud, hijo de Paccha!
¡Salud! Si en tí la sangre generosa
De *incas* y *shiris* se mezcló, ya unidos
El perüano fleco y la quiteña
Bella esmeralda en tus augustas sienes,
Un sólo imperio tu ambición abarca.
¡Ay, efímero imperio! ¡Cuál Fortuna,

De grandezas y glorias burladora
Que ciegan y enloquecen á los hombres,
De Atahualpa huye luego, y el cuitado
Del solio rueda y trágale el sepulcro!
De sueño secular el Cotopaxi
Al estridor de la conquista vuelve, (38)
Y su fuego, y su lava y sus bramidos
Muestras son de dolor, de ira señales
Ante un cruel derecho victorioso
Y ante un mundo inocente que sucumbe.
¡Ah! ¿por qué ese derecho al de la excelsa
Razón y al del amor unido viene?
¿Por qué el acero en las audaces manos
De la ambición y la rapaz codicia
Tercia del alma Cruz en la obra santa
De dar divina luz á un mundo ignaro?
¿Por qué mezclar con su inocente sangre
La onda sagrada á depurar dispuesta
Su espíritu inmortal y alzarle al cielo?
¿Por qué del desposado númen indio,
Padre de las estrellas luminoso,
A los áureos altares se levanta
Al vero Dios, de víctimas y ruinas
Para luego cercarle? ¿aman y adoran
Los muertos, por ventura, ó de los hierros
Gusta Dios, y del llanto y luengos ayes?
¡Oh tiempos de heroismo y fé robusta,
Y á par á instintos bárbaros propicios!

¡Cuántas páginas de oro os debe España!
¡Cuántas de hierro y de sangrientas sombras!
Ministro de Jesús, más no en sus leyes
De amor nutrido, en Cajamarca suelta
Su voz Valverde, y la sagrada efigie
Del Dios de caridad enseña en alto,
Testigo á ser de una feroz matanza. (39)
La inerme multitud, despavorida
Al repentino embate, al espantoso
Tronar del arcabuz, al inaudito
Rudo lanzarse del brindón contra ella,
Al aspecto medroso de guerreros
Que jamás en la mente le trazara
La vaga mano de enfermizo sueño,
Sucumbe en mar de sangre sumergida,
O corre por los campos desbandada,
La muerte huyendo que do quier la acosa.
Allí el nieto de Cacha aprisionado
Su poder ve eclipsarse y su ventura.
En vano su imperial prerogativa
Invoca, en vano su justicia al trono
Hispano anhela encomendar, inútil
Es la riqueza fabulosa, tasa
De su ansiado rescate: el monte de oro
Puesto á las plantas del cruel Pizarro,
Ni su codicia aplaca, ni la noble
Víctima al vil patíbulo arrebata.
Con el trágico fin del inca egregio

De sus leales súbditos perecen
Bienestar, honra, todo, y la miseria
Y la muerte en sus brazos los torturan.
Así al morir el sol y de la noche
Las sombras al caer, la luz fenece,
Cesa la actividad y todo calla...
Excepto el torpe vicio, el cauteloso
Aleve crímen y el dolor, al día
Menos adictos que al nocturno imperio.
Un cadáver no es oro; de un difunto
Monarca nada puede el yerto brazo;
Así de Hualpa los despojos tristes,
Al matador inùtiles, y el miedo
Ya disipado al vencedor de Huáscar,
A la veneración y amor cedidos
Son de la inca familia y de los nobles
Que ha perdonado la extranjera espada.
Del Pichincha en la falda la gran *tola*,
Silenciosa morada de los *Shiris*
Del fuego de la vida despojados,
Àbrióse á recibir del postrimero
Las heladas reliquias, de las tiernas
Lágrimas ¡ay! del pueblo rociadas.
Y diz que el cielo de la triste Quito
Cual nunca enlutecióse en ese día,
Y rebramaron con horror sus nubes,
Y de la tempestad rotas las urnas
Mares bajaron á abrumar la tierra.

Y entre la umbría copa de los cedros,
Del molle y capulí bajo los ramos,
Y por el túrbido aire, y por las grietas
Del suelo ocultas, vagos se cruzaban
Y misteriosos ayes, que añadían
Pánico al duelo, ya en extremo crudo,
De la abatida y gemebunda gente.
Un sólo pecho sigiloso encubre
Con muestras de dolor infame intento:
Es el de Rumiñahui, es el del mónstruo
Alzado á dar razón al venedizo
Que atravesando las andinas cumbres
Un reino secular volcó por siempre,
A los hijos de *quitus* y de *caras*
Rindiendo al pié del estandare hispano.

Es una tarde. En las nevadas cimas
De los andes el rayo postrimero
Brilla del astro-dios, cual la mirada
De compasión por su angustiado pueblo.
De fatiga abrumados y congojas
Llegar se vé dos jóvenes guerreros
A una eminencia á la ciudad vecina
Y entre la grama reclinar el cuerpo,
Cual dos mastines que en difícil caza
Vanamente sus bríos consumieron.
El humo pardo desde allí comtemplan

De los hogares del nativo suelo;
Y ven acá del Sol la áurea morada
Allá la de la Luna, ménos léjos
El grande *Acllay,* en cuyos tristes muros
Fijan más su mirar ambos mancebos;
Las que se alzan en torno lomas verdes
Ringles de capulís, grupos de cedros....
Y en tanto anhelan con mirada ansiosa
Sus caras chozas descubrir entre éstos,
En su memoria aglomerando vánse
De no remotos dias los recuerdos.
Mustios, inmobles, silenciosos, ambos
Muestran del alma el hondo sentimiento;
Empero el uno en el semblante anuncia
Que aún late con vigor su noble pecho.
Pudo acosarle atroz el infortunio,
Mas no extinguir de su valor el fuego:
Pueden las lluvias apagar las llamas
Que la selva voraces invadieron;
Mas bajo un tronco entre cenizas arde
La brasa activa que al soplar el viento
Ha de alzarse y crece, en espantosa
Hoguera trasformando el bosque inmenso.
No así á su amigo resistir es dado
La fuerza del dolor: ningún consuelo,
Ni una breve esperanza le confortan;
Sólo en la tumba el eficaz remedio
Piensa hallar de su mal: ¡ay! cuántas veces

De la tierna amistad el dulce ruego
Pudo sólo esquivar la aguda punta
Que iba á rasgar su misrable seno!
De aquel en tanto se dispierta y alza
Allá en el corazón vivo un deseo,
Y—¿Cuál será de la ciudad la suerte?
Súbito exclama en triste voz. Anhelo
De tí saber ¡oh Quito! antes que pise
De mi choza el umbral. Aquí en mi pecho
Habla un dios este instante presagiando
No sé qué duros males de mi pueblo.
¿Quién que este augurio no es verdad me dice?
Preguntemos, hermano.—Y va ligero
Hácia un pastor, y síguele su amigo
A igual secreta voz obedeciendo.
Temeroso el zagal vibra el azote,
Corren los *pacos* en la nube envueltos
Del polvo que levantan; él anima
La carrera y veloz huye tras ellos.
¡Vana presura! Al cabo en la presencia
Hállase de los tétricos mancebos,
Que de la ropa asiéndole, malgrado
A detenerse fuérzanle. De miedo
Las rodillas le tiemblan, conturbada
Su faz se alonga, de color de muerto
Su piel teñida está. Cálmanle afables,
Y al fin presta á los dos oido atento.
Ellos á par al verle se turbaron:

Acaso un hombre semejante vieron
Alguna vez; acaso un conocido....
Un contrario tal vez, que en otro tiempo....
Pero á su frente con hollin manchada
Guedejas caen de áspero cabello;
Cúbrele el cuerpo un sayo de retazos
De viejas telas y de pieles hecho;
Cíñele el ancho talle tosca cuerda;
De sus hombros, alzados con esfuerzo,
Un lio pende, y todo contribuye
La mirada á engañar y el pensamiento.
Grado por grado el repugnante rostro
Animándose va; brilla siniestro
Fuego en sus ojos, en sus lábios vaga
Sonrisa maliciosa, dientes negros
E irregulares enseñando, como
La choza enseña que arruinó el incendio
Restos de ahumados postes. Por no breves
Instantes muestra pensativo aspecto,
Cual si en la mente acumular quisiera
De larga historia los variados hechos;
Ambos guerreros á la fin escuchan,
Muda la lengua, conturbado el pecho,
El siguiente relato que en palabras
Rudas les hace y destemplado acento:
--Vaya! ¿qué? ¿sois acaso *mitimáes* (40)
Recien venidos á esta tierra? ¿el suelo
No conoceis en que pisais, que ahora

Con preguntas venís sobre mi pueblo?
¿Que anhelais, pues, saber? La hija del sabio
Cushipata, merced á los manejos
Y astucia de este anciano, es hoy esposa
De Rumiñahui--¡Toa! ¡Toa! á un tiempo
Ambos esclaman los amigos, y ambos
Se miren, tiemblan, callan.... Un recuerdo
Cruza sus mentes y sus pechos hiere
Cual centella veloz. En tanto en ellos
Clava el pastor mirada más intensa
Y una sonrisa, un malicioso gesto
Los lábios le abren, demostrando el gozo
Que causa á su alma vil el mal ajeno.
¡Oh! cuál tocar en lo más vivo sabe
Del lacerado, miserable pecho!
Pero despues que un breve instante en su obra
Dañina se gozó, rompió el silencio:
—¿Qué más quereis saber? ¡Oh! qué exigentes!
Pues escuchad: sumida en nuevo duelo
Hoy se halla Quito; del difunto *inca*
La memoria tal vez este momento
Háse ofuscado: nadie de Atahualpa
Se acuerda ya, mirando otros sucesos.
¿De Cori os acordáis? ¡La pobre Cori!
¡Del *inca* la viuda! De su muerto
Apasionada, con puñal agudo
Se hirió tres veces por sí misma el seno.
—¡Y ha muerto!—Sí, murió, y al de su esposo

Junto, cual ella quiso está su cuerpo.
Más escuchad, y soltareís cual niños,
Si de piedra no sois, el llanto acerbo:
Hoy Rumiñahui espléndido banquete
Dió á *curacas*, *amuntas* y guerreros
Y de Atahualpa la familia toda,
Para tratar en general consejo
Y del Sol en presencia los negocios
Más grandes de la pátria y su gobierno,
Arreglar mientras crece el tierno Cápac,
Primer hijo del *inca* y su heredero....
Pero ¡atended! Mirad que de mis frases
Ni una se lleve inútilmente el viento!
En medio del festín llenas las copas
Bebieron del licor que causa sueño,
Y que el astuto Rumiñahui hiciera
Adrede preparar, la ley rompiendo. (41)
A corto instante, á su fatal influjo,
Unos tras de los otros se abatieron,
Y aletargados todos semejaban
Troncos tendidos en el ancho suelo.
Del brebaje tan sólo Rumiñahui
Y los suyos sagaces se abstuvieron,
Y Toa la mujer (más expresiva
Sonrisa el burdo labio mueve en esto
Del vil pastor) ¿Lo oisteis? Toa, digo,
De Rumiñahui esposa. ¡Ea! atentos
Oyéndome seguid; que mi relato

Tiene interés para vosotros creo.
Quedó también el desgraciado Illescas
Con sus sentidos y su juicio enteros,
Cuando improviso una atrevida mano,
A su gran dignidad sin miramiento,
Con un duro cordel á las espaldas
Le ató los brazos y detuvo preso;
Mientras los otros sin piedad reían
Y á la presencia misma de este bueno
Del hermano de Hualpa los puñales
En los pechos inermes van hundiendo
De la dormida gente, ó bien tronchando
A fieros tajos los desnudos cuellos.
De Rumiñahui á los terribles golpes
Las viudas del *inca* perecieron
Y su hierro homicida la existencia
No perdonó ni á los infantes tiernos.
Niños, mujeres, jóvenes, ancianos,
Todos espiran en su sangre envueltos;
Y Toa misma, ¿me escuchais? la esposa
De Rumiñahui ha destrozado el seno
De Pacoyo y de Humán...—¡Humán! Pacoyo!
¡Nuestros padres!...—Ya veis: ¡esos dos viejos
Sabios, del pueblo amados!...—¡Nuestros padres!
Tornan á una á exclamar los dos guerreros.
¿Hablas verdad?—Verdad: ¿por qué mentiros?
Quién los vió me lo dijo: fueron ellos—
Los nobles mozos uno á otro vénse,

Como si sondear su pensamiento
Quisiesen, ó el dolor que en ese instante
Les parte el alma repentino y fiero.
Absortos, mudos, pálidos, inmobles,
Dos estátuas semejan; corre en hielo
Convertida su sangre. Las miradas
Luego tornan al rústico mancebo,
Y aún este siente la sonrisa impía
Abandonar sus labios un momento;
Más presto vuelve y la expresión renace
De satánico gozo en su grosero,
Sórdido rostro y el relato anuda
En más fingido y desacorde acento:
—¡Eh! no os dejeis morir: oidme, oidme:
Algo más triste que anunciaros tengo.
Raba también y las mellizas tiernas
Bajo el puñal de Toa perecieron,
Qué «¡venganza!» furiosa iba gritando.
—¡Raba, mi madre! ¡mis hermanas! ¡Cielos!
Amaru exclama; ¡la venganza, Titu!...
¡Ah! la venganza atroz!... Sí, yo recuerdo
Las palabras de Toa aquella noche:
Ella juró vengarse...—¡Oh Sol excelso!
Exclama Titu, ¿á qué destino horrible
¡Ay! reservaste mi existencia! ¡Muertos!...
¡Y ella!..—Y un nombre espira entre sus labios
Como un blando gemir que apaga el viento.
Ambos al punto las megillas mustias

Sienten bañarse en lágrimas de fuego:
Llanto de indignación, de ira potente,
Y de acerbo dolor y de despecho,
Que ya en su alma no cabe y se desborda
Como la lava del Sangay horrendo.
—¡Basta, zagal, exclaman ambos, ¡basta!
Pero insensible á su doliente ruego,
Y por ahogar la risa, que en la boca
Dilatada le hierve, haciendo esfuerzos,
—No es esto sólo, el relator prosigue:
Después que Illescas con turbado aspecto
Viera espirar las víctimas dormidas,
Murió, apretado de un dogal el cuello;
Y ordenando al instante Rumiñahui
Le arrancaran la piel del tibio cuerpo,
Un atambor con ella ha fabricado,
Para infundir con sus redobles miedo.
Luego al subir al trono de los Shiris,
De nuestro dios el grande y rico templo
Ha despojado hoy mismo, y de las bellas
Vírgenes castas sus mujeres ha hecho.
Y de ellas una (¿oísteis bien?), se dice
Que una de ellas, hermana de un guerrero,
Hija de un sabio *Amunta*...—¡Basta! basta!...
—Cual la más linda y más amable en génio
Será ante todas...—¡Basta, pastor! calla!...
—Pero escuchad...—¡Oh, no! ¡calla, mancebo!
Tus palabras nos matan; ¡ah! cada una

Dardo es cruel que nos destroza el pecho!
—Esa vírgen al tálamo...—¿Y prosigues?
¡Bárbaro!—Pues ya callo. Mas al menos
Venid conmigo y pasareis la noche
Lejos de la ciudad. ¡Pobres! ¡qué riesgo
De perecer correis! ¿Veis esa gruta?
En ella á daros voy seguro albergo.
¡Pobrecitos! ¿Vendreis? Hasta la aurora
Podreis entrambos descansar sin miedo.
En tanto yo os traeré nuevas noticias,
Y luego al punto un pobre refrigerio.
No temais, pues; seguidme.—El mozo dice
Y del rebaño en pos váse lijero,
La antipática faz á cada paso
Volviendo hácia los dos, hasta que á trecho
Distante ya se pierde entre las matas
Que la cima coronan de un otero.
Inmobles quedan, mústios, aterrados
Titu y Amaru, cual si allá en el cielo,
Dando al rayo veloz de herirlos orden,
Del Sol oyeran el terrible acento.
Pero ambos á una voz al fin exclaman.
—¡Cisa infeliz! del infortunio fiero
Que la amarga salvémosla al instante;
Y si nos niega el Sol este consuelo,
Si perecemos del feroz tirano
Bajo el puñal ¡dichosos! no seremos
De la infamia de Cisa los testigos.

¡A la ciudad! La luz de los luceros
Séanos hoy propicia.—El ígneo numen
Al mundo en tanto sus fulgores bellos
Niega, y la noche el incesante llanto
A escuchar viene del quiteño pueblo.

II

EL PASTOR FINGIDO

Con los ojos centellantes
Y la sonrisa en los labios,
Hácia un redil espacioso
El zagal guía sus *pacos*;
Pero sus ojos relucen
Con aquel fulgor extraño
Que del corazón revela
Algún intento dañado,
Y en la sonrisa que tiene
Mezcla de desden amargo,
De su espíritu egoista
Se traslucen los resabios.
Y en tanto que va siguiendo
El ancha vía el rebaño,
Él esta vulgar letrilla
Va en ronca voz entonando:

Con tal que yo pueda
Contento vivir,
El mal de los otros
¿Qué me importa á mí?

Vayan con sus reyes
Todos á la lid,
Y á flecha y á lanza
Perezcan allí.
Con tal que yo pueda
Contento vivir.

Arda toda Quito
En fuego sin fin;
Con que á mí una chispa
No me venga hostil,
El mal de los otros
¿Qué me importa á mí?

¡Horrible es la muerte!
Contento á sufrir
La suerte me avengo
Más triste y más vil
Con tal que yo pueda
Tan sólo vivir.

¡Hermosa es la vida!
Me agrada existir;
Con tal que yo goce
De bien tan gentil,
El mal de los otros
¿Qué me importa á mí?

Aqueste pastor un tiempo
Era también cortesano
Y de su familia toda
Era distinguido el rango.
En las ciencias y las artes
Le instruyó un maestro sabio,
Y un guerrero en el manejo
De la espada, lanza y arco;
Pero á ninguno estirpar
De su pecho le fué dado
El germen de las maldades
Qué sembró Satán acaso;
Y ni el padre ni el maestro,
Ni el ejemplo ni los años,
A extinguir la cobardía
De su alma ruín bastaron.
Por eso el duro egoismo
Es su norma en todo caso,
Y cuando él no pena, ríe
De los ajenos fracasos;
Por eso al feroz carácter
De un corazón depravado
Enlazó siempre la infamia
De perfidias y de engaños;
Por eso ya tres solsticios
Hace, y más, que anda vagando
Por los apartados bosques
Y los solitarios campos.

Temió seguir las banderas
Del *Shiri* su soberano,
Y en vez del arma luciente
Empuñó el corvo cayado.
Cuando todos la sonora
Voz del tambor escuchando
Ardían por irse en busca
De afamadores trabajos;
Cuando todos aprestaban
Espadas, flechas y dardos,
Y era todo animación,
Todo marcial aparato,
Sólo él, merced á la noche,
De su honor en menoscabo
Se fugó y al campo fuése
A pedirle indigno amparo.
Allí disfrazó su rostro,
Vistió ridículo sayo,
Y variando el propio nombre
Apellidóse Lucato.
Desde entonces penetrar
En la ciudad le es vedado,
Que á más de la infame huida
Halló luego otro embarazo:
¡Ay del infeliz si cae
De una mujer en las manos,
Que mil veces por perderle
Le ha tendido ocultos lazos!....

Era su padre un guerrero
De corazón denodado,
Y su madre una india bella
De alma pura y pecho blando;
Pero ya al mundo partieron
De las almas, há seis años,
Y bajo una *tola* duermen
Juntos los huesos de entrambos.
¡Dichosos, cual todo padre
A quien deshonra hijo malo,
Y la benéfica muerte
Liberta de mal tamaño!
Lucato tiene parientes
Que le ven como un contagio;
Amigos tuvo que luego
Huyeron cuerdos su trato.
Jamás hizo bien ninguno,
Y obrar mal es su encanto:
Tener parece en vez de alma
Metido en el cuerpo un diablo.

Pero el carnicero tigre,
De las selvas rudo espanto,
A la tigre busca y se une
Por ciego instinto obligado;
A la loba se une el lobo,
A la lagarta el lagarto,
Y el tiburón á su hembra

Allá en el grande oceáno;
Y aquel malvado pastor
También la suya ha encontrado
Que le ama y que le adora
Con frenesí bien extraño.
¡Pobre mujer! ella le ama,
Y el corazón de Lucato
Del propio amor solamente
Está lleno y rebosando,
Es una joven zagala
Nacida entre los rebaños,
De tosco talle y de rostro
De todo atractivo escaso,
De alma feroz y arrojada,
De nervudo y fuerte brazo,
De corazón á los vicios
Más infames inclinado;
En las pasiones violenta
Nunca sufre amor contrario,
Y cuando aborrece es su odio
Ardiente siempre y rehacio.
Ella es quien de Cushipata
Apacienta el gran rebaño;
Ella es de Toa la amiga
Pastora á quien con su trato
Familiar á honrado siempre;
Ella con meloso labio
Aprueba sus pensamientos,

Y con fementido aplauso
Las pasiones lisonjea
De su corazón tirano,
Así al fuego ya encendido
Más combustible arrojando;
Por ella que nada ignora,
Todo lo sabe Lucato
De cuanto en la córte pasa
Desde que él yerra en los campos.

Uua mezquina caverna
Abierta en duro peñasco,
Y de árboles y de matas
Bajo la sombra y resguardo,
Era el albergue primero
Del joven prófugo. Largos
Y bien enojosos días
Allí pasó, y era escaso
Consuelo para su alma
Ver de contínuo á su lado
A la idólatra pastora
Víctima de sus engaños;
Quien con afán le traía
Grato sustento diario,
Y las nuevas que de Toa
Recababa con amaño.
Mayor consuelo y holganza
Hallaba su pecho ingrato

Por los apartados bosques
Aves y fieras cazando;
Y mil veces á su amante
Hizo regar tierno llanto,
Cuando vino al escondite
Y le encontró solitario.

Pero há ya más de dos lunas
El nuevo pastor Lucato
Dejó la gruta salvaje,
De ella al postre fastidiado,
Y buscó de su pastora
La cabaña; y aunque largo
Tiempo ha sido su existencia
En contínuo sobresalto,
Ha gozado con su amante
Serenos días al cabo.
Cuando ella va en pos de nuevas
A la ciudad de los *pacos*
Él cuida sólo, y, seguro
De su disfraz, en los prados
Libre vaga todo el día
Apacentando el rebaño.

El pastor á la cabaña
Llega al fin tarareando,
Y en el umbral se presenta

Su amante, abiertos los brazos.
Con muèstras de loco afecto
Le tiene un rato enlazado,
Y en las tostadas mejillas
Le imprime el ardiente labio.
Sientase después, y fuerza
A reclinarse á Lucato
En las faldas, y la frente
Pálida sobre él doblando
Permanece enagenada
E inmovil un breve espacio.
Más de lo íntimo del pecho,
Por la congoja ahogado,
Suelta un suspiro y tras él
Raudal copioso de llanto
Que lava de su zagal
El rostro adrede manchado.
Lucato al sentirlo, se alza
Con presteza y asustado,
Y exclama:—¡Glauca! ¿qué tienes?
¿Por qué lloras? Habla claro.
¿Qué peligro nos amarga?
¡Ay! contesta ella, mi Tarco!
Corre á tu caverna, corre!
¡Tarco mío! es necesario
Fugar otra vez.—¿Qué sabes?
Dime por tu *Vilca,* ¡vamos!
¿Viene la muerte á buscarme?

Ha más de dos lunas paso
En esta choza, y felice
Gozo la vida á tu lado...
Dime, dime, Glauca mía,
¿No me hallo so el tosco sayo
Muy bien oculto? ¿no bastan
Mi cabello enmarañado,
Mi súcio rostro y mi voz
Que semeja la de un *paco*?
Oye, Glauca, tu no sabes
Que vengo á dos engañando;
Y, por su *Huaca*, que yo era
Lucato el zagal tragaron.
--Pero oye, mi Tarco, atiende:
Yo vengo á Toa escuchando:
¡Oh, cuán furiosa la he visto!
Sus ojos causan espanto.
Hoy, dice, que á su venganza
Ya tan sólo faltan cuatro,
Y que ha de regar su sangre
Cual veces mil lo ha jurado.
Tu, Tarco mío, eres uno,
Y Cisa es la otra, y su hermano
El tercero, y Titu, el hijo
De Runto y Chuqui, es el cuarto.
—¡Y yo soy uno! en confusa
Temblosa voz dice Tarco.
Huye su sonrisa al punto,

Sécasele el mústio labio,
Y con ojos que revelan
Del alma cobarde el pasmo,
Mira á Glauca de hito en hito
Y en silencio luengo rato.
Mas vuelve de su estupor,
Disminuye el sobresalto,
Y con amarga sonrisa
Y voz aún trémula un tanto,
—¡Vamos! dice, ¡cuán injusta,
Cuán terrible es tu ama! Acaso
Una breve carcajada
Merece tan duro trato?
Reíme, cierto, esa noche
Ante ella, ¿cómo negarlo?
¡Oh! por ojos y por boca
Echaba fuego contra ambos...
Para no reir de verla
¿Era yo de piedra ó palo?
Tù también como yo habrías
De risa, Glauca, estallado.
Pero óyeme; si en las garras
De la venganza entregamos
De tu ama á Titu y Amaru,
¿Podrá salvarse tu Tarco?
—¡Ah, querido!... Sí... no dudes:
De Cisa contra el hermano
Y contra el hijo de Chuquí

Está de Toa gritando
Más la furia; pero ¿dónde,
Querido mio, apresarlos?
—¡Bah, Glauca! pues si á ellos vengo
No lejos de aquí engañando!
Juntos y solos me aguardan
Ocultos tras un peñasco.
¡Los bobos! pues ya son nuestros;
En la red están entrambos.
Corre, vete y habla á Toa
Y hazle el consabido trato;
Si esto no bastare, emplea
Lágrimas, ruegos, halagos.
—Sí, vuelo, mi Tarco, vuelo;
Lisonjas, ruegos y llanto,
Alma, corazón y vida,
Cuanto tengo, cuanto valgo
He de emplear porque libre
Al fin te veas y salvo.
¡Perezcan ellos! perezcan!
¿Qué importa? ¿qué? Tú, mi Tarco,
Tú solo salvarte debes;
¡Oh! tú sólo! y el anciano
Cushipata muera luego,
Y con él Toa, y ni el amo
Que hoy nos manda, Rumiñahui,
De la muerte salga zafo.
Mas si Toa se empecina...

Si aún cruel... ¡Ay amado!
Cálzate ya tus zandalias,
Apercibe aljaba y arco,
Pues salvarte puedes sólo,
En los bosques más lejanos.—

Esto dice Glauca y llora
Y de su amante en los brazos
Se arroja; más luego parte,
Y ni á los ojos ni al labio
Del mancebo, de ternura
Señal asoma, y si acaso
Se agita su pecho, es sólo
Del infortunio al amargo.

III

LLANTO DE LA VÍRGEN

El *Acllahuasi*, ayer mansión tranquila
De la inocencia y la virtud, ahora
Siente pesar la mano abrumadora
De un infortunio súbito sobre él.
El genio de la paz dejó los claustros
A no volver jamás; huyó el contento
De las vírgenes bellas, y en tormento
Atroz apuran del dolor la hiel.

Un impío tirano las arrastra
Desde el tálamo santo al suyo inmundo,
Y de infamia las cubre, y ante el mundo
¡Ay! les arranca el velo del pudor.
¡Y el esposo divino á su doliente
Querella sordo está! duerme su ira,
Y el propio ultraje indiferentc mira,
Y el perverso se mofa de su honor!

Aún es la tarde del aciago día
De exterminio y horror. La más hermosa

Vírgen del *Acllahuasi*, en lastimosa
Voz, expresa de su ánima el pesar.
Gualda que en pos de esta doliente bella,
Sin pompa y sin ruido, entrara al santo
Claustro, su amor, y su infortunio y llanto
En el sagrado asilo á sepultar;

La jóven Gualda, á quien la poderosa
Simpatía de idéntica desgracia
Con la Escogida uniera, á la rehacia
Suya presenta firme el corazón;
Y enjugando sus lágrimas de acibar
Intenta hoy de la vírgen infelice
En el alma infundir alivio, y dice
Con dulce voz de celestial unción:

—Oye, sagrada *palla;* soy tu sierva;
Más tú me amas, y soy tu confidente:
Puedo alzar ante tí mi humilde frente,
Puedo á tí mis palabras dirigir.
Cisa, del Sol amada, el genio malo,
De la virtud perseguidor eterno,
Hoy cruel te desgarra el pecho tierno,
Y estás de pena á punto de morir.

Mas ¿posible será que así te lleve
Tan presto la desgracia á la honda *tola*
Como el agua crecida la amapola

Recien abierta al negro cenagal?
¿Por qué tú misma te abandonas ciega
Del dolor á la furia? ¿por qué al Cielo,
En vez del rayo destructor, consuelo
No pides, dí, para tu fiero mal?

¡Ah! clama, clama á Dios. Su providencia
La lluvia envía á la sedienta planta,
Y del polvo ardoroso la levanta
Refrescándole el tallo y la raiz:
Y á tí, pura Escogida, casta vírgen,
¿Podrá negar su beneficio santo?
¿No ha de acudir á tu doliente llanto?
¿No ha de dar vida á tu ánima infeliz?

¡Ah! clama, clama á Dios. Su diestra pía
A la liebre da pasto suculento,
Y el cáliz de la flor, para sustento
Del *quinde*, llena de sabrosa miel;
Y á tí que vales más ¿podrá dejarte,
Ciego á tu mal y sordo á tu querella,
Que perezcas tan joven y tan bella
Ahogada en un piélago de hiel?

Cisa de Gualda en el regazo esconde
La macilenta faz bañada en lloro,
Y en su dolor descuida su decoro
Y caer deja el manto virginal;

Y cuello, y pecho y brazos de suaves
Divinas formas descubiertas muestra.
Gualda encúbrese el rostro con la diestra
Y brota de sus ojos el raudal;

Que siempre en vano la mujer pretende
Secar la que le dió naturaleza
Fuente de llanto, á par de la terneza,
Tesoros de su dulce corazón.
Con lágrimas y amor calma pesares,
Con lágrimas y amor prueba y convence,
Con lágrimas y amor desarma y vence:
Ellas su fuerza y poderío son.

—¡Ay! llora, Gualda, exclama Cisa, llora:
Tu llanto me hace bien, no tu palabra;
¡Oh, no, no esperes que mi pecho se abra
Dulce consuelo á recibir de hoy más!....
Padres, hermanas mias, caras prendas,
¡No existís ya! ¡No existe mi ventura!....
¡Mi corazón hundido en amargura
No ha de volver al júbilo jamás!

Como huérfana tórtola me veo
Salitaria en el mundo: en vano hiende
Los aires mi gemir: ¡ay! nadie entiende
De mi asolado corazón la voz!
Soy como flor del tallo desprendida

Y en un desierto campo abandonada,
A juguete del viento destinada,
O pasto á ser de un animal feroz!

Nada tengo en el mundo, á nadie tengo
A quien volver en mi pesar los ojos;
Hasta el númen, mi esposo, sus enojos
Ha convertido injusto contra mí.
¡Ay, Gualda, Gualda! mi dolor contempla,
Acompaña mi llanto..... ¡Ah! tu intercedes
Ante el cielo por mí, mas ni áun tú puedes
Del mal huir que te amenaza aquí!....—

Así dice la vírgen desdichada
En triste voz que el corazón lastima;
Y en tanto hácia ella un hombre se aproxima
Con imperioso aspecto y firmes piés.
Encorvar no han podido trece lustros
Su talla, ni robar su cabellera;
La torva frente y el mirar de fiera
Diciendo están su espíritu cual es.

Este hombre es Rumiñahui: Fresca sangre
Tiñe aún su ropa y su alevosa mano,
Y de su infame tiranía ufano
El *Acllahuasi* recocrriendo está.
Tiemblan las Escogidas al mirarle
Y esquívanle prudentes, cual polluelos

El gavilán al ver que por los cielos
Con grave lentitud girando vá.

Pára el tirano á Gualda y á la vírgen
Contemplando un instante, y luego—Cisa
Alza, dice, la faz, ¿oyes? ¡aprisa!
Que te lo manda el *Shiri*, tu señor.
Y el cabello meciéndole repite
Con acento más rudo y altanero:
¡Alza la faz! de tu belleza quiero
Ver si puede cegarme el esplendor—

Cisa obedece y el semblante muestra
Más bello en el dolor. Estupefacto
Vele el feroz tirano, y en el acto
Amor le hiere el corazón tal vez.
Pero tan dulce sentimiento pasa
Cual relámpago rápido y la ceja
Plegando horriblemente, al punto aleja
De Cisa su mirar con altivez.

—¡Basta de llanto! esclama airado, ¡basta!
Las lágrimas detesto. Cisa mira:
El ciego amor que tu beldad me inspira
Pierde con tanto lloro su virtud.
Yo te honrara en mi tálamo esta noche
Si no pasaras en llorar tus horas;
Más te juro, mañana si no lloras
Ese bien gozarás en plenitud.

Váse el malvado, el repugnante rostro
Volviéndo á cada paso á Cisa y á Gualda,
Y el suyo dolorido entre la falda
Torna la vírgen de su amiga á hundir;
Y—¡Oh Dios! exclama, tu poder invoco:
Destrózame, aniquílame.... ¡El tirano
Mi virtud va á ultrajar! ¡ay! cuán cercano
Me espera un espantoso porvenir!....—

Gualda el tesoro, al fin, de sus ideas
Consoladoras agotarse siente;
Con angustia mortal dobla la frente;
Fáltale al pecho aliento, al lábio voz.
Mas como exhalación en negra noche
Luce en su mente al cabo un pensamiento:
¡Huya Cisa!... Más ¿como? ¿en que momento?...
La idea viene y va, sutil, veloz....

Llega entretanto la funesta hora
En que tétrico manto el mundo envuelve;
Todo el silencio y á la calma vuelve,
Menos del infeliz el corazón:
Y desdichados mil encierra Quito,
Cuyas quejas llevadas por el austro
Escucha Cisa desde el hondo claustro,
Do la abruma cruel tribulación.

IV.

LA FUGA

No en el espacio infinito
De negro azul trasparente
La madre luna fulgente
Discurre, enseñando á Quito
Su pura y hermosa frente;

Pero no hay nube importuna
Que empañe el coro de estrellas
Resplandecientes y bellas,
Y en ausencia de la luna
La ciudad alumbran ellas.

¡Ay! la luna se ha ausentado
Quizás por no ver el duelo
De la ciudad, cuyo suelo
Se encuentra en sangre bañado,
¡En sangre que clama al Cielo!

Las vírgenes escogidas
En un mar de amargo llanto

Yacen también sumergidas,
Pues que fueron sorprendidas
Por el general quebranto.

Del *Acllahuasi* la puerta
Antes de guardias poblada,
Esta noche está cerrada,
Y silenciosa, y desierta
Cual de una tumba la entrada.

En tan infausto día
Los guardianes se fugaron
Con indigna cobardía,
O á la crápula á porfía,
Los que no, se abandonaron.

Mas en la calle sombrosa
Dentro del Acllay se mira
Una joven que suspira,
Y con planta temblorosa
Cerca de los muros gira.

Aquesta tierna beldad
¿Salió de su habitación
Sólo por curiosidad?
¿O quiso en la soledad
Espandir su corazón?

¿Por qué examina los muros
Y la puerta prohibida?
Cordera allí recluida,
¿Los anhela mal seguros
Y propicios á la huida?

Sí, mal seguros están.
Fugarse es tal vez su intento;
Mas si es firme el pensamiento,
Inciertos vienen y van
La voluntad y el aliento...

¿Dudar? ¿temer? Quizás no;
Tal vez resuelto es su pecho,
Mas ¿qué proyecto forjó
Que así á dejar la obligó
Tan á deshoras el lecho?...

¿Por qué suspiros exhala?
¿Han sus padres perecido?
¿O algún recuerdo querido,
Por su estrella buena ó mala,
En su mente ha renacido?

Bien todo esto puede ser:
Ella oculta algún misterio:
¡Le fué forzoso perder
Acaso en el monasterio
Una ilusión de mujer!...

¡Ah! cuantas veces se mata
Una hechicera ilusión,
A pesar del corazón
Que en lágrimas se desata
Y hunde en eterna aflicción!

El de esa joven acaso
Tuvo la suya muy bella,
Y hoy á solas se querella
Porque el *Acllay* fué el ocaso
De su ideal, cara estrella.

Por eso un nombre murmura
En voz callada y suave,
Y con singular ternura
Una pasión que no cabe
Ya en su alma expresar procura;

Y canta; más el acento
De su amoroso cantar
Es tan cortado y tan lento,
Que solo un oido atento
Pudiera aquesto escuchar:

«Era su rostro más bello
Que el rico prado florido,
Y su talle más erguido
Que el más lozano maguey.

«Era más ágil que el ciervo,
Más fuerte que el duro roble,
Y su presencia más noble
Que la presencia de un rey.

«Yo le amaba con delirio
Y al mismo Sol preferíle;
Sin reserva el alma díle
Y le rendí adoración;

«Pero castigóme el Cielo
Y mi amor desventurado
Arde preso é ignorado
En mi triste corazón.»

Pero á un ruido que produce
De la puerta el gozne duro,
En esta vez mal seguro,
Vuelve la faz, que reluce
Cual del alba el astro puro;

Y asústase y quiere huir;
Mas en voz débil escucha
—¡Cisa! ¡Cisa! repetir;
Y siente el pecho latir
Y con sus temores lucha.

La puerta entreabrirse mira,
Siente que alguno respira,

Y advierte por fin un hombre
Que repite el mismo nombre
Y se acerca y se retira.

Esa voz le es conocida.....
Quizá otra vez la escuchó
Cuando en su dicha soñó....
Y al oirla repetida
Torna el sueño que pasó...,

¡Un hombre!... ¿Quien puede ser?...
Duda... teme... Al fin se atreve,
Y—Soy Gualda, con voz leve
Dice; ¿y tú?... ¿podré saber?
Añade en tono más breve.

—Soy Amaru, la interrumpe
El hombre en igual acento,
Y casi en un violento
Grito de asombro prorrumpe
La hermosa Gualda al momento.

Pero contiene y sofoca
La voz, y solo murmura:
—¡Amaru! y luego apresura
Los pasos hácia él y toca
De la puerta á la abertura.

Mas, reprimido al instante

Ese impulso involuntario
Que la arrastra hácia adelante,
Temblorosa y anhelante,
¡Vete, dice, temerario!

—Si cuanto tienes de bella
Tienes de buena y piadosa,
Contesta en voz amorosa
Amaru, dime, doncella,
Si vive Cisa la hermosa;

¡Oh! dímelo, y sus favores
Prodíguente Sol y Luna,
Y tu *Huaca* te dé amores,
Y jamás los sinsabores
Pruebes de cruel fortuna.

No el viento con más vehemencia
Sopla una hoguera y la inflama,
Y la devorante llama
Con furiosa violencia
Por el bosque desparama,

Que esas voces y ese ruego
En el seno ya turbado
Soplan de Gualda, y el fuego
De antiguo amor, atizado,
Se aviva y le abrasa luego.

Torna á dar hácia adelante
Dos pasos, y en la alta esfera
Clava la vista un instante
En actitud suplicante
Que hasta un tigre conmoviera.

Llorosa, tierna, expresiva
Fija después su mirada
En Amaru, y le traslada
Con ella la llama viva
De su alma enamorada.

¡Ah! ¿cuándo alma juvenil
De rechazar se ha preciado
El certero proyectil
Del mirar apasionado
De mujer bella y gentil?

No el hijo de Humán ignora
La afección que le conmueve:
Ya en otro tiempo una aleve...
¡Más pasión que se deplora
Jamás renovar se debe!

—¿Vive Cisa? Dime presto,
¡Dímelo! vuelve á insistir
Amaru, y sino, protesto
No moverme de este puesto:
¡Aquí me verás morir!—

Disimulando del alma
La violenta agitación,
Oprimiendo el corazón
De la diestra con la palma,
Y con voz de vibración,

—Vive, Gualda le contesta,
Más el dolor despedaza
Su pecho; ¡y aún le resta...!
¡Oh cuánto mal la amenaza!
¡Oh suerte dura y funesta!

—¡Gualda! ¡Gualda! te comprendo!
El tirano va á ultrajarla;
Toa va á despedazarla
Después, ¡oh destino horrendo!...
Pero ¡yo vengo á salvarla!

—¡Bendito el Sol que te envía
Con intento al mio igual!
—¿Me ayudarás, Gualda mía?
¡Que no la sorprenda el día
En este sitio fatal!

—Sí, que se fugue. Te ofrezco
A la empresa coadyuvar.
Soy relámpago en obrar
Y de arrojo no carezco,
Voy el peligro á arrostrar.

Gualda dice, y con cautela
Parte al punto.—¡Vuela! vuela!
Amaru inquieto murmura,
Y asomado á la abertura
De la puerta aguarda y vela.

En un oscuro aposento
Como el centro de un abismo,
Un respiro se oye lento
Cual soplo de ténue viento,
Y un suspiro suena ahí mismo.

La dulce respiración
Es de las vírgenes bellas,
Cuyo tierno corazón
Ha olvidado sus querellas
Del hondo sueño al tesón.

Y ese doliente gemido
Es de una de ellas también,
Cuyo pecho adolorido
Ni aún del sueño ha podido
Gozar el ligero bien.

Gualda, que al gemido atiende,
Hácia el dirige su planta;
Entrambos brazos estiende,

La densa tiniebla hiende
Y paso á paso adelanta.

Lleva el cuello dilatado,
Y el breve aliento sofoca
Entre el labio mal cerrado;
Su pié leve apenas toca
El suelo duro y helado.

Al fin se acerca, y el hombro
De la gemidora *palla*
Con tiento palpa; ésta calla,
Y luego llena de asombro
Junto á sí un bulto halla.

Pero una voz al oido,
Suave, dulce, callada,
La dice:—Ven, Cisa amada;
Sígueme: el Cielo á querido
Que fueses al fin salvada.

Alzase Cisa al momento;
Gualda le toma la mano,
Y cruzan el aposento
Con más pausa, con más tiento
Que un débil, trémulo anciano.

Luego se dan contra un lecho

Y dispierta una Escogida;
De ambas se conturba el pecho;
Pero á brevísimo trecho
Quédase aquella dormida.

Pasan la anhelada puerta,
Y nadie hay que las advierta;
Respiran con libertad,
Y hallan al fin claridad
En la ancha calle desierta.

Al punto Gualda en acento
Conmovido dice á Cisa:
—No te pares indecisa;
Te espera Amaru violento;
A salvarte date prisa.

A este nombre más no aguarda
La Escogida; corre, vuela;
Y Amaru que acecha y vela
En descubrirla no tarda,
Y correr también anhela;

Mas detiénele el respeto
Del *Acllahuasi*, y espera.
Llega Cisa.... ¡Quién tuviese
De conmover el secreto
Y esta escena describiera!

Quien pudo á la huesa umbría
Su bien amado robar
Y á la existencia tornar,
Ese podrá la alegría
Del guerrero descifrar.

Y quien de sangre en un lago,
Entre angustias y fatiga,
Vió cierto su fin aciágo,
Mas presto una mano amiga
Le salva del fiero estrago,

Ese voces encontrara
Para expresar lo que siente
En ese acto la inocente
Virgen, á quien circundara
Un mar de sangre ferviente.

Amaru los brazos tiende
Y en ellos á Cisa enlaza;
El llanto á rios desciende,
Y ninguno se desprende,
Y más cada uno se abraza.

Con impetuosos latidos
Los corazones se tocan;
Las palabras son gemidos;
Los alientos confundidos
Se detienen, se sufocan.

Mas Guolda que ha contemplado
Esta escena de ternura,
Y cuyo llanto ha empañado
De su rostro la tersura,
Y hasta su seno ha inundado,

—Huid, les dice, huid presto.
—Contigo, Amaru contesta;
No quedes, joven, espuesta
A un accidente funesto.
—Aún que hacer aquí me resta:

Una anciana agonizante
Confiada está á mi asistencia,
Y mientras tenga existencia,
Abandonarla un instante
Sería impía indolencia.

—Eres bella, y el tirano....
¡Huye, Gualda! Cisa dice.
—Vírgen, tu temor es vano:
Nuestro númen soberano
Vela por esta infelice.

Mas decidme ¿Dónde ireis?
—Del monte á la opuesta falda,
—Cisa, Amaru, ¡oh no olvideis,
Cuando en las selvas esteis,
A la desdichada Gualda!

En sus brazos, conmovida,
Gualda estrecha á la Escogida,
Y sollozando cada una
Exclama—¡Adios! Que tu vida
Guarden el Sol y la Luna!

Parten, y el jóven guerrero
Auséntase con dolo:
Su corazón altanero
Queda en la red prisionero
Del nunca vencido amor.

Y en la apasionada cuita
Que el espíritu le agita,
Gualda olvida el sitio y hora,
Y desatentada grita:
—¡Amaru, mi alma te adora!

Pensativa queda luego;
Mas despues con alegria
Dícese—No, no es baldía
Aprensión de mi amor ciego;
¡El me llamó *Gualda mia!*

En tanto Amaru á su hermana,
—Titu, dice, nos espera
A distancia no lejana—
Y á estas palabras se viera
La faz de Cisa hecha grana;

Y se notara en su pecho
Una nueva turbación....
Del *Acllay* á corto trecho
Dentro de un boscaje estrecho
Titu está en observación;

Y al ver venir hácia él
A su antigua prometida,
Siente avivarse la herida
En su pecho siempre fiel
Por la pasión mantenida.

Y de recuerdos un mundo
Se aglomera en su memoria,
Y recorre en un segundo
De su esperanza la historia
Y de su dolor profundo.

Y casi ella se desmaya,
Y tiembla cual la cordera
Cuya aurora apenas raya,
Y trémnla audaz ensaya
Paso á paso en la pradera,

Pero ambos cobran valor,
Y los tres la fuga emprenden:
Así salvarse pretenden
Del tiro del cazador
Tres aves que el aire hienden.

Mas ¡ay! si la cruda suerte
Las persigue con tesón,
En vano esquivan la muerte:
El cazador las advierte
Y les rompe el corazón.

Entretanto se oye ruido
De voces y de pisadas
Confusas, aceleradas,
Y el sordo y vago sonido
De las armas golpeadas;

Y se ve un destacamento
Desordenado marchar,
Y el Machángara pasar
Sin detenerse un momento
La fatiga á reparar.

Delante va una mujer
Que con misterioso afán
Murmura:—Sí, ahí están;
Ir volando es menester;
Y sino se fugarán.

Ellos un pastor esperan
En una escondida gruta....

¡Y mirad si soy astuta!....
¡Ea! que caigan, que mueran,
Seguidme: os muestro la ruta.—

V

LA CABAÑA EN EL BOSQUE

Corren los fugitivos
Por la escabrosa senda al pié formada
Del inmenso Pichincha, como ciervos
Que el correr y el ladrar de la jauria
Oyen cerca detrás. Amaru y Titu,
Incansables y activos,
En sus robustos hombros suspendida
Arrebatan del Sol á la sagrada
Vírgen, ya fatigada
Y á su penar atroz aún más rendida;
Pues ¡ay! harto reciente
Está el momento aciago
En que el terrible estrago
De su familia vió, y el lloro siente
Descender de sus ojos donde riela
La suave lumbre de los astros bellos;
Hondo gemir su corazón exhala;
El aura de la noche que revuela
Apacible y fugaz, con débil ala
Desordena los nítidos cabellos

Que velan de su rostro la hermosura,
Como la sombra oscura
Y cuátil del espárrago que mece
Su flexible penacho sobre el tierno
Pálido lirio que junto á él florece.

Corren, vuelan; dispiértase la aurora,
Tíñese de arrebol la blanca nube;
Nace el astro de fuego, al zenit sube
Y radiante señala el mediodia;
De su descenso al fin llega la hora,
Y los prófugos van por la sombría
Selva cruzando ya, cuya espesura
Puede serles quizás mansión segura.

Dilatadas, frondosas, verdes selvas
De há más de tres veranos
Bajo de vuestros dombos por las manos
Audaces del mortal nunca medidos,
Vuestros habitadores
Se vieron por las flechas perseguidos
De dos infatigables cazadores
Firmes en la amistad, al amor fieles;
¡Oh selvas! no es el tigre carnicero
Que os estremece en hórridos rugidos
Más sanginario y fiero
Que de Quito misérrima el tirano;
No, no son más crueles

Ni la coral, ni la equis, ni la boa,
Que la feroz y vengativa Toa.
Musgoso tronco que la edad encorva
Con el mismo poder que postra al hombre,
Mas que nada te estorba
Util á ser, cual á éste el egoismo
Y el salvage rencor impiden serlo,
Y á otros le tornan malo á si mismo.
Oh venerable tronco que de Amaru
Y Titu fuiste generoso abrigo
Contra la horrenda tempestad de entonces;
Tu que viniste á ser mudo testigo
De las angustias de un amante pecho,
Para quien ¡ay! los hados son de bronce,
Aquí en tu cavidad, bajo tu techo
Tosco, labrado por natura, vuelve,
Vuélveles á hospedar: huyendo ahora
De tormenta mucho más desoladora
A guarecerse tornan en tu seno:
¡Atroz tormenta en que diluvia sangre,
Y en que el terrible trueno
Es la voz del furor y la venganza
Que el corazón de dos malvados lanza!

Sí, la hoquedad de aquel añoso tronco
Torna á ser habitada;
Pero ya no es ni lóbrega ni estrecha,
Es clara y dilatada

Por la prolija y agenciosa mano
A duras faenas hecha
De un amante leal y de un hermano:
Aquí rompe y descuaja la maleza,
Allí una rama incómodo separa;
De *vijáo* con hojas y corteza
El ancho suelo cubre,
O bien con ellas el techado ampara
Contra el soplo del ábrego insalubre.

Titu que ha conservado
Con singular cuidado,
Cual prenda de infortunio, la mullida
Piel de la fiera, á qnien rasgara el pecho
En ese bosque mismo, hoy afanoso
Forma con ella el abrigado lecho
Donde en brazos del sueño la Escogida
Halle dulce reposo.

La Escogida, la esposa casta y pura
Del astro soberano,
En quien una deidad no una criatura
Los dos amigos ven! En su presencia
Amaru su poder de hombre y hermano
Depone humilde; y la amorosa llama
Que el corazón inflama
Del malhadado Titu, crece oculta:
Amor le manda obedecer su impulso,

Amor tenaz le obliga
Que bajo el yugo de su ley prosiga;
Mas cuando intenta ciego,
Delirante, convulso,
Abrir los labios, revelar su fuego,
Oye una interna voz y misteriosa
Que le turba, abate y anonada:
«Tente, mortal; esa doncella hermosa
Es de tu dios la bendecida esposa!»

Nada, nada hay profano
Que insulte ó mengue allí la reverencia
Que Cisa impone al corazón humano.
Convertida en santuario la cabaña
Allí se ama y adora
La beldad infeliz y encantadora,
La sencilla bondad y la inocencia.
De la agreste montaña
La soledad sublime
De ambos amigos en el alma imprime
Un religioso y santo
Sentimiento indecible por la vírgen
Del tálamo del Sol ayer señora;
Y el misterioso encanto
De las umbrías selvas, y del viento
La vaga voz el áspero bramido
De las terribles fieras, repetido
Por el eco en las bocas

De las hendidas rocas;
El trueno que retumba allá lejano
Tras el veloz relámpago medroso;
El váho que el pantano
Exhala de su seno tembloroso;
Las lianas en flor que coquetean
Cuando el céfiro amante las adula;
El aroma gratísimo que aspira
Resina tanta; de las dulces aves
El vario trino;.... en fin, la unión aquella
De sonidos asperrímos y sauves,
De tanto objeto horrible,
De tanta cosa bella
A acrecentar y enardecer conspira
Aquel del alma afecto indefinible;
Todo, todo parece
Que á la humana deidad bella y sensible
Culto incesante y magestuoso ofrece.
La voluntad de Cisa
Es la suprema ley que se obedece;
Cual á oráculo santo
Se atiende á sus palabras; su sonrisa
Causa en las almas indecible gozo,
Y algún débil sollozo
Mensajero de llanto,
Basta á sumirlas el mortal quebranto.

Junto al tronco de un cedro corpulento

Cercano á la morada,
Sobre rústico altar de peña y césped
Arde el fuego divino preparado
El sacrificio á consumir sagrado.
Del Sol al nacimiento
Acá viene la vírgen, coronada
De cándido amanacay, y en dulce acento
De la mañana el cántico entonando
Va la ofrenda á las llamas arrojando.
«Sacro esposo, mi bien, mi delicia,
Rey del cielo, del mundo ventura,
Tu alma faz ya encendida fulgura,
De adorarte el momento llegó.
He aquí el fuego, hijo tuyo, que pide
De mi amor el sincero tributo;
Cual me ordena tu ley lo ejecuto,
Pues tu esposa y tu sierva soy yo.»
Ya son guirnalda de olorosas flores
Que en la aurora ha tejido
Ya canastillas de sabrosas frutas,
Ya un pajarillo tierno sorprendido
Al saltar de su nido,
Ya del propio cabello
Un cinturón ó un brazalete bello,
El don que en medio de la selva umbrosa
Al Sol ofrece su poscrita esposa.

Y en tanto que en domésticas labores

Después ella se emplea,
Melancólico Titu por el fondo
Del bosque inmenso y secular vaguea;
Y dar pábulo gusta á sus amores
Vedados ¡ay! trayendo á la memoria
De su tierna pasión la triste historia.
Pero al volar de la perdiz ó al grito
de la silvestre pava ó del chorlito,
A veces se distrae,
Alza el arco, la flecha se desprende,
Y sangrienta á sus piés el ave cae.
El intrépido Amaru, siempre ansioso
De luchas peligrosas,
Porfiada lid emprende
Con bestias temerosas.
Del oso, del león, del tigre fiero
La furia ha sido inútil y perdida:
El venablo certero
Del joven cazador fin á la vida
De todos ellos puso, y la cabeza
De cada fiera á un árbol amarrada
Muestra vana fiereza
En su inmóvil y gélida mirada.

Mas en tanto que en pos del tigre core
Amaru, y del león sigue la huella,
Nada, nada hay que borre
La que dejó el amor grabada en su alma

Con saeta sutil la noche aquella
En que de Gualda contempló el hermoso
Rostro al fulgor de las estrellas débil;
En que la grata voz trémula y flébil
De esa tierna doncella
Le robó del espíritu la calma,
Tesoro escaso ya, mísera sobra
Del acerbo dolor y la zozobra.
¡Oh! la huella de amor! surco de fuego
Que en un pecho constante
Al del terrible rayo es semejante
Cuando lo graba en la marina roca:
Firme las tempestades desafía;
Y el furioso huracán, la ola bravía
Que mil veces y mil contra ella choca,
Son, más bien que á razarle,
Parte á avivar su traza y ahondarle.

Luego viene la noche sosegada
Con su luto, sus pálidas lumbreras,
Su silencio, misterios y quimeras.
Del hogar en contorno los proscritos
Sentados, las extrañas aventuras
Recuerdan de la guerra, el infortunio
De los hijos del Sol y los delitos
De la barbada gente advenediza;
Ni execración les falta
Contra el mónstruo que á Quito martiriza,

Cuyo nombre tan sólo su ira exalta.
De su pueblo infeliz las desventuras
Unidas á las propias amarguras
Enumeran después, y el triste llanto
Que mana de sus ojos, á despecho
De sus heróicas almas, testifica
¡Ay! cuán grande y mortal es su quebranto!
Mas ya la lumbe del hogar se apaga,
Y el sueño dulcemente
De los míseros prófugos halaga
Con su diestra benéfica la frente,
Y el bálsamo esparciendo del olvido
Alivia un tanto el pecho dolorido.

Era diciembre. Ya el sabroso grano
Del capulí de rojo se teñía;
Ya el cultivado llano
La tierna planta del maiz cubría.
Próvida por do quier naturaleza
E infatigable, su obra proseguía;
Privó al árbol de flor mas la riqueza
De sazonado fruto dió á sus ramas;
No ostentaban los campos la belleza
De fresco trébol y verdinas gramas,
Pero brotaba su fecundo seno
Que destrozó la puntiaguda reja,
A recrear del labrador los ojos

Y el corazón, risueña la esperanza
Lleno de amor y de ufanía lleno,
Exento de temor, libre de enojos,
El mirlo negro de dorado pico,
Del viejo capulí posado en lo alto,
Su sonoroso trino al viento lanza;
Y el bello *huirochuro* (42)
De gualdo pecho y alas de azabache,
No cuando canta de armonías falto,
Pero en índole siempre arisco y duro,
De otro árbol curpulento en la eminencia
Suelta la voz, del mirlo en competencia.
Llena la luna recorrer el cielo
Tres veces los proscritos han mirado,
Y sienten el consuelo
Descender á su pecho lacerado:
Asi baja benéfico rocío
A refrescar el seno de las flores;
Pero ¡ay! si un sol de estío
Luego rayos despide abrasadores,
Y si áun el polvo se calcina y arde,
¿Qué será de esas flores por la tarde?

Un denso manto de parduzcas nieblas
Una mañana viste el horizante
De improviso, y el monte
Con el cielo confunde, las tinieblas
Nocturnas prolongando;

Y el corazón de Titu y el de Cisa
De más negro pesar se van llenando
Que la sombra fatal que los rodea,
Cual siempre que su bárbaro destino
En amargar su vida se recrea.
Empero el matutino
Fulgor un tanto la neblina oscura
Rompiendo luce, cual fugaz sonrisa
Que en lloroso rostro se divisa
De infeliz melancólica hermosura.

Cisa ha dejado ya su muelle lecho,
Y de una clara fuente en los raudales
Borrar intenta en vano las señales
Que en su pálida faz el llanto ha hecho.
Para la ofrenda de su esposo hermosas
Flores toma después, y distraida
En su mudo pesar, las silenciosas
Selvas recorre con tardía planta.
En el bosque vagando así perdida
Cual huérfana cuitada gamezuela,
Algún alivio anhela:
Su corazón al cielo se levanta,
Su mente al cielo vuela;
Pero no alcanzan !ay! del alto cielo,
Ni el corazón doliente
Levísimo consuelo,
Ni breve rayo de su luz la mente!

De ella cerca de repente
Ve un grosero pastor; corre asustada:
Llama á Titu y Amaru, que á la entrada
De la mansión los arcos aprestando
Para la caza están. Le reconocen:
Es el pastor de sayo miserable,
De enmarañado y áspero cabello,
De sucia faz, de voz desagradable;
Es el zagal Lucato,
Que con sonrisa amarga breve rato
La turbación observa que á su vista
Agita de los prófugos el alma.
Asi también con aparente calma,
Pero la garra á destrozar ya lista,
Y dejando entrever feroz agrado
En los ardientes ojos y en la boca
Que abierta horror provoca,
Contempla el lobo en el estrecho aprisco
O en el pendiente risco,
Al cabritillo tierno, que al mirarle
Tiembla y bala asustado,
Sin que pueda en sus ansias evitarle.
Mas el rudo zagal un tanto aquieta
Los conturbados pechos: asegura,
En voz cual siempre tosca y destemplada,
Y con su eterna y repugnante risa,
Que del bosque lejano á la espesura
Le atrajo á toda prisa

Una leona que terrible daño
Hízole en el rebaño,
A la cual castigar de muerte jura.
Y en tardo modo que cansancio muestra
En el arco se arrima,
Una pierna doblando sobre la otra
En la que el cuerpo carga. Con la diestra,
En distracción hipócrita, el cabello
Tiende por frente y cuello,
Y el magro roetro de expresión anima
Muy más vil y siniestra.

Al fin el hijo del piadoso *Amunta*
Por la querida patria le pregunta.
—Dínos, pasior Lucato, por tu *Vilca*,
¿Qué pasa en Quito, la ciudada amada
Del Sol y de su esposa?
¿Aún llora infortunada?
¿Aún mana sangre su inocente pecho?
¿No ha cambiado su suerte desastrosa?
¿Qué tiranías más el bárbaro á hecho
Y la hija atroz de Cushipata impio?
¡Ay! que tu lengua se desate ansío,
Aunque á las almas que te escuchan debas
De destrozar con espantosas nuevas!

Y en habla intercadente, á cada paso
La atención aguijando, y repitiendo

Siempre el más triste y lamentable caso,
O el hecho más impuro y más horrendo,
El pastor da en respuesta
Una prolija relación funesta.
De inquieto anhelo y de temor movidos
Todos atienden; ni del ave el canto,
Ni el zumbido del tábano quisieran,
Ni del viento el gemir que los oidos
A distraerles importunos fueran.
Escuchan con espanto
De que manera la sañosa Toa
Se venga áun de los muertos: cuando apenas
Supo la fuga de la vírgen, llena
De su terrible furia la medida,
Prendió ella misma fuego á las moradas
De Pacoyo y de Humán, y del guerrero
Chuqui y de Runto fiel la bendecida
Tola rompiendo, extrajo las sagradas
Cenizas. y con fiero
Impío frenesí al viento diólas....
Ee el ageno mal se goza un rato
El zagal, y prosigue su relato,
Cual fiiera que descansa,
Lámuse el labio y la nariz, y luego
Torna á la presa con activo diente;
Refiere, pues, cual la aguerrida gente
Del tirano feroz ha combatido
Con las heróicas huestes españolas

Que *Uiracocha* manda, por las olas
Traidas de la mar, y cuya mano
Lanza el rayo encendido
Que así hiere y destroza el pecho humano
Como traspasa el del león temido.
Cuenta que el terremoto y el estruendo
Del Cotopaxi horrendo,
Cumplimieuto de tristes profecíes
De muy remotos dias,
En el quiteño numeroso bando
Sembraron tal pavor, que abandonando
El campo de la guerra, en presta fuga
A la corte llegaron, por do quiera
De cobarde furor señales dando;
Que mientras *Uiracocha* con su fiera
Gente á Quito camina,
Rumiñahui, con furia sin ejemplo,
Roba, viola, quema, tala, arruina
El *Acllahuasi*, el templo...
Cuanto á su paso topa,
Cuanto á su alcance encuentra:
Todo parece á su contacto estopa
Que la llama devora. A breve pausa
Torna el pastor, y ufano y satisfecho
Contempla el mal que su relato causa
De sus oyentes en el triste pecho.
Su expresión crece bárbara y maligna,
Y en voz burlona á referirles entra

El más funesto hecho
Que pudo consumar cruel tirano:
—Escuchadme, les dice: ayer temprano
Han perdido cien vírgenes la vida
Bajo de tierra; el nuevo *Shiri* quiso
Que así muriesen. ¡Pena merecida
Por su conducta cándida y liviana!
¿Sabeis cómo eso fué? Pues del extraño
Barbudo que se acerca, Rumiñahui
Les habló con malicia; ellas á insana
Sonrisa, aunque harto breve,
Sus labios prestan, sin calar su daño.
¡Bah! que el *supay* me lleve
Si no es malo reir y no se debe
Dar á este crimen ejemplar castigo!...
Y si en vez de sonrisas hay risadas,
Por quien soy os lo digo,
Las consecuencias son ¡qué desgraciadas!...

Mientras así Lucato
Habla, movido de un recuerdo ingrato,
—¡Cruel! ¡cruel! exclaman todos, ¡mónstruo!
¡Mónstruo infernal! Y Cisa estremecida
Del dolor y sorpresa
De que su alma virginal es presa
Y se traslucen en su faz hermosa,
Quiere hablar; más se anuda
su débil voz, y permanece muda.

¡Gualda tal vez!... ¡Doncella generosa!...
El dolor atraviesa
De Amaru el corazón; hiela su sangre;
Vacila su valor. ¡Ay! ¿qué acontece
En esa alma briosa?
Amaru, el fuerte Amaru se estremece,
—¡Gualda! murmura apenas, y enmudece.

La triste queja al fin es repetida
Por los tres desdichados, y en el bosque
Resuena de la bella
Vírgen adolorida
El lúgubre lamento, cual querella
De solitaria tórtola afligida.
Y el fingido pastor,—Ya, dice, es hora
De que yo parta: el Sol se ha levantado;
Las nieblas van de presura huida
Ante su luz radiante.
Que él no os niegue su faz consoladora
Y aquí os conserve. Oidme: yo os advierto
Que estais aquí á cubierto
De la diestra cruel de Toa airada.
¡Oh, qué bien! oh, qué bien! Sois cuerdos, vamos!
Esto es saber salvarse. ¿Cuándo brujo
Ninguno os podrá hallar? Esta morada
No abandoneis jamás, y aquí aguardadme
Es seguro que os traiga
Nuevas de la ciudad antes que caiga

Por vez tercera el Sol en el ocaso.
Cual ahora á venir tornaré sólo
Y en silencioso paso...
¡Pobres! pobres!...Adiós!—Y un pensamiento
De perfidia y maldad llevando, parte.
Más no su infame dolo
A los proscritos míseros se esconde:
Dudan, sospechan, temen;
Y aquel latir fatídico y violento
Del corazón de Titu y la Escogida
Claro les dice que en la selva donde
Gozar pensaron descansada vida,
También penetra su incansable suerte
Llevando en pos de sí desdicha y muerte.

VI

LA DELACIÓN

Junto al redil y cerca
De la humilde cabaña
Su faz de amargo llanto
Glauca mísera empapa,
Y en sus lágrimas brilla
La luz triste y escasa
Que el véspero naciente
Sobre el campo derrama;
A sus gemidos se unen
Los susurros del aura,
De los *pacos* el grito
Y el murmurio del agua;
¡Y no hay quien la consuele!
¡Y no hay para su alma
Ni un leve refrigerio
Ni una leve esperanza!
¿Dó está, dó está su Tarco?
¿Acaso en la montaña
Del tigre ha perecido
Entre las corvas garras?

Apenas entre nieblas
Brilló la luz del alba,
Con tiernos alimentos
De pan y frutas varias,
Solícita al retiro
Donde su bién morada
Fuése; pero ¡ay! en vano,
En vano ¡desdichada!
En la desierta cueva
Los restos sólo halla
Del pobre desayuno
De la anterior mañana.
Recorre cual demente
El bosque, llora, clama,
Se postra, alza los brazos
Y faz desesperada,
E invoca á grandes voces
Sus *Vilcas* y sus *Huacas*.
—¡Tarco! Tarco! repite;
Mas sólo se levantan
Las aves á sus gritos
Y vuelan desbandadas;
Y en árboles y peñas
Se posan á mirarla,
Cual si de su infortunio
Dolidas desearan,
Dando de Tarco nuevas,
Dar á su pecho calma.

De la cueva en el centro
Dejando abandonadas
Las frutas, regresóse
Por fin á su morada.

Ya la menguante luna
Muestra su faz opaca
Por entre un manto oscuro
De nubes apiñadas;
Y allá en la más distante
De la espaciosa pampa,
Confuso entre la sombra
De cercas y de matas,
Un bulto se distingue
Que velozmente avanza
Hácia la humilde choza
De la afligida Glauca.
Esta, ligero salto
Dando al mirarle, se alza,
Cual cierva que columbra
Los galgos á distancia;
Y el pecho le palpita,
Se le estremece el alma;
Las lágrimas enjuga,
Fija más la mirada;
Y entretanto aquel bulto
Más y más se adelanta;

Es gente... y es un hombre...
De joven tiene trazas...
Viste zayal... y trae
Un arco y una aljaba...
Luego... ¡Ah! ya no hay duda!
El es, sí, no se engaña!
Da un grito Glauca y vuela,
¡Y á Tarco, á Tarco abraza!
Así el lebrel que á su amo
Perdido lamentaba,
Desde lejos descubre
Y á su encuentro se lanza,
Y ora con gritos, ora
Con saltos mil lo halaga.
—¡Oh, Tarco, amada mio!...
Mira, ¡cuánto tu Glauca
Por ti ha llorado! ¡oh, cuánto!...
¡Abrázame!... Mi *Huaca*
A mí te vuelve... ¡Estréchame!
¡Tarco, Tarco de mi alma!...—
Y el delirante gozo
La voz de Glauca embarga.

A su loca amante
El zagal abraza,
La estrecha, la besa,
Su Glauca la llama;
Y es falso el abrazo,

Las caricias falsas;
Sus labio el hielo
Revelan del alma.
Su vista inquieta
Luego divaga
Por la campiña,
Por la cabaña,
Cual de salvaje,
Tímida gama.
—¿No hay quien escuche?
Pregunta á Glauca.
—Nadie, amor mio.
¿Qué quieres? Habla.
—Mira que temo.
—No temas nada.
Y al oido
Y en voz baja
El cobarde
Tarco la habla;
Ella escucha
Conturbada;
Más repente
Grita y salta.
—¡Tú, dice, tú los viste!
Sí, Glauca; pero calla;
Mira, temo hasta el viento
Que pasa á la montaa.
Más ¿qué te tiene? corre,

Vuela al punto, mi amada.
Para perder las presas
Un sólo instante basta.
¿Recuerdas? há tres lunas,
Mientras me acariciabas,
Los dos aprovecharon
Tu culpable tardanza...—

Al punto Glauca vuela,
Y azuzada del ansia
Ni á ver á Tarco vuelve,
Ni á tomar huelgo para:
Tal el galgo, incitado
Del cazador, se lanza
Tras el ciervo, en el suelo
Dejando breve estampa
De los piés: las corrientes
Más rápidas traspasa,
Los llanos atraviesa,
Los matorrales salva.

Sí, la hija de Cushipata,
Mujer que jamás acata
Ni la virtud ni el honor;
Mujer de maldad innata
Que en obrar el mal se goza,
Y á sus rivales destroza
Con satánico furor;

Sí, aquel mónstruo inhumano
De Rumiñahui tirano
Es predilecta mujer:
Las astucias del anciano
Vil Cushipata han vencido,
Y Toa al fin ha subido
De *Coya* (43) al rango y poder.

Para saciar su venganza
Fuerza era hacer alianza
Aunque fuera con Satán.
Lo quiso, y sin más tardanza
Puso su idólatra viejo
En acción diestro manejo,
Y no fué estéril su afán;

Aunque no al monarca mismo
Del hondo y terrible abismo
Consiguió á su Toa unir,
Pudo á fuerza de embolismo
Juntarla con aquel hombre,
Cuyo maldecido nombre
Basta pavor á infundir.

O acaso en el alma impía
De entrambos la simpatía
Del crímen lugar halló;
Y el diablo los juntaría

Para hacer al mundo males,
Porque en ellos las señales
De ser sus hijos miró.

De suaves pieles de *llamas*
En un lecho delicado
Toa del sueño ha pensado
Las dulzuras disfrutar;
Pero le falta en el pecho
La calma de la inocencia,
Y es un tormento su lecho
Do se agita sin cesar.

De siniestros pensamicntos
Tiene la mente preñada
Y el alma toda abrasada
De inestingible furor.
De sus víctimas las sombras
Amenazantes y fieras
Deslizarse vé en hileras
Con sordo y vago rumor:

Pacoyo, Humán, Raba... todos
En formas descomunales,
Clavados sendos puñales
En medio del corazón,
Preséntansele; más ella

Sin arredrarse los mira,
Y en su frenética ira
Les lanza una maldición.

¡Si de Titu, Amaru y Cisa
Así vengarse pudiera!
¡Si así sus aspectros viera
En torno de ella vagar!...
Pero rábia de despecho
Al ver huir su esperanza
Y quisiera en su venganza
En sangre á Quito ahogar.

A su lado Rumiñahui
Tambien insomne se agita:
Su alma proterva y maldita
Es hoguera de ambición;
Y cual todo traicionero
De corazón estragado,
Es cobarde y altanero
En su misma agitación.

Uiracocha se aproxima;
Esperarle es peligroso;
Fugarse es muy vergonzoso
Y en ello le va el honor.
¡Ah! quisiera en su despecho
Que á *Uiracocha* y á él mismo

Los arrastrase al abismo
El rey del mal y el terror!

Más no: si él ama la vida,
Necesario es defenderla:
¿Qué valen, ésta perdida,
Honores ni dignidad?
—Huyamos, á Toa dice;
Nuestros tesoros llevemos;
Pero antes de huir dejemos
En cenizas la ciudad.

—Huyamos, Toa repite...
Mas suena en este momento
El quicial del aposento
Y aparece una mujer.
—De súbito Rumiñahui
Y Toa saltan del lecho,
Y de la incógnita el pecho
De aquel la espada va á hender.

—¡Detente! exclama ella al punto;
Soy Glauca: ¿piensas acaso
Que pudiera abrirse paso
Otra mujer hasta aquí?
—Glauca ¿qué quieres la dice
Su ama por fin sosegada.
—Una nueva afortunada
Traigo, Toa, para tí.—

Cuando el fiero hambriento lobo
Dormita en su oscura cueva,
Y el fugaz viento le lleva
Del corderillo el valar,
Se dispierta, crece su hambre,
Álzase, el oido afila,
Arde su estrecha pupila,
Se dispone á devorar:

Así Toa siente el alma
De placer estremecerse,
Y en su faz pudiera verse
Estampado este placer,
Si un vivo rayo de luna
Sobre su frente brillara,
Y no tan solo alumbrara
Pálido á esotra mujer.

—¡Una nueva! Dila, dila.
—Diréla, si tú me ofreces...
Si me haces... cual otras veces...
—¿Qué pretendes?—¡Un favor!
—¡Concedido!—¡Tú perdonas,
Oh cara Toa, á mi amante!
¡Tarco es libre en este instante!
¡Tarco, el dueño de mi amor!

Ébria Glauca de contento

De Toa á los piés se postra,
Pero á esta fiera al momento,
—¡Tarco! se oye repetir.
¡Tarco! este nombre para ella
Es odioso y maldecido;
Mas un favor á ofrecido
Y debe Tarco vivir.

Empero en voz recia añade:
—Piensa, Glauca, en lo que dices,
Y no mi cólera atices
Con la falsedad soez:
Ya otra ocasión has tentado
Mi enojo con la mentira;
Si ahora me engañas, mira
Que no hay perdón otra vez.

—Titu, Amaru y la Escogida
Están seguros: mi Tarco,
Dice Glauca, su guarida
Pudo por fin encontrar.
—¡Viva Tarco! Mi venganza
Sólo esos tres pide ahora:
¡Esta sed que me devora
Quiero en su sangre apagar!

¡Vengan, vengan á mis manos
Titu, Amaru y la Escogida!

Antes que emprenda mi huída
He de verlos perecer!
Así Toa grita airada,
Y con Tarco una docena
De satélites ordena
Irlos al punto á prender.

—¡Véngate! ¡Ah! la venganza
La dice el feroz tirano,
Cuán dulce es al pecho humano
Que arde con fuego infernal!
¡Oh! si en mis manos cayera
Uiracocha, mi enemigo!...
Pero ¡cuitado! ¿qué digo?
¡Si el triunfa, por mi mal!...—

Llega en tanto Cushipata
Por las voces atraido,
Y, en la noticia instruido,
Exclama con frenesi:
—¡Cisa á la hoya! ¡Titu al fuego!
¡A la horca Amaru! irritado
El Sol así lo ha ordenado:
¡Vengadle! mueran así!

Por ellos sobre nosotros
Lanza sus iras el Cielo.
¡Extirpad de nuestro suelo

Los profanos de raiz!
No queden ni de sus huesos,
Ni áun de sus nombres señales,
Y así huirán tantos males,
Y Quito será feliz.

VII

EFUSIÓN DE AMOR

Dicho lo tengo y lo repito ahora:
Nunca se agita el corazón en vano:
¡Ay! algún mal el porvenir cercano
Le hace entrever, que bárbaro le azora!

Titu infeliz, Amaru desdichado,
Y tú del Sol infortunada esposa,
Ya no basta la selva estensa, umbrosa,
Para ocultaros al destino airado:

Do quiera vais sobre vosotros vuela,
Donde quiera os descubre su mirada,
La sentencia os intima y, levantada
Su cruel mano, vuestra muerte anhela.

¡Oh destino! oh destino incomprensible!
Tirano universal, de Dios secreto,
¡Ay! cuántas veces la inocencia objeto
De tu injusticia fué dura y terrible!

Nueva fuga los prófugos emprenden
Apenas de ellos el pastor se aleja,
Y ni aun breve señal su planta deja,
Que á no dejarla con prudencia atienden.

Dos largas horas por el bosque yerran;
Perdidos en mitad de la espesura,
No saben donde van: la niebla oscura
Y el espeso follaje los encierran;

Y en vez de huir de la masión delante,
Siempre el engaño por opuesta vía
En mil giros y mil, ciego los guía,
La ciudad acercando á cada instante:

Tal el ciervo montés que se intimida
Del trueno, del volcan, al estampido,
Huye en oscura noche, é inadvertido
Se aproxima del tigre á la manida.

Al pié de una alta roca solitaria,
Resto tal vez de gigantesco monte,
Cuya tajada cima hace horizonte
Y provoca á la cabra temeraria;

Entre arbustos, helechos y maleza
Una caverna oscura se divisa:

Huye, al verla, del labio la sonrisa
É invade el corazón negra tristeza.

En sus sombras acaso se juzgara
Que un malévolo genio vive oculto,
Y que allí acepta el repugnante culto
De bruja infame que á sus piés se ampara.

De Humán empero el hijo valeroso
De la cueva encamínase á la boca;
No bien su firme planta en ella toca
Retrocede tres pasos cauteloso.

Se inclina entre el ramaje, el arco tiende,
La flecha vuela, y al instante ronco
Suena un rugido, que en las breñas bronco
Eco repite que las nieblas hiende;

Y de un rápido salto, de la cueva
Lánzase una leona, y al guerrero
Abatiendo de súbito, un reguero
De ardiente sangre á la espesura lleva.

Atravesada en el siniestro lado
Va la flecha fatal... Ambos la miran
Titu y Cisa á la par; tristes suspiran,
Y el corazón les late aún más turbado:

¿Quién sabe dónde va la herida fiera
Sin aliento á caer?... Su voz doliente
Se oye lejos sonar ya debilmente,
Cual si eco de volcan remoto fuera.

Mas Amaru cansado, y llena el alma
También de sinsabores, abandona
A su destino á la feroz leona,
Y algún solaz anhela y dulce calma.

Y aunque el asilo de la fiera opone
Sus negras sombras y espantable aspecto,
Es por los tristes prófugos electo,
Y hacer de el su escondite se dispone.

Quizá el peñasco les dará defensa,
Tal vez la sombra les será propicia,
Y del fiero enemigo la injusticia
Allí huirán y la mortal ofensa.

¡Esperanza falaz! ¡Ay! es en vano
Que el gilguerillo tímido se acoja,
La muerte huyendo, so la débil hoja
Que no puede ampararle del milano!

El día en tanto rápido se oculta
Entre el nocturno velo; el ancho mundo

Duerme en silencio sepulcral, profundo,
Y entre nubes la luna se sepulta.

Mas de Titu y de Cisa no en la frente
Mustia se posa el sueño sosegado,
Y á su pecho, que late acelerado,
Pachacámac la paz niega inclemente.

¡Oh qué noche, qué noche, santo Cielo!
De memorias de amor dulces, queridas,
De imágenes de un bien desvanecidas,
De pena, y ansiedad y desconsuelo!

Horas fatales que el dolor prolonga,
Horas de maldición en que se lanza
En vano al cielo un ¡ay! pues nada alcanza
Que al torrente del mal un dique oponga.

Así esa noche de tormento y prueba
La vírgen pasa y su infeliz amante,
Clamando en su ansiedad á cada instante
Por la tardía luz del alba nueva:

Como infelices náufragos que un rayo
De luz anhelan que en las sombras luzca
Del abismo en que ruedan, y produzca
Algún alivio á su letal desmayo.

La aurora torna al fin; vuelve la lenta
Neblina; el sol tras ella se levanta;
En vez de consolar su luz quebranta,
Que ora pálida brilla, ora sangrienta.

Armase Amaru y por la selva umbrosa
En pos de caza va, mientras su hermana
Ve las horas volar de la mañana,
La vista inquieta, el alma congojosa.

De la cueva diez pasos no se aleja,
Y en un tronco sentada, en el regazo
La diestra apoya, y el siniestro brazo
Negligente caer á lado deja.

El cabello en desorden esparcido
Sus hombros cubre, el ábrego le mece
Y la niebla pesada le humedece;
Su cuerpo tiembla en hielo convertido.

De la desolación imagen viva
Semeja la infeliz: ahí sentada,
Por el cielo y el hombre abandonada,
¡Ay! hasta el ave su presencia esquiva!

Pero hay un sér que de ella no se aleja:
Titu, su bien perdido, único dueño
De su vedado amor, su eterno ensueño,
Orígen del martirio que la aqueja.

El, apoyado en el peñon desnudo,
La faz velada en la temblosa diestra,
En la actitud y en los gemidos muestra
Cuánto es ahora su pesar más rudo.

Fijo en Cisa el rehacio pensamiento,
Mas inflamado el pecho; enferma, flaca,
Débil ya la razón, no más aplaca
De la pasión el ímpetu violento.

No más de la piedad la voz interna
Suena para él: en la obstinada lucha
Venció el amor al fin: ya sólo escucha
La voz del corazón intensa y tierna.

¡No más silencio! En nombre le robaron
De una deidad su bien, y hoy le reclama.
¡Oh, sí, suya es la vírgen; que ella le ama
De su pecho los golpes le anunciaron!

Como el agua á la acción de activo fuego
Ebulle, sube, y por vaciarse acaba;
O cual licor que opreso fermentaba
El frágil vidrio rompe y salta luego,

Así el amor que la piedad tuviera
Y el respeto y temor aprisionado,
Rompe su valla, y libre, apasionado,
Habla Titu á la joven hechicera:

—¡Cisa! Cisa! no puede el pecho mio
Su ardiente afecto conservar oculto,
Y aunque á tu alta virtud sea un insulto,
Sabe que por tu amor aún desvarío.

Te amo y adoro ¡oh vírgen Escogida!
Si mi pasión es crimen ante el Cielo,
Hiérame al punto, y déjeme el consuelo
De perder á tus piés mi triste vida!—

Díce, y cae postrado ante la hermosa
Hija de Humán, que conturbada mira
Tal exceso de amor; tiembla, respira
Apenas, y con voz clama llorosa:

—¡Hijo de Chuqui!... ¡calla! Tus palabras
Estremecen mi espíritu!... ¡Ay! advierte
Que esposa soy de un Dios! Teme la muerte
Que con tu amor sacrílego te labras!

Yo no soy la mujer que un tiempo amante,
Y cuyo tierno corazón rendiste:
¡Ay!... Cisa... Cisa para tí no existe!
¡Tú por siempre para ella ¡ay! acabaste!

Álzate, jóven, mi virtud no tientes;
No más del Sol provoques la ira santa;
No la congoja atroz que me quebranta,
Tu infausto amor al recordarme, aumentes!—

—¡Cisa, perdón! exclama el infelice;
La causa soy de tu penar: de tu alma
La inocencia robé, la dulce calma:
¡Yo con mi amor desventurada te hice!

Quise atraer tu corazón al mío,
Pensé á tu suerte unir la suerte mia
Cuando el fiero infortunio me seguia,
¡El infortunio que hoy te acosa impío!

¡Ah momento infeliz aquel momento
En que por vez primera nos miramos!
¡Infeliz el amor que nos juramos,
Hoy convertido en bárbaro tormento!—

En perlas mil el llanto acibarado
De los ojos de Cisa se desprende,
Y empapando su faz brilla y desciende
A ocultarse en su seno congojado.

—No, Titu, no, de mi desgracia impía
Replica sollozando, no el orígen
Hallo en tu amor; pero ¡ay! las que te afligen
Acerbas penas hoy, son obra mía!

¿Por qué no huí de tí? ¿Por qué en tu pecho
Con mi infeliz pasión, cebé un engaño?
¿Por qué ¡insensata! ocasioné tu daño
De los Cielos amándote á despecho?

¡Oh cuán feliz otra mujer te hiciera!
Búscala amigo, olvídame...—¡Olvidarte!
¡De mi ardoroso corazón borrarte!...
¡Mande más bien que le desgarre y muera!

Pero olvidarte... ¡Ah, Cisa! ¡mi ventura
Buscar en otro amor!... No más tu lábio
Torne á lanzarme tan atroz agravio,
De tu beldad impropio y tu ternura!

Yo ví de Manco en el estenso imperio
Bellezas mil, y si intentaba alguna
Ser de mi pecho reina, su fortuna
Era escuchar tal vez cruel dicterio.

Yo ví montes inmensos de riqueza
A domeñar mi corazón alzarse;
Más al punto los via derribarse
Chocando de mi amor con la firmeza.

¡Siempre en mi pecho tú! ¡siempre el querido
Recuerdo de tu amor en mi memoria!
Con él en las batallas tras la gloria,
Con él tras de las paces he corrido...

¿Qué belleza, qué amor podrán tu imágen
Arrebatarme, dí? ¿Será posible
Que la alta esfera tornen accesible
Y sus luces divinas desencajen?

—Y yo... Titu... ¡ay de mí!... Cisa contesta,
Contra el amor en vano combatiendo
Olvidarte pensé: ¡siempre creciendo
Ha ido en mi alma esa pasión funesta!

¡Ah! sí: funesta: ni un instante solo
Dejóme en paz en mi sagrado asilo;
Y aunque sumido en eternal sigilo,
Patente en mi conciencia tuve el dolo.

¡Siempre conmigo tú! Ni áun en mi sueño
Me has dejado jamás, hijo de Runto!
¡Cuántas veces juzgué tu aliento junto
A mi faz percibir, tibio, halagüeño!

¡Cuántas veces creí tu acento blando
Escuchar en las auras de la tarde,
Cuando ligeras en risueño alarde
Iban los muros del *Acllay* besando!

Si aguardando la luz del nuevo día,
Mis pupilas fijaba en el oriente,
Alzarse allí tu imágen esplendente
Entre cándidas nubes ver creía.

Si en la sagrada lumbre el oloroso
Saramajo quemaba, tras el velo
Diáfano de humo que se alzaba al cielo
Mi alma te vía como el Sol hermoso.

¡Oh poder del amor, que ni lo puro,
Ni lo santo respeta! ¡oh fuego impío
Que ha devorado atroz el pecho mío,
Y en vano ahora sufocar procuro!...

¡Cielos, perdón! ¡Perdón Dios ultrajado!
¡Ten lástima de mí! ¡Calma tu ira,
Que soy débil mujer!... ¡Ay! mira, mira;
A otro amor fué mi corazón robado!...—

Y enmudece la vírgen, embargada
Por el dolor la lengua. Titu, ageno
Ya á la cordura, se retuerce; el seno
Hiérese, y grita en voz desconcertada:

—¡Ella no es tuya! ¡no, no es tuya Cisa!
¡Sol, devuélmela: no más tirano
Mi bien usurpes!... ¡Ay! de un vil anciano
A la pérfida voz cedió sumisa!...

¡Y tú esa prenda arrebatada á un hombre
Aceptas, Dios!... ¡Oh! vuélvela á mi pecho,
O aquí á tus rayos muera yo deshecho,
Maldiciendo tus obras y tu nombre!...

VIII

LA LEONA HERIDA

Apenas el dolor arranca al alma
Del triste joven la blasfemia atroz,
Turba del bosque la solemne calma,
Cerca sonando, conocida voz.

Es el hijo de Humán que acelerado,
Inquieto el corazón, mustia la faz,
Gritando viene:—¡Al arma! ha divisado
Gente armada mi vista perspicaz!

De Lucato tal vez traición indina
El secreto vendió, y hoy perecemos.
¡Fuga! fuga! la gente se avecina...
Toa tal vez... ¡la bárbara! Seremos

De su furor las víctimas, si al punto
Asilo en otro suelo no buscamos.
No, no es hijo de miedo mi barrunto:
Toa es quien nos amaga. Titu, vamos;

Vamos, hermana, que hoy la fuga es vida—
Como queda la tímida paloma
Por súbito terror sobrecogida
Cuando en su nido habrienta zorra asoma,

Así queda la vírgen: se le hiela
De improviso la sangre; se horripila
Su cuerpo todo; congojosa anhela;
Quiere los piés mover, pero vacila.

Con expresión mayor de duelo intenso,
Su amador infeliz, con más ternura,
En ella tiene su mirar suspenso,
Y dos lágrimas vierte de amargura;

Mas se avergüenza y las enjuga al punto,
Entra en la gruta, se arma y al instante
Vése, á su amigo valeroso junto,
Decidido guerrero y arrogante.

Con zandalia de sólida corteza
Trémula Cisa al fin calza su planta,
Suspende el velo en la gentil cabeza
Y á partir la primera se adelanta.

¡Cuánto más bella en la actitud de prisa
Entre las sombras del peñasco está!
Blanca niebla parece que la brisa
Ante los montes impeliendo va.

Más ¡oh dolor! apenas de la gruta
Deja la entrada, un ¡ay! exhala y cae:
Del bosque umbrío por estrecha ruta
Trece guerreros ve que el hado trae.

A largos pasos todos y en ringlera,
Cual flexible serpiente ceteando,
Ya ocultos, ya visibles, la ladera
Próxima al escondite van bajando.

—¡Traición! traición es esta! á par exclaman
Ambos amigos; pero Amaru siente.
Que su alma y corazón súbito inflaman
El valor indomable y la ira ardiente.

Y—Combatamos, Titu; ¿qué tememos?
Torna á exclamar furioso; ¡miserables!
¡Titu, á la lid! matemos, destrocemos
A esos de Toa esclavos detestables!

—¡A la lid! á matar! Titu contesta,
Tornado el sentimiento ira en su pecho;
Hoy nos será la suerte más funesta,
U obtendremos el triunfo á su despecho.

¡Tumbac, danos tu furia; sé propicio
A quien tu nombre invoca en la pelea!
¡Muera el bárbaro á tu honra en sacrificio,
Y su sangre dulcísima te sea!—

Dicen y fuera salen; más prudentes,
Cual guerreros á lides avezados,
Arrímanse al peñon y, aunque impacientes
Aguardan ser por el traidor buscados.

Así al león del Africa tremendo
Diz que el astuto cazador espera,
Las inermes espaldas defendiendo
De las agudas garras de la fiera.

En tanto de los dos al firme aspecto
Detiene el paso el agresor, y queda
Inmóvil un instante, cual inseto
Al ver la *equis* tendida en la vereda.

De fresca piel una rojiza banda
Encubre su ancho pecho, y en la diestra,
Dispuesta siempre á la traición nefanda,
En sangre tinta una saeta muestra.

Entrambas prendas los guerreros miran,
Las conocen al punto y se sorprenden...
De aquel en tanto las miradas giran
Por todas partes, y al hacerlo ofenden.

—¿Dónde, al cabo con voz insultadora,
Dónde, exclama, se oculta la Escogida?
¡Ea! decidme, que sino, la hora
Postrera es esta que gozais de vida.—

Su limpia faz, su voz, su nuevo traje
Rompen el velo de un fatal engaño,
Cual rompe el viento el cárdeno celaje
Que presta al horizonte aspecto extraño.

Claro el pasado á la memoria torna
De ambos proscritos: en su pátria un día
Este hombre vieron de doblez y sorna,
Concitador de eterna antipatía.

De ambos un tiempo en la amorosa historia
Su ingrato nombre el pérfido mezcló;
Y temiendo la muerte huyó la gloria,
Y del campo marcial despareció.

Una noche...—¡cruel reminiscencia!
¡Noche de rabia y maldición!—le vieron
Pasar fugaz cual sombra á su presencia,
Y, lejos ya, su carcajada oyeron....

Sí, conócenle: es Tarco; la mirada
Fijan, y aún más descubren: es Lucato,
Es el mancebo de la faz tiznada,
De menguado zayal y áspero trato,

Que hoy soberbio aparece y altanero,
Y de poder y de valor alarde
Hace, ocultando en aire de guerrero
De su alma vil lo bárbaro y cobarde.

—¡Vamos! añade Tarco aún más altivo,
Esas armas inútiles rendid;
Mirad que de los dos ninguno vivo
Quedará si conmigo entrais en lid.

De Humán al hijo esta insolencia irrita,
Y—¡Ven malvado, infame delator!
Ardiendo en rábia, en voz terrible grita,
¡Ven, si anima tu pecho algún valor!

¡Ven! acércate, pérfido, y tu lanza
De entrambos pueda el corazón partir:
¡A tomar vivos tu poder no alcanza
A hombres que anhelan con honor morir!—

Dice, y le apunta al corazón la flecha,
Mientras Titu, gritándole á la par,
El arco tiende y pónele derecha
El arma aguda próxima á volar.

Al verlo Tarco retrocede y muestra
En el semblante miedo y turbación,
Y apenas puede con temblosa diestra
Tocar de su arco el cimbrador bordón.

Y de Amaru y de Titu, como un rayo
Las flechas vuelven al pastor infiel;
Pero tuercen su curso y de soslayo
Pasan rompiendo la terciada piel.

Toman al punto del carcaj provisto
Nuevas armas; el arco se prepara;
Tiran; más Tarco el ademán ha visto,
Y de un árbol detrás veloz se ampara.

—¡Tomadlos! á los otros, ¡al momento!
Ronco grita; más nunca los mateis:
Dad á la órden de Toa cumplimiento,
O vosotros la pena sufrireis.

¡Ea! ¡vamos! ¡cargad!—Y la docena
De esbirros acomete. A un golpe rudo
Saltan los dardos, y retiembla y suena
Del enemigo el tachonado escudo,

Cual treme y suena la macisa roca
Cuando el rayo la hiere impetuoso,
O el escollo volcánico en que choca
La onda del mar hinchado y borrascoso.

Blanden luego los prófugos su lanza,
Y, el pecho firme al anemigo opuesto,
Cada uno de ellos contra seis alcanza
Y es cada golpe al agresor funesto.

Se retiran, se cubren, vuelven, hieren;
Avívase el valor, crece el despecho;
Ya dos esbirros del tirano mueren,
Hendido el cráneo, destrozado el pecho.

Así el trige feroz con los saínos
Traba rudo combate, y en su saña
Hiere, mata, destroza, y sus ferinos
Ímpetus estremecen la montaña.

Sangre salpica la musgosa peña,
Sangre la tierra empapa, y en pedazos
Conchas caen y plumas de cigüeña
De cinturas, de sienes y de brazos.

Atento sólo á herir, el entreabierto
Labio ninguno mueve; el tremebundo
Estridor de las armas, del desierto
Turba el hondo silencio sin segundo.

El Dios de Lapuná, terrible en su ira,
Anima la pelea y la preside;
Cruel se goza en el furor que inspira,
Y en su sed infernal más sangre pide.

Un rato más, un corto, un breve instante
De lucha tan porfidiada y tan terrible,
Y huirá el agresor que, vacilante,
Su intento de cejar muestra visible.

¡Un instante, no más! ya el desaliento
En el contrario corazón se interna...
Pero ¡ay! Tarco resuélvese al momento
A lo profundo entrar de la caverna.

El tronco deja do yacía oculto,
Y se lanza cual lobo en el redil;
Mas á la entrada de la cueva un bulto
Encuentra y teme, y tiembla su alma vil.

Y ese bulto allí inmoble es la Escogida,
Es la infeliz que exánime cayó,
Cuando al salir para emprender la huída
Llegar de Toa los esbirros vió:

Aún ¡desdichada! sin sentido yace
En el húmedo suelo, fría, mustia,
Y estampados se advierten en su face
Las tristes huellas de profunda angustia.

Así queda la tierna cervatilla
A quien del rayo sorprendió el furor,
Y en cuyos ojos lacrimosos brilla
La expresión triste del mortal dolor.

Tarco inhumano agárrala del débil
Brazo y álzala, el pecho le desnuda,
Y enseñando un cadáver tierno y flébil
Y levantando una cuchilla aguda,

—Si os obstinais en el combate, exclama,
Haré trizas al punto el blanco pecho
De esta Escogida, á quien la ley reclama:
Rendid las armas ó vereis el hecho.—

De Chuqui al hijo el ánimo le falta
En tan duro incidente: el brazo afloja;
La lanza cae de su diestra. Salta
Amaru en tanto y sobre el vil se arroja

Que así á su hermana insulta. A la amenaza
Suéltala Tarco al punto y retrocede,
Y un enemigo por detrás abraza
A aquél y el brazo contenerle puede.

Empero voló el arma, y la cobriza
Piel del infame pecho ha lastimado;
Y al ver gotas de sangre se horroriza
Tarco, y lanza un quejido prolongado.

Juzga herida mortal la raedura
Que pudo el arma del proscrito hacer,
Y ve en su espanto muerta la ventura
Que comenzó su vida á esclarecer.

Pero sangre y dolor contiene al punto
De cierta yerba la especial virtud;
Vuelve al rostro el color, y con el junto
La expresión de la mofa y la acritud.

Titu es ya preso y ásperos cordeles
A la espalda sujétanle ambos manos,
Y con cinco satélites crueles
Amaru lucha con esfuerzos vanos;

Y se retuerce, y forcejea y brama,
Lumbre de ira sus ojos despidiendo:
—¡Traicioneros, soltadme! ronco exclama,
Y moriré cual bravo combatiendo!—

Así preso por bárbaros pastores
Del Chimborago el regio cóndor lucha,
Más no pueden salvarle sus furores
Ni de sus garras la potencia mucha.

De su profundo síncope ó letargo
Al fin la vírgen infeliz dispierta;
Mas le quedan reliquias del embargo
Y está como un cadáver muda y yerta.

¡Cuánto la triste más feliz sería
Si á la existencia nunca más tornara!
Entre las sombras de la huesa fria
El dulce bien de eterna paz gozara!

En su débil memoria mil pululan
Vagos recuerdos, y en desorden pasan;
Y otros vienen y van, y ora la adulan,
Ora inquietan su pecho, ora le abrasan:

Ya son como burbujas instantáneas
De un estanque en la faz que lluvias hieren,
Ya como de una hoguera las erráneas
Brillantes chispas que en los aires mueren.

Y se figura Cisa en su delirio
Que al mundo de las penas descendió,
Condenada á sin fin cruel martirio
Porque amando á su Titu delinquió.

En su amarga ansiedad en vano implora
De Pachacámac y del Sol favor:
Al terrible pesar que la devora
No alcanza alivio su febril clamor...

Sí, turbada su mente cual sus ojos
Está, y su vista tímida vaguea;
Más ya hácia Tarco arrástrase de hinojos
Y con trémulos labios balbucea:

—¿Quién eres?... ¡Ay! ¿ministro de las iras
Del Sol acaso á anonadarme vienes?
Si á castigar mi sacrilegio aspiras,
¿Por qué tu brazo vengador detienes?

Hiéreme; cumple tu deber. Vengado
Quede mi esposo al fin... Pero... me pierdo
En conjeturas... ¿Titu allí apresado?...
¿Y mi hermano también?...¡Ah!...¡sí!...¡recuerdo!

Y horrorizada tiembla: repentina
La terrible verdad ante ella luce;
Salta el llanto á empapar su faz divina,
Y en tono humilde que á piedad induce,

—¡Por el astro supremo! ¡por tu *Huaca!*
Dice, ¡no más rigor!... Mira, guerrero,
Contémplame á tus piés y tu ira aplaca...
¡Oh! yo tu gracia para mí no quiero!...

Pero liberta á Titu y á mi hermano;
Sálvalos; ¡ay! ninguno es delincuente!...
Yo sola soy culpada; no inhumano
Quieras regar por mí sangre inocente!

Cúmplase en mí la merecida pena,
Sólo en mí que la ley rompí sagrada!...—
Pero sordo á sus voces Tarco ordena
Vaya en infame cuerda aprisionada.

¿Qué al rapaz gavilán la queja importa
De la avecilla mísera? La enviste,
Acosa, atrapa, hiere y fiero corta
Entre las garras su existencia triste.

Al ver Amaru atada á la Escogida
Terribles frases de despecho lanza,
Y, el alma en vano en cólera encendida
A su insensible dios pide venganza.

El mustio labio de su amigo amante
El dolor ha sellado; más ni un punto
La mirada desvía del semblante
De su adorada, lánguido y difunto.

El gozo en la alma y en la faz la risa
Más amarga, más vil, más injuriosa,
—¡Vamos! exclama Tarco, ¡á prisa! á prisa!
Y tras una risada estrepitosa,

—Compañeros, añade, ved la huella
Que la herida leona nos trazó;
¡Ea! seguidla, que sino es por ella
Hoy pereciera con vosotros yo.

¡A Quito! á Quito! Allí de la ventura
Esperándome está la embriaguez:
Tras mi largo destierro y mi amargura
Venir debe la dicha alguna vez.

¡Vamos! á Quito!--Y al marchar entona
En voz descompasada la canción
Que el egoismo bárbaro pregona
Posesor de su infame corazón:

Con tal que yo pueda
Contento vivir,
El mal de los otros
¿Qué me importa á mí?

IX.

LAS PRISIONES.

No el tigre feroz más inquieto,
Si el hambre atormenta su entraña,
Espera la presa y regaña
Si pronto en sus garras no cae,
Cual Toa sus víctimas tristes
Espera y se inquieta aquel día;
La vuelta de Tarco tardía
Ceñuda é iracunda la trae.

Confusa la luz de la aurora
Apena el oriente doraba,
Y Toa á prestar ordenaba
Un hoyo, una pira, un cordel;
Mas quiere que todo dispuesto
De modo se encuentre que mire,
Muriendo cada uno en su puesto
Del otro el tormento cruel.

Ya el astro de los Incas padre

Su templo profanado hería
Con luz amortecida y fría
Su faz tras los Audes bajando á ocultar;
Y el mundo se envolvía en sombras,
Y de astros se adornaba el cielo,
Y en calma reposaba el suelo,
Cuando óyese al punto mil voces sonar.

El pueblo ese clamor levanta
Y el llanto de amargura riega:
¡La Virgen escogida llega
Temblosa, anhelante, bañada en sudor!
Tras ella, cabizbajo y triste,
Su amante desdichado viene,
Y Amaru que serena tiene
Erguida la frente, mostrando valor.

La flor de la hermosura, la vírgen hechicera,
Envidia de otras vírgenes, tesoro del *Acllay*,
Atrae las miradas de la ciudad entera
Y al corazón arrancan más insensible un ¡ay!

--Miradla, dicen todos, mirad como sus manos
Sujetas á la espalda con duro lazo van;
Mirad como en su rostro las huellas de inhumanos
Dolores ¡ay! grabadas profundamente están.

¿Por qué la abandonaron los genios tutelares
A la terrible saña del genio del dolor?
¿Por qué la arrancó el Cielo de sus queridos lares
Para negarla luego su divinal favor?

En vez de esas prisiones, su brazo ornar debían
El oro del *Lliquino*, (44) las conchas de Puná,
Su sien los *amancayes* que las florestas crían,
Su corazón el gozo que el amor santo dá.

En vez del triste llanto que de su rostro amengua
El esplendor, debía la risa en el vivir,
Y en vez de voces lúgubres, su tierna y pura lengua
Del Sol los sacros himnos debia repetir.

Más de sonrisa bárbara su face baña Toa,
Sujetas su furia las víctimas al ver;
Y Amaru, siempre altivo, sobre esa fiera boa
Fulmina su mirada que la hace estremecer.

El femenino pecho favor del Cielo implora,
Más de los hombres fuertes se indigna el corazón:
Otra injusticia impía de Toa vengadora,
Y ha de estallar acaso la hirviente indignación.

Pero ¡ay! ya la cobardía
De los pechos se apodera,

Y en más de una alma altanera
El entusiasmo se enfría.

¡Cuán pocas veces el fuego
Que enardece el pecho humano
No se torna en humo vano
Y se desvanece luego!

Pasión que dura á lo sumo
Lo que la arista inflamada,
Que en un breve instante es nada
La arista, el fuego y el humo.

Simpatía miserable
La del pueblo es con frecuencia:
Ya sonrie á la inocencia,
Ya al crímen abominable.

Quien te cree, multitud,
Cuando triunfas y te engries,
Cuando lamentas ó ríes
O haces gala de virtud.

De convencerse es capáz
De que en el viento hay firmeza,
Y que el mar en su braveza
Mantiene tersa su faz.

Las gentes á retirarse
Ya comienzan, y mañana
Verán á la atroz tirana
En sus víctimas cebarse;

Mañana á la plaza irán,
Y en contorno del suplicio
¡Cuántos, ay, el sacrificio
Sin conmoverse verán!

Como el sacrificio ven
Que el sacerdote piadoso
Hace á sus dias luminoso
Demandándole algún bien;

Y de Cisa y los guerreros
Escucharán los quejidos,
Cómo escuchan los balidos
De los míseros corderos.

Pero llorarán después
Los furores de la suerte,
Y do quiera en ruina y muerte
Han de tropezar sus piés!...

Verán la ciudad arder,
Verán al tirano huir;
Y á los cristianos venir
Luego también han de ver.

Y cada uno inclinará
Ante al hado la cabeza,
Y negra y honda tristeza
Entre escombros reinará.

Entretanto á prisiones diversas
Conducidas las víctimas son,
Do empeoran las guardias perversas
De los tres la cruel situación.

De la lengua soez desprendido
El atroz improperio va á herir
De la vírgen del Sol el oido
No avezado improperios á oir.

Pero Cisa la frente inclinada,
Su gemido hace sólo escuchar,
Esperando la luz destinada
Su terrible martirio á alumbrar.

La circundan tinieblas medrosas
Cual del seno de muerto volcán,
Y al contacto de gélidas losas
Enervando sus miembros se van.

Aire aspira que el húmedo suelo
Ha impregnado de extraño fetor;

Se han helado sus lágrimas; hielo
Es también de su frente el sudor.

Todo allí representa el imperio
De la muerte sombría y fatal,
Y al espíritu abruma el misterio
De otro mundo de bien ó de mal.

¡Triste vírgen, quien diera á tu alma
Ese bien ya seguro entrever!
Quizá en ella pudiera la calma
Con la excelsa visión renacer!

Pero teme: su esposo irritado
Cuyo amor bendecido ultrajó,
¿Podrá abrirle su cielo anhelado
Do alma indigna jamás penetró?

¡Ay! de Titu el amor que en la tierra
Debió hacerle dichoso el vivir,
Hoy aun los cielos le cierra,
Porque en él va embebida á morir!

Mas ¡oh Sol! ¿es culpada la amante
A quien niegas tu mismo el poder
De vencerse, de ser inconstante,
De olvidar, de no amar, de no arder?...

¡Ah, qué ideas, qué triste delirio,
Qué recuerdos del tiempo que fué
Anticipan de Cisa el martirio
Que incesante acercándose ve!

¿Hubo nunca belleza en el mundo
En más honda y mortal lasitud?
¿Hubo nunca dolor más profundo
Que oprimiera inocencia y virtud?

Titu á par entregado á sus penas
En su pecho no encuentra valor.
¡Ay! no siente sus duras cadenas
Ni le causa la muerte pavor;

¡Más la vírgen! ¡la casta Escogida,
A quien supo constante adorar,
Va á perder inocente la vida!...
¡Oh! no puede este mal soportar!...

Y quisiera mirarla, quisiera
Escuchar su angustioso gemir,
Y decirla con voz lastimera
Cuanto siente un amante al morir:

Un amante que muere en castigo
De tener corazón siempre fiel,
¡Ay! que muere y arrastra consigo
A su amada á un suplicio cruel!

Pero Cisa está lejos, ¡oh dura,
Fiera muerte, en herirle tenaz!
¡Qué le niega una leve dulzura!
¡Que le niega un consuelo fugaz!

Hasta Amaru descubre en su frente
De su pecho indignado el pesar,
Y entre la ira del ánimo ardiente
Su despecho se deja notar.

Mil recuerdos su mente quemando
Pasan, vuelan, cual rápida luz
Que las sombras nocturnas rasgando
Torna al seno de negro capuz.

Ora cree mirar la esperanza
Cual destello lejano esplender;
Ora piensa en su justa venganza,
Y sus hierros quisiera romper.

Mas sujeto á un gran poste semeja
Un furioso y tremendo león,
Que rabiando impotente se queja
Y estremece la oscura prisión.

X

LA AMANTE FIEL

El impío delator
Que con otro centinela
Custodiando á Amaru vela,
Que de la aurora el albor
No tarde en lucir anhela;

Pues el guardar le fastidia
A tan bravo prisionero,
Y á más con el sueño lidia,
Y á los que duermen envidia
Aqueste bien lisonjero.

Pero de las cuatro la una
Parte sólo ha recorrido
La negra noche, y la luna
Bella no bien ha salido
De su nebulosa cuna;

Y ya bastante menguada

La linda faz argentada,
Púdica vírgen parece
Que la suya algo tapada
Y de perfil nos ofrece.

Glauca que estrechó á su seno
Con loco amor á su amado,
Que al verle de gozo lleno
Sintió su pecho sereno,
Antes de llanto inundado;

Al ausentársele ahora
Avida un beso le imprime
Y de nuevo llora y gime...
Mas vendrá cuando la aurora
Bella y gaya se aproxime.

Tarco que siempre la engaña
Con su fementido amor,
La ve con cierto dolor,
Y su alma toda se baña
En un secreto pavor.

Mas no bien Glauca se ausenta
Mira hacia él otra mujer
La breve planta mover,
Cual sombra que avanza lenta,
Visión que hace estremecer,

El centinela dudoso
La mira, y cobarde Tarco
Pónese en pié, temeroso,
Toma una flecha y al arco
Aplícala presuroso.

Se acerca al fin y se aclara
La misteriosa visión,
Y--¿Quién eres? Habla y para—
Dice Tarco, y se la encara
Aún con cierta turbación.

En dulcísima voz ella
Y en acento tembloroso,
—Soy, le dice, una doncella
A quien arrastra su estrella
A tus piés, jóven hermoso:

¡Yo te amo!--Tarco á esta voz
Fija en ella la mirada;
Quédase su alma extasiada;
Amor hiérele veloz,
Y exclama:--¡Ven, adorada!--

En el instante se trueca
El miedo en pasión ardiente,
Que en su pecho inconsecuente
Prende como fuego en seca
Paja y le abrasa repente.

Bella es la jóven, graciosa
Como blanca y tierna rosa
Por la clara luna herida
Y por la ala mecida
De aura dulce y amorosa.

Bella es la jóven, divina;
Su lánguida faz brillante
Que el pálido astro ilumina,
La hace aún más peregrina
A los ojos de su amante.

Bella es la jóven; parece
Que es el genio del consuelo
Que *Pachacámac* del cielo
Envía á quien desfallece
Sumido en profundo duelo.

Y que á esa prisión oscura
Donde gime la inocencia
Va con su grata presencia
A mitigar la amargura
De tan doliente existencia.

Tarco se deja hácia ella
Arrastrar de torpe intento;
Abre los brazos violento;
Más los esquiva la bella
Y le dice en blando acento:

—Yo no tu amor pagaré
Si un testigo aquí nos vé,
Y ni antes que por favor
Bebas el dulce licor
Que para tí preparé.—

Tarco ordena al centinela
Al punto de allí alejarse:
Quedar solo quiere en vela,
Y el licor beber anhela
Y á la torpeza entregarse.

Lo apura; crece el deseo;
Más su efecto hace el narcótico;
Siente angustioso mareo;
Quiere hablar, pero su erótico
Acento es ya balbuceo.

El cuerpo se le amortece,
Siente faltarle vigor,
La vista se le oscurece,
Al fin olvida su amor,
Tiembla, cae, desfallece...

La hermosa desconocida
Entra en tanto en la prisión,
Agil, resuelta, atrevida,
Cual mujer en quien la vida
Abunda y el corazón.

Un dulce rayo de luna,
Aunque pálido y escaso,
Disminuye, por fortuna,
La lobreguez importuna,
Y guía firme su paso.

Llégase á Amaru callada,
Saca un cortante puñal,
Y con mano acelerada
Rompe la cuerda fatal
A sus brazos ajustada.

Con su diestra blanda y fina
La diestra del jóven toma,
Y hácia fuera le encamina;
Pero prudente examina
Si aquel centinela asoma.

Todo en silencio reposa;
Amaru apenas respira,
Y mudo sigue á la hermosa,
Y cuanto asombrado mira
Juzga visión engañosa:

¡No cree en la realidad!
¡Le rodea la ilusión!
¡Es un sueño esa beldad!
¡Mentira su libertad,
Cierta sólo su prisión!...

Pero marcha precedido
Por ese incógnito ser...
Su espíritu conmovido
Y de su pecho el latido
Le fuerzan en sí á volver.

Ve la luna, mira el cielo,
Ve do quier la sombra vaga,
Siente que el aura le halaga,
Siente hollar un frío suelo,
Siempre tras de aquella maga.

Pero aún juzga que vagando
Va por ignotos desiertos,
Y que el genio de los muertos
Le va á la *tola* arrastrando
Con pasos breves é inciertos.

Y la mano palpa fría
De su fantástico guía,
Y ora teme, y ora duda,
Quiere hablar y desconfía,
Y en silencio tiembla y suda.

Ella al fin vuelve la faz
Y con voz trémula dice:
—Hijo de Humán, se felice,
Ponte en salvo, vive en paz
Y grato al Cielo bendice.

Yo voy á tentar la suerte,
Y si aún propicia me vé,
A Titu y Cisa daré
La libertad, ó la muerte,
Si es adversa, sufriré.—

Como el que en honda mazmorra
Tuvo algún confuso sueño
Entre infeliz y halagüeño,
Y al salir de la modorra,
Ya libre, ve el sol risueño,

Así ve Amaru á la bella,
Y al escuchar su voz grata
Absorto exclama:—¡Ella! ¡ella!...
¡Gualda mi prisión desata!...
¡Oh generosa doncella!...

Y un instante inmoble queda
Abismado en su hermosura,
Y luego en voz que remeda
La del aura en la arboleda,
A decirla se apresura:

—¡Gualda! ¿por qué te moviste
Tanto peligro á arrostrar?
¿Cómo del *Acllay* saliste?
De la guardia di ¿qué hiciste?
¿Quién te pudo á mi guiar?

¡Gualda! tu acción temeraria
Amor tal vez te inspiró
Y tus pasos dirigió,
Y de mi suerte nefaria
La ira tu mano apagó.—

La hermosa jóven suspira
Y con ternura le mira;
Pero tímida y modesta
De él la mirada retira
Y con sencillez contesta:

—Tantas degracias oí,
Se animó mi corazón,
Como todo en confusión
Está, del *Acllay* salí
Y he llegado á tu prisión.

Luego á Tarco embriagué
Con un narcótico sumo,
Y á do estabas penetré.
Lo demás no te diré:
Que nada ignoras presumo.

Hijo de Humán, huye; el Cielo,
Añade en voz conmovida,
Conserva acaso tu vida
Para ser dulce consuelo
De tu amigo y la Escogida;

¡Y también... también de mí!...
¡Oh cuán feliz yo sería
Si pudiese en compañía
De Titu y Cisa y de tí,
Amaru, verme algún día!...

Más huye presto, huye. ¡Adios!
--¡Yo separarme!... ¡dejarte!...
¡Gualda, jamás!--¡Parte! parte!
Si nos miran á los dos,
Amaru, van á tomarte.--

--¡Fugarme sin que conmigo
Te fugues, y fugue Cisa,
Y Titu, mi caro amigo!
Así la vida maldigo...
--¡Amaru, sálvate aprisa!

—Mira, Gualda, ni aún el ave (45)
De la montaña de hielo
Deja á su hembra y tiende el vuelo:
Arrostrar junto á ella sabe
Hasta las iras del cielo.—

Esta amorosa porfía
Interrumpe un sordo son
De pasos y vocería
Que inquieta la fantasía,
Que conturba el corazón.

Y ven hácia las prisiones
Muchos guerreros marchar
Con inflamados hachones,
Y oyen una voz sonar
Que hiela los corazones:

—¡Id, matadlos! la voz fué,
Y es de mujer el acento...
Y cien hombres al momento
Se destacan, y se ve
Doblar la guardia otros ciento.

—¡A la horca el guardia! resuena
De nuevo esa voz. ¡Infame!
Que sobre él caiga la pena:
No hay más perdón, aunque llena
De dolor su amante clame.—

Y un grupo de ruda gente
Entre risadas y gritos
A Tarco arrastra. En su frente
Pálida lleva patente
La marca de los precitos.

Llena el alma de pesar
Amaru entonces y Gualda
Fúganse, y al voltear
A aquellos sitios la espalda,
Oyéseles exclamar:

—¡Cielo santo! tu asistencia
Hoy sumisos imploramos:
Salvar ¡oh Dios! la inocencia
O morir, en tu presencia
Y por tu nombre juramos!—

Y ambos tras una colina
Desparecen, cual neblina
Nocturna que el campo exhala,
Y la luna la ilumina
Y empuja del viento el ala.

XI

ULTIMOS CONFLICTOS

El astro dios de resplandor vestido
Ya corona de oriente la montaña:
Cual nunca hermoso, puro y encendido
De Caran la ciudad en luces baña;
Mas encuentra que el pueblo, pavorido
Al ver de Toa la funesta saña,
Le niega infiel el sacrificio diurno,
Y su lumbre contempla taciturno.

De *Uiracocha* en tanto se repite
En vagas voces el temido nombre,
Y aún hay quien diga, jure y acredite
Que ha visto cerca ese fantasma ú hombre;
Y esta nueva que al punto se trasmite
De labio en labio, sin que acaso asombre
Mucho á quien la inventó, suena al oido
Del tirano feroz y maldecido.

Bufando al fin en su despecho, ordena
Dar la ciudad al fuego en el instante

Y la huida emprender; pero refrena
La precipitación mientras su amante
Esposa acabe su infernal faena,
Y su sed de venganza extravagante
Atenúe al mirar el sacrificio
De Cisa y Titu en el cruel suplicio.

Rumor de llanto y quejas dolorosas
Luego se escucha á la prisión cercano:
Ayes que dan las tristes y piadosas
Gentes, al ver el término inhumano
Que aguarda á la inocencia; las esposas,
Madres é hijas al astro soberano
Claman postradas, y en inútil ira
Se inflama el hombre y mísero suspira.

Y á par se escucha de confuso acento
La ronca vibración, como el graznido
Que el cárabo en la noche lanza al viento
Para engañar al tordo inadvertido:
De un anciano es la voz, que en detrimento
De la inocencia y la virtud:—Cumplido
Del Cielo vais á ver, al pueblo esclama,
El castigo que envía á quien le infama.—

Y este anciano es de Toa el padre impío
Cómplice vil de su venganza injusta;
A su lado ella va, cuyo albedrío

Es la ley sola que cumplir le gusta.
Tras ellos corre el popular gentío
Que porfía, atropella, pisa, ajusta,
Y un grupo á otro, y este á otro impele,
Cual la onda á la onda en el océano suele.

Luego al centro de ruda soldadesca,
Que á Rumiñahui y á su esposa jura
Infame lealtad, y con burlesca
Risa virtud ultraja y hermosura,
Marcha Cisa infeliz, flor tierna y fresca
De dulce cáliz y de esencia pura,
Que en la edad del amor y la esperanza
Una mano cruel del tallo tranza!

Hija del sabio Amunta, tu naciste
A dar al dulce amor abrigo y vida
En tu sensible corazón, y ¡ay, triste!
¡Vas en profunda huesa á ser hundida!
¿Es este el nupcial lecho que entreviste
En tu grata ilusión? ¿así perdida
La dicha ves que un tiempo imaginabas
Que segura en tus brazos enlazabas?...

¡Cisa infeliz! grabada vá en su face
La huella del dolor más percuciente,
Que en desgarrarle el corazón se place,
¡El corazón ternísimo, inocente!

El cabello, deshecho el pulcro enlace,
Cae á velar su pudorosa frente,
Y su párpado en llanto humedecido
Va, cual marchito pétalo, abatido.

Su pecho apenas el ambiente aspira;
Muda su lengua está; frio, temblante,
Lacio su cuerpo del pavor se mira,
Trémulo el pié y el paso vacilante.
La vista alzando, algunas veces gira
Atrás el mústio y pálido semblante;
Pero le vuelve á la actitud primera
Cual si á un estraño impulso obedeciera.

¡Quisiera en este instante al golpe fuerte
Del dolor sucumbir! ¡quisiera al seno
Del sepulcro bajar! pero la suerte,
—«Aún á penar, la dice, te condeno:
Aguarda, aguarda y sufré, que la muerte
Es para tí la dicha, y aún no estreno
En tí mi furia toda: aún en el fondo
De tu cáliz fatal ponzoña escondo.»

¡Ay! sus ojos hallaron la mirada
De su amante infeliz que vá trás ella!...
De Titu está la suerte encadenada
A la de Cisa miserable estrella;
Su existencia, por esto, vá forzada

En pos corriendo de la infausta huella
Que en este suelo estampa la Escogida
En su postrera y eternal partida.

Titu de sí se olvida: sus cadenas
Lazos débiles son; á los rumores
Que alza en su torno el pueblo, presta apenas
Breve atención; pero ¡ay! de sus amores
El ídolo allí mira, cuyas penas,
Cuyos hondos, vivísimos dolores
Le causan tan cruel y atroz tormento,
Que el corazón le arrancan de su asiento!

Su corazón, y su alma y su sentido
Con la Escogida van. ¡Oh cuánto, cuánto
Por salvarla daría!... Su gemido
Muestra sus rudas ánsias y quebranto.
¡Y no hay remedio! ¡y todo está perdido!
Y al suplicio caminan entretanto
Ambos amantes, ¡ay! de la esperanza
Viendo espirar la luz en lontananza!

¿Y Amaru? ¡el noble Amaru! Al trance duro
Presente no se encuentra.... ¿Acaso esconde
De su cárcel aún el doble muro
Su terrible dolor?... ¡Oh! ¿dónde, dónde
Está que á Cisa en su postremo apuro
Abandona y á Titu, y no responde

A su mortal gemir? El pensamiento
Búscale, en vano afán, por un momento.

Ya se descubre, en fin, á corto trecho
Los infames suplicios preparados,
Y nueva herida en su angustiado pecho
Sienten rasgarse entrambos malhadados:
De un hombre miran en dogal estrecho
Los restos oscilar mústios y helados.
¡Amaru acaso! ¡Amaru!... Mas en junta
Se vé también una mujer difunta!...

Y nadie en torno de esos cuerpos gime;
¡Oh dolorosa incertidumbre oscura
Que ofuscando la mente el pecho oprime!...
Mas con trémula planta mal segura,
Con rostro cadavérico en que exprime
Sus tormentos el alma y su amargura,
De la ancha huesa á la sombría boca
Del Sol divino la Escogida toca.

Al suplicio también su amante llega,
Y al ser atado en la elevada pira,
Pálido el lábio y con temblor despliega,
Vuelve á la vírgen el mirar, suspira,
El llanto brota y las pupilas ciega,
Y—¡Cisa! ¡ídolo mío! ¡ay! mira, mira,
Exclama al fin, á dónde te condujo
De mi fatal amor el triste influjo!

Que me robe la vida el hado impío
A mí, tan sólo á mí, no sentiría;
Mas que á tí te condene, ¡ay, amor mío!
A morir cual la infiel que contraría
Del astro soberano el albedrío,
¡Oh! no puede sufrir el alma mía!
¡Y he de ver tus tormentos y tu muerte
Sin poder contrastar tu cruda suerte!

¡Oh Sol, padre del Inca! ¿así abandonas
A fin horrible y negro vituperio
A tu Cisa infeliz? ¿así coronas
Sus virtudes; su amor, su cautiverio?
Tú, gran deidad, que de poder blasonas
Y con un soplo abates un imperio,
¿Dejas triunfar á Toa, é indiferente
Ves morir á tu vírgen inocente?

Hija de Humán, paloma abandonada
Entre las garras del cruel milano,
Piensa al menos que mueres adorada
Cuál no lo ha sido nunca ser humano.
Único bien de mi alma destrozada,
Víctima tierna de mi amor insano,
¡Ah! si yo fuese Dios no perecieras,
É infinita y feliz también vivieras!—

De los ojos de Cisa desbordados
Corren al fin dos nítidos raudales;

Y á par entre sollozos ahogados,
De crudas ansias y dolor señales,
Están de amargas lágrimas bañados
Cuantos á la ternura son leales;
¡Sólo de Toa el pecho empedernido
Es insensible al llanto y al gemido!

Y entre los ayes que el gentío exhala,
De poco en poco á la profunda huesa
Temblorosa la vírgen se resbala,
Aún por las manos á la espalda presa:
Y al descender por la pendiente escala,
Fijos los ojos en su Titu, expresa
Así en débiles, lúgubres acentos
Sus postreros y tristes sentimientos:

—¡Oh tierno, fiel y desdichado amante!
¿En quién pusiste tu inocente anhelo?
¡Ay! en mí, sólo en mi que á cada instante
Te atraje la ira del terrible Cielo!...
¡Hasta mirar el término infamante
De tu amor, de tu vida!... ¡Oh desconsuelo!...
¡Gran *Pachacama*, una mirada tuya
El dolor de mi Titu disminuya!...

¡*Pachacama*, favor!... ¡Oh Sol piadoso!...
¡Sostenme!...—Dice, y sus acentos mueren
En su garganta seca. Un angustioso

Silencio un rato reina; sólo hieren
El viento que discurre perezoso
Breves y amargas quejas que profieren
Ignotos labios. Una activa tea,
También sonando, pálida chispea.

Más repente se escucha un gran estruendo
De carreras, de voces, de alaridos,
Y ya en los pechos de dolor transidos
Se suceden el miedo y confusión;
Y hácia do el ruido suena, conturbada
La faz el pueblo tumultuoso gira,
Y en las faldas advierte del *Yahuira*
Entre nubes de polvo un batallón.

Y el caracol resuena de los indios,
Y se oye el eco del tambor de guerra,
Y aún se cree que treme el alta sierra
Del fogoso bridón al relinchar.
—*¡Uiracocha!* se grita, *¡Uiracocha!*
¡Los cristianos! ¡se acercan los cristianos!—
Y cual turba de necios ó de insanos
Mírase al pueblo no correr, volar:

Huye desatentado: acá una madre,
Con el hijo en los brazos cae y rueda;
Un pobre anciano allá maltrecho queda,
Que hollado fué por el brutal tropel;

Aquí llora un chicuelo abandonado
Sin que acuda en su ausilio alma piadosa,
Y aún jóven hay que á su querida hermosa
En tan terrible trance olvida infiel.

El fuerte al débil, al anciano el mozo
Empujan, botan, pisan: ni de grave
Matrona, ni de vírgen allí cabe
Los nobles fueros respetados ver.
A nadie importa que perezcan otros
Con tal que salve él sólo su existencia,
Pues el pánico infunde la indolencia
Y puede bruto al racional volver.

Toa, su padre y Rumiñahui juntos
Huyen, llenos de espanto los primeros
Y los siguen al punto sus guerreros,
Aún sin volver la pavorida faz;
Empero Toa, que en su pecho aduna
El miedo infame y la cruel venganza,
Sobre un verdugo rápida se lanza
Y de una tea se apodera audaz;

Y como furia que despide llamas
Por boca y ojos, y en la frente muestra,
Alzada al ver la omnipotente diestra,
De turbación señal y de terror,
Tal en su miedo y su brutal venganza

A la pira de Titu el fuego arrima,
Y de Cisa á la hoya se aproxima
Y la arroja la tierra del redor.

—¡Morid! grita ¡morid! ¡saciad la saña
Que en mi pecho encendisteis! ¡Vil soldado!
¡Vírgen infiel que al Sol has infamado!
Bajo su ira y la mía pereced!
Dice, y se lanza en impetuosa fuga
Como cobarde perseguida cierva
Que de diente del galgo se preserva
De sus rápidos saltos á merced.

Cébase en tanto la vorace llama
En la de secas leñas alta pira,
Y el humo espeso en espirales gira
En la etérea región al revolar;
Y Titu siente que el calor le abrasa
De esa hoguera infernal, y de humo y fuego
Densa cortina se interpone luego
Entre él y Cisa, próxima á espirar.

El forcegea, y se retuerce y gime
Como en el ara el ciervo de la ofrenda
Atado, herido ya: la muerte horrenda
Palpando va su infausto corazón.
Cisa se siente en paroxismo hundirse:
Túrbanse sus ideas; desfallece

A sus ojos la luz; desaparece
Todo en extraña y vaga confusión.

Más ya llega la tropa que, asomada
A lo lejos, causó cual por encanto
El desorden total y rudo espanto,
É hizo la huida á todos emprender;
Vuela á su frente un ínclito guerrero
En cuya faz la audacia va pintada,
Y tierna, hermosa, varonil y osada
Corre también con él una mujer.

Sube el primero á la inflamada pira,
Rompe de un tajo los infames lazos
Que atan á Titu, y álzale en sus brazos
Y torna al suelo rápido á saltar.
La bella en tanto, que ha saltado á la hoya,
Levanta á la Escogida, la desata,
Y en hombros hácia fuera la arrebata,
Aunque apenas la puede sustentar:

Tal la leona, cuando el fuego se alza
Que en la selva prendió la impía mano
De astuto cazador, y ya cercano
A su lecho de musgo ve cundir,
Toma en la boca al tierno cachorrillo,
Huye, le salva, y, lejos ya, respira,
Y dulce y amorosa al hijo mira,
Y siente en gozo el corazón bullir.

Pero ¡ay! la vírgen sin sentido yace,
Y polvo vil empaña su hermosura!
¡Flor arrojada entre la tierra impura
Por la mano de imbecil labrador!...
Mas ya en la espalda de un guerrero puesta,
Fuga veloz emprenden todos juntos,
Y al encontrar al paso dos difuntos,
De asombro lleno, exclama el salvador:

—¡Mirad! mirad como castiga el Cielo
Al hombre impío, al delator malvado!
Y la bella, que siempre va á su lado,
—¡Amaru! Amaru! exclama, ¡esa mujer!...
—Esa mujer ¡oh Gualda! la interrumpe
El hijo del *Amunta*, ha perecido
Porque de lo alto el rayo la habrá herido,
¿Y puede el Cielo una injusticia hacer?

Sí ¡miradle! ¡Tarco es! Del hondo sueño
Recordó en la horca para Amaru alzada,
Y en cruel agonía prolongada
Pereciendo, sus crímenes pagó.
Llegó su Glauca tarde ya: furiosa
En su dolor violento, delirante,
Con un puñal hirió su pecho amante,
Y de Tarco á los piés su alma exhaló

XII

FINAL

Por cien diversas partes la llama destructora
Levántase en el seno de la infeliz ciudad,
Como si la caterva de genios malhechora
Que en las cavernas lóbregas de los infiernos mora
Cebar quisiese en ella su gran ferocidad.

El viento con la lumbre se mezcla y juguetea
Madejas esparciendo igníferas do quier:
Aqui á su soplo el fuego más vívido chispea,
Allí sobre las brasas se arrastra y aletea,
O rompe y arrebata la llama á su placer.

Enmarañadas selvas el humo acá figura,
Allá columnas forma de colosal grandor;
Mas todo al fin confúndese con singular presura,
Y es un abismo Quito de horror, cuya pintura
Jamás hacer podrían ni vate ni pintor.

El humo cubre el cielo, y entre su oscuro manto
Mil globos y mil lenguas y de figuras mil

Se chocan y se cruzan del uno al otro canto
De la ciudad, y siembran el miedo y es espanto
En el humano espíritu más grande y varonil.

Resuena el maderamen al devorarlo el fuego,
Y saltan los sillares con estallido atroz,
Y casas, y palacios y templos vénse luego
De las inquietas llamas al incesante fuego
Caer y consumirse con ímpetu veloz.

Y vénse entre las llamas y el humo confundidos,
Hirsutos los cabellos, atónita la faz,
Niños, mujeres y hombres correr dando alaridos,
O míseros que exhalan sus últimos gemidos,
O pálidos cadáveres en temerosa faz.

Amaru y la doncella, su hermosa y fiel amante,
Juraron dar á Cisa y á Titu libertad,
Y el Rey de las alturas, amparador constante
De la inocencia víctima del vicio y la maldad,

Tendióles compasivo la diestra poderosa,
A su alma dió esperanza, valor al corazón,
Y en Toa y Rumiñahui y en su caterva odiosa
Sembró cerval espanto, causó gran confusión.

Parientes numerosos y amigos rodearon
Al hijo del *Amunta* y á Gualda, y con valor

Ardiente sobre Qüito veloces se lanzaron
Do la impía muerte alzaba su cetro destructor.

Huyeron los tiranos cual buitres que abandonan
Cobardes en el campo la moribunda res,
Cuando los níveos témpanos que la sierra coronan
Rodando con estrépido se abaten á sus piés.

Huyeron: los valientes cumplieron ya sus votos
Sin que batiesen armas en peligrosa lid:
Mirad á Titu y Cisa ya salvos, ved ya rotos
Los hierros de la muerte con ingenioso ardid.

Miradlos: ya sentados en la vecina altura
Las fuerzas agotadas intentan recobrar;
Pero ¡ay! se llena su alma de insólita amargura
La patria de los *Shiris* ardiendo al contemplar!

Así desde los árboles gigantes, á lo lejos,
Las aves el incendio contemplan con dolor
Que avanza devorando sus caros bosques viejos,
Amparo de sus nidos, testigos de su amor.

La vírgen entretanto, que yace reclinada
De Gualda en el regazo y aún en mortal quietud,
Cual cándida azucena marchita y doblegada
Sobre purpúrea rosa y en lánguida actitud,

Merced á los cariños que Amáru la prodiga,
Y al fuego de los ósculos de Titu su amador,

Y al dulce y tierno halago de su constante amiga,
A dar principia muestra del fin de su sopor.

Los párpados levanta, la vista en torno envía,
Y como quien de un sueño dispiértase fatal
Y escucha de repente de una arpa la armonía
Y un canto que presume ser canto celestial;

Así la hermosa vírgen acentos de dulzura
Escucha en torno suyo mil veces repetir,
Y acaso en las mansiones del Cielo se figura
De un coro de Escogidas la grata voz oir.

Más todos prosiguieron la fuga, y al oriente
El rostro apenas torna del padre de la luz,
A una campiña llegan do la cristiana gente
Ostenta sus pendones y arbola su gran cruz.

¡Qué cuadro ante sus ojos se muestra y desarrolla!
¡Qué mundo, qué guerreros, qué extraña confusión!
En sensaciones varias su espíritu se embrolla;
Incrédulo, pasmado se agita el corazón.

Ayer ya de la muerte pisaban las regiones
Los míseros amantes, y hoy sorprendidos ven
Bajo la grata sombra de extraños pabellones
Brotar serena y pura la fuente de su bien.

Con voces que ablandaran el corazón ferino
La historia de los prófugos Amaru relató:
La crueldad reciente de su fatal destino
Con elocuencia insólita sus labios animó.

Mil ojos empapados en llanto tierno y puro
Se fijan de la vírgen en la hechicera faz,
Y acaso en algún pecho sencillo y mal seguro
Amor su llama esconde fatídica y voraz.

Más luego un hombre se alza de oscura y luenga veste
Y cuyo dulce rostro revela su virtud:
Él es de quien las almas de la cristiana hueste
Consuelos mil reciben y celestial salud:

Es Niza, el sabio Niza, ministro del Eterno,
De cuya lengua brotan raudales de verdad,
Y, abierto siempre al hombre su pecho pío y tierno,
Le abriga y le defiende con santa caridad.

Como el albar suave precede al claro día,
Así del gran Las Casas es Niza precursor;
Si la conquista monstruos al Nuevo Mundo envía,
La religión sus ángeles de luz, de paz y amor.

Los prófugos tributan profunda reverencia
Al noble *Uillac-umá* (46) de la cristiana grey
Él habla, y en sus almas procura la creencia
Sembrar de la evangélica maravillosa ley;

Él habla y en sus pechos renace la esperanza
De ser por siempre dueños de su inocente amor:
Con los divinos rayos que la verdad les lanza
Les vuelve la ventura que les robó el error.

Pero ¡ah! jamás las sombras en que las almas nacen
Y en el camino reinan por do avanzando van,
Como las de la noche tan presto se deshacen
Cuando las vivas luces del sol en ellas dan.

¡Cuán duro es de los dioses paternos despedirse!
¡Volcar su viejas aras, cuán dura cosa es!
¡Cuán duro á la enseñanza de extraños avenirse,
Postrarse de extrangeras deidades á los piés!

De esos quiteños jóvenes, del Sol adoradores,
Trabóse en la conciencia porfiado batallar;
Que las antiguas sombras en ella á los fulgores
De Cristo se empeñaban el triunfo en disputar.

Más ¿quien del sacerdote vencido no se siente
Que la verdad austera ministra envuelta en miel?
¿Qué del error los lazos desata con prudente
Manera, y hácia Cristo conduce al alma infiel?

¿Qué en tanto que entre abrojos va en pos de su des-
Llevando alegre al hombro su ponderosa cruz, tino,
Para las almas débiles limpiando va el camino
Por miedo de que caiga su tímida virtud?

¿Qué el oro menosprecia que no adora la codicia,
Y á Dios rendir los pueblos es su única ambición,
En lazos de fe santa, de amor y de justicia
Unidos, que es la sola durable y grata unión?

¿Qué si ardorosas frases vibra su docto labio,
A la razón centellas y al oido placer,
Su vida es elocuente más que el discurso sabio,
Y á quienes la contemplan magnético poder?

Este es el sacerdote que sigue el estandarte
Que del *shiri* en la cuna levanta el español,
Que de tus templos de oro consigue desterrarte
Y de los indios pechos por siempre, ¡oh claro Sol!

Los hijos del Pichincha de aquel poder sublime
Que sin cruel violencia siempre invencible fué,
Al fin el santo impulso sienten que los redime
Del hado que los postra de la mentira al pié.

—¡Oh caros hijos mios! el sacerdote dice,
Dejad vuestras tinieblas y hácia la luz venid;
El Dios de los cristianos os ama y os bendice:
Los bienes que os envía de lo alto recibid.

El sol esplendoroso, la luna dulce y casta
Y las lumbreras todas que en el espacio veis,
Los gigantescos montes, la mar rugiente y vasta,
Cuanto, infelices ciegos, por númenes teneis,

El Dios que yo os anuncio, con poderosa diestra.
Creó para su gloria, para deidades, nó;
Con su divino aliento tambien el alma nuestra,
Para la eterna dicha, purísima creó.

El ángel que al averno rodó por su soberbia,
Luzbel para nosotros y para vos *Supay*.
Dañó de Dios la obra, y errores y protervia
De entonces acá, y desgracias por todas partes hay.

Perdiéronse las almas; pero el amor divino,
Inmenso más que el cielo y ardiente más que el sol,
Al mundo, á restaurarlas, desde su imperio vino,
Y él es á todas ellas benéfico crisol.

En él purificadas, les es restituida
La celestial herencia que les robó Luzbel.
Aquel amor es Cristo.—Su muerte es nuestra vida,
Su muerte en afrentosa crucifixión cruel.

Su triunfo es triunfo nuestro, su gloria, gloria nuestra,
Su reino es para todos: hijos del sol, venid.
De Cristo el sacerdote luz y camino os muestra;
Su voz es voz del cielo;—confiados acudid.

No os traigo, no, cadenas, ni el hambre me devora
De la mundana dicha, del oro corruptor:
Las almas vuestras dadme, y al Dios á quien adora
La mía llevárelas en brazos de mi amor.

No vengo, no, hijos míos, vuestro sencillo pecho
De afectos y esperanzas cruel á desnudar,
Y erial desapacible por mis razones hecho
En él ver levantarse las nieblas del pesar;

Son puros los amores que noble y fiel abriga,
Son justos los deseos en que os sentis arder:
Mi voz los legitime, mi diestra los bendiga
Al pié del ara santa del increado SER.

¡Oh vírgenes! los votos que hiciesteis inocentes
A un falso dios, por nulos, por írritos los doy.
Nada temais, y alegres doblad las castas frentes
Al sacramento augusto que á ministraros voy.

¡Oh jóvenes heróicos! en tierra la rodilla,
Dad gracias á los Cielos y bendecid la cruz.
Esposos de estos ángeles, para vosotros brilla
De paz y de ventura la amable y dulce luz.»

Pasaron seis auroras; la sétima el divino
Rocío, de los neófitos lavar las almas ve,
Que van de otra existencia siguiendo ya el camino
Por el amor guiados y la ardorosa fé.

Y de los pátrios númenes los ritos abjurados,
Hijos de la cristiana sublime religión

Ya Titu y la Escogida, y Amaru y Gualda aunados
Por el amor más puro y el himeneo son.

El sabio Niza dáles la bendición eterna;
Un árbol es el templo y una ancha piedra altar,
El sol la única antorcha que brilla en esta tierna
Escena que hace lágrimas dulcísimas regar.

Mirad hácia el oriente, mirad esa montaña
Cuyos rotos picachos en este instante baña
La luz matutinal:
Allí, cuando los cielos enluta la tormenta,
Se ven alzarse espectros de face macilenta,
De talla colosal;

Allí, de la alta noche rompiendo el misterioso
Silencio, un eco suena que sordo y cavernoso
El suelo hace tremer;
Y vénse fátuos fuegos que entre los riscos vuelan,
Y el existir de ignoto sarcófago revelan
Con su siniestro arder.

Allá fué Rumiñahui con su feroz esposa
Y el viejo Cushipata, su infame y tenebrosa
Historia á sepultar;
Y allí grandes riquezas, de la ciudad despojos,
Entre quebradas peñas, acaso, y entre abrojos
Pudieron ocultar.

Sentados en la cima de una pelada roca,
Con espantados ojos y enmudecida boca,
Y opreso el corazón,
Allá, medio velada por cándidos vapores
Ver Quito aún podían, vaso de hermosas flores...
¡Marchitas de aflicción!

Y llanto de despecho, cual quemadora lava,
Entonces sus megillas escuálidas bañaba
Entre ronco gemir.
¿Si llorarán los tigres? Si lloran, por ventura,
Será como esos mónstruos de racional figura
Sobre ellos al sentir.

Pesar la ruda mano de adversidad terrible,
Y al ver por todas partes borrarse lo posible
De dicha y de placer,
Y al escuchar las voces de la cruel conciencia:
«¡Jamás podrán dolores de crímenes herencia
Consuelo merecer!»

La edad y los pesares, del hambre los tormentos,
En breve á Cushipata robaron los momentos
De su existencia vil.
De un vértigo de rábia un día Toa presa,
Lanzándose á un abismo, dió en sus entrañas huesa
A su beldad gentil.

Maldito Rumiñahui como Caín, y errante,
Feroz remordimiento, sin tregua de un instante,
Do quiera le acosó;
Mas vida tan horrible de un tribunal el brazo
Cambió muy presto... ¡El bárbaro desde un infame lazo
Al báratro rodó!

FIN

MELODÍAS INDÍGENAS

A mi querido Tío
el Doctor Don Nicolás Martínez

J. León Mera

A CORI DESDEÑOSA

Linda doncella, Cori adorada,
El sol ardiente la tez morena
Te dió, y la luna la luz serena
De tu mirar;
Tiñó tus crenchas noche atezada,
Pintó tus lábios la rósea aurora,
Te dió su talle la cimbradora
Palma real;

Las tiernas aves de la montaña
Te han enseñado gratos cantares,
Gracias te han dado los tutelares
Génios del bien;
Miel en tu lengua la dulce caña
Vertió, y la brisa que entre las flores
Vuela á tu aliento dió los olores
De algún clavel;

Pero ¡ay! los Andes cuando naciste
Alma de crudo hielo te han dado,
Y de sus rocas ¡ay! han labrado

Tu corazón;
Pues no te inflamas de ver al triste
Yupanqui en llanto por tí deshecho,
Ni su gemido mueve tu pecho
Que nunca amó.

TUS OJOS

Hoy en la alta cumbre te ví del *Yahuira*,
Cuando el sol de oro que en el templo está
El sol de los cielos con rayos de fuego
Bañando la frente la hacía brillar.

Yo de entrambos soles—el dios y su imágen—
Con mirada absorta contemplé la faz;
Mas viendo en seguida la tuya, bien mío,
Tus ojos divinos me encantaron más.

Si por esta culpa quisiere el padre inca
De Quito en la plaza mandarme colgar,
—Antes, le diria, que lo hagas, te ruego
Que mires los ojos de la hija de Humán.

¡Oh hijo de los dioses y rey poderoso!
Si entonces no en tu alma sucumbe la paz
Y amor en tu pecho no enciende una hoguera,
Daré sin disgusto mi cuello al dogal.

LAS PRENDAS

Umbríos bosques, pardas montañas,
Limpios arroyos murmuradores,
Campos vestidos de grama y flores,
Canosas aves, ¡feliz ya soy!
Quiero contaros cuál es mi dicha,
Cuál el delirio de mi contento;
Que el pecho mío, sino os lo cuento,
Va de emociones á estallar hoy.

La hija del sabio grande adivino
Que ha veinte lunas duerme en la *tola;*
La que en la selva, cazando sola,
A un feroz tigre rompió el testuz;
La en la carrera siempre triunfante,
La que las ondas nadando humilla,
La que en las fiestas cual nadie brilla,
Trozo de cielo bañado en luz;

La que á desdenes me asesinaba
Cuando le abría mi amante pecho;
La que... ¡Oh ventura! ¿Sabéis qué ha hecho?

¡Lo creo apenas de su altivez!
Esta mañana, junto á la fuente
Que al pié del viejo molle borbota,
La hallé posada como gaviota
Que aguarda inmóvil asome el pez.

Vióme al soslayo con dulce modo;
Yo sorprendido tomé una bella
Flor y á su falda tiréla, y ella
La alzó y al lindo labio acercó.
Tímida luego me dió otra en cambio;
Y en voz me dijo suave, amorosa:
—Hé aquí mi prenda: seré tu esposa;
Al *uma-raimi* no faltes, no.—

Umbríos bosques, pardas montañas,
Limpios arroyos murmuradores,
Campos vestidos de grama y flores,
Canosas aves, ¡cuán feliz soy!
Para la fiesta diez soles faltan;
¡Pasen veloces!... Al dios propicio
A mis amores, en sacrificio
Dos negros pacos á darle voy.

LA INDIA ORGULLOSA

« ¡Unirme á tí! decía
La bella Glura á Turpi el guerreador;
¡Cuán necia es tu porfía!
¿No vés que mancharía
Mi noble raza tu ruín amor?

Del bosque la palmera
Quiere á la palma que á su lado ve;
Mas desdeña altanera
Amar á la rastrera
Planta que besa tímida su pié.

Mi padre descendiente
De un cóndor fué, mi madre de un *nandú;* (48)
Y una infame serpiente
Fué el tronco de la gente
De quien, pobre amador, desciendes tú.»

«No sé cuál fué mi cuna,
El amante ofendido contestó;
Mas sé, por mi fortuna,

Que no hay pujanza alguna
Que el arco encorve que manejo yo;

Que ninguna ha postrado
Más enemigos que mi lanza sé.
¿Quién como yo ha tornado
De trofeos cargado?
¿Quién se atreve á pisar donde pisé?

¿Mi nombre no resuena
Cual señal de victoria en toda lid?
¿Quién mi audacia encadena?
¿No está la selva llena
De la gloria de Turpi el adalid?

Pero ¡ay! un amor tierno
Hoy me ha vencido, y sé que tu esquivez
En un dolor eterno,
En un horrible infierno
Esa pasión ha de tornar tal vez!...

Óyeme, hermosa Glura:
Teme insultar al noble amor en mí;
Que el cielo mi amargura,
Al verte ingrata y dura,
Puede tornar airado contra tí.»

Oyó esto la indomable

Beldad, y el rostro con desdén volvió;
Y Turpi, el formidable
Guerrero, en miserable
Llanto de amor y enojo prorrumpió.

LETRILLA

«Puro es, linda mía,
Mi férvido amor:
¡Por Dios, no me trates
Con tanto rigor!

»Si vengo por verte,
Con tu enojo doy;
Desdeñas hablarme,
Te ofende mi voz:
Así vuelvo siempre,
¡Fatal precisión!
Llevando en mi pecho
Terrible dolor,
¡Por Dios, no me trates
Con tanto rigor!

»El inca tu abuelo,
Que en Quito reinó,
De cada vasallo
Domó el corazón
Con cetro suave

De bondad y amor;
Pero ¡ay! que su nieta
Mi tirana es hoy!
¡Por Dios, no me mates
Con tanto rigor!

»La estirpe del inca
Estirpe es del Sol
Que da vida al mundo
Con dulce calor,
Y enciende en las almas
El fuego de amor;
Mira quien es, niña,
Tu progenitor,
¡Por Dios, no me trates
Con tanto rigor!

»La luna es la esposa
Del divino Sol,
De los incas madre
Y antorcha de amor;
Del amor la estrella
Precede á los dos.
¡Tu sólo no abrigas
Tan dulce pasión!...
¡Por Dios, no me trates
Con tanto rigor!»

Así anoche un jóven
Cantando pasó
Junto á una cabaña
Que conozco yo,
Hasta que sus rosas
Desplegó el albor;
Y aún á mi oido
Resuena su voz:
«¡Por Dios, no me trates
Con tanto rigor!»

EL MITIMAE

Soy *mitimáe*, de Cuzco vengo,
Ciudad hermosa, del Sol querida;
De Cuzco vengo, fiel al mandato
Sabio del inca.
¡Oh tú la joven de ojos de gama!
¡Oh tú la tierna flor del Pichincha!
No al extranjero te muestras nunca
Dura y esquiva.

Barro á tu suelo, paja á tus lomas
Para mi casa vengo á pedirles,
Y he de labrarla junto á la tuya,
Si lo permites.
Junto á tus campos hánseme dado
Eriales tierras, secas y tristes,
A que la lluvia de mi frente
Las fecundice.

Sembraré granos de especies varias,
Pingües cosechas haré de todos,
Tendré diez pacos de fino pelo,
Bellos y gordos.

En las solemnes fiestas de *raimi*
Como ninguno llevaré adornos
De alegres plumas, de lindas conchas,
De plata y oro.

Frente á la puerta de mi aposento
Un altarcillo tendrá mi *Huaca*,
Numen sagrado, protector mio
Desde mi infancia.
Todos los días, apenas brille
Allá en los cerros la luz del alba,
Le daré besos y pondré flores
Sobre sus aras,

Pero ¡ay! doncella la de los ojos
Dulces de gama, la de los dientes
Como granizo que dos gemelas
Rosas suspenden,
Si tu no habitas mi pobre choza
Jamás mi pecho latirá alegre...
¡Vente conmigo, linda doncella!
¡Conmigo vente!

Nuestros caseros dioses unamos,
De nuestras almas hagamos una,
Y á un sólo lecho presten sus pieles
Llama y vicuña;

Y el Sol bendiga nuestros amores
Y nos dé prole bella y robusta
Que olvidar me haga mi pátria hermosa
Y amar la tuya.

EL FUEGO NUEVO.

Doncellita la del rostro
Hermoso como el lucero
Que encima del monte brilla
Después que la tarde ha muerto,
De mi corazón la historia
Que escuches atenta quiero,
Pues con temblorosos labios
A revelártela vengo.
Óyeme: ayer en la fiesta
Del sagrado fuego nuevo,
¿Viste como el sacerdote
Le hizo descender del cielo?
Brillaba el sol en su trono
De la altura azul en medio,
Sin nubes que le impidiesen
Lanzar sus rayos al suelo.
Chocan éstos en el de oro
Bruñido y cóncavo espejo,
Y en el blando combustible
Cayendo, le inflaman luego.
Mientras tú miras absorta
De qué modo el Sol hace esto

Porque renovada sea
La sacra lumbre del templo,
  En tu tersa frente brilla
Otro irresistible fuego,
Que viene á mí de rechazo,
Y el combustible es mi pecho...
  Doncellita, doncellita
Del rostro como lucero
¡Eres de mi amor origen!
¡Eres de mi amor objeto!
  Cada año el fuego divino
Renovaráse en el templo;
El mio no, pues que nunca
Dejará de arder cual nuevo.
  De mi corazón, bien mío,
La historia es esa. No quiero
Que á enseñarme la del tuyo
Desates tu dulce acento:
  Yo la adivino en tus ojos
Que bajas cuando los veo,
En tus labios en que vagan
Pudor y besos á un tiempo,
  Y en tu pecho, cuyos golpes
Mueven hasta el blanco lienzo
Con que delicada ocultas
Tesoro tan rico y bello.

AL NUMEN DE LAS LLUVIAS.

Pacha rúrac,
Pachacámac,
Uiracocha
Cai hinápac
Churasunqui,
Camasunqui

(De una poesía quichua
que cita Garcilaso Inca.)

Traducción.—«El autor del universo, el que le da vida, y el dios Uiracocha, para este oficio te criaron y animaron.

No el espantoso rayo
Veloz el aire surque,
Ni de mi amada el pecho
Con su estridor conturbe;
No caiga el mal granizo
Que la miés destruye
Ni el aluvión los campos
Desolador inunde;
Mas tú, *Ñusta* divina,
Que habitas en las nubes,
De las benignas lluvias
Almo, piadoso númen,

Escucha mi plegaria
Que á ti humilde sube,
Y esparce al bajo suelo
Tus aguas claras, dulces.
Las plantas á su influjo
En mi heredad pululen,
La espiga fructifique,
Crezca el maíz y abunde,
Los prados reverdezcan,
Retoñen las legumbres,
Las frutas de mi huerto
Con profusión maduren;
Y á mí Cemila bella
Y á mí ledos circunden
Mis amigos, y todos
De tanto bien disfruten.
Así, celeste vírgen,
Los vientos no te insulten,
Ni el agua de tus vasos
Jamás su soplo turbe;
Así del inca el padre
Sus rayos atenúe
Cuando veloce corra
Por tu mansión de nubes;
Así el omnipotente
Pachacámac te ayude,
Y aumente tu hermosura,
Difunda en tí sus luces.

LAS DOS TÓRTOLAS

A mi querido amigo el doctor don Juan Rendón

«¿Dónde vás, Páucar gallardo?
¿Dónde vas?... ¡Ah! ya comprendo:
En tu frente airoso ondea
El penacho del guerrero;
La aljaba de muerte henchida
Cruje á tu espalda; el siniestro
Brazo ostenta el ancho escudo;
Nueva cuerda al arco has puesto.
¡Ya comprendo! Tu mirada
Me enseña de tu alma el fuego,
Y tu arrojo se trasluce
En tu sombrío silencio.
La guerra te llama: el ronco
Són del tambor rompe el viento,
Y alzado en medio del campo
Flota al aire el rojo lienzo.
Se acerca de Cuzco el Inca;
Nubes trae de guerreros;
Mas con nubes de valientes
Le sale Cacha al encuentro.

Marcha, marcha, hijo querido,
Al lado del *Shiri* excelso,
Y do lo mande pelea
Cual buen soldado quiteño.
Pero no olvides... no olvides,
Páucar, que en este mi seno
Hubiste el don de la vida,
Y escucha mi último ruego:
Si al golpe del enemigo
Tu espíritu huye del cuerpo,
En forma de tortolilla
Venga á posarse en mi pecho;
Que también mi ánima, al verla,
De esta vieja carne huyendo,
Se le unirá y al instante
Partirán juntas al cielo.»

Así la noble viuda
Del noble y bravo Hualeco
Dijo al partir á la guerra
Su hijo Páucar, mozo bello.
Partió; la tierna mirada
Maternal le vió á lo lejos
Perderse entre el seco polvo
Que alzaban sus piés ligeros,
Cual se pierde entre la niebla
Del horizonte el lucero

Paje del dios cuya lumbre
Presta vida al universo.
No regó llanto la anciana;
Mas con el gentil mancebo
Se fueron ¡ay! sus sentidos,
Su alma y corazón se fueron!

De Huaina-Cápac la gente
Y la de Cacha soberbio
En las pampas de Tiocajas
Como tigres combatieron.
La arena se empapó en sangre;
Huho como arena muertos,
Y de triunfo gritos hubo,
Y hubo gritos de despecho.
Los del Inca victoriosos
Quedaron del campo dueños;
Los del *Shiri* destrozados,
Pero no vencidos fueron.
Y en la lucha cayó un jóven
Desde cuyo herido seno
Alzóse una tortolilla
Que hácia Quito tendió el vuelo.
Voló, voló sin descanso,
Voló, voló más que el viento,
Y de una anciana afligida
A descansar fué en el pecho.

«¡Mi hijo!» esclamó la infelice;
«¡Hijo mío!» y al momento,
Lanzando triste gemido,
Cayó desplomada al suelo.
En los macilentos lábios
La avecilla le dió un beso,
Y asomó tras un suspiro
Otra tórtola de entre ellos.
Unidas ambas entonces,
Del sol al rayo postrero
Se lanzaron al espacio
Y en las nubes se perdieron.

LOS AMANCAYES.

Tímur, el de las selvas
Jóven guerrero,
Amaba á Pani, vírgen
De rostro bello;
La vírgen casta,
Corazón de Paloma
Y alma de *palla*.

Pani miraba á Tímur
Con dulces ojos;
Más del Sol era esposa,
Del Sol celoso,
Y ¡ay! la infelice
Sufrió por sus miradas
Castigo horrible!

El dios la envió imprevista
Dolencia ruda
Que á la tercer aurora
La hundió en la tumba...
¿Veis de amancayes

Aquel grupo allá lejos?
Allí está Pani.

Tímur (lo cuentan á una
Las tradiciones)
Iba á llorar por Pani
Todas las noches;
Y diz que dijo
A la Luna tres veces
El pobre Tímur:

«Piadosa madre, dime,
Dime si Pani
Benigna el llanto acoge
De este su amante,
Ó bien si adusta
Cual ofensa le mira;
¡Dímelo, Luna!

Si benigna, mi llanto
Produzca flores;
Si enojada, que abrojos
Y ortigas brote.
Divina hermana
Del Sol, aquesta seña
Te pide mi alma.

Las milagrosas flores
Me darán vida

Para llorar la muerte
De mis delicias;
Más los abrojos...
¡Ay! cubrirán mi pobre
Sepulcro ignoto!»

En la tercia velada
Más tierno y vivo
Fué el ruego y expresado
Sólo en gemidos:
Calló la lengua,
Pero la voz del alma
Voló á la esfera;

Voló: la madre Luna
Oyóla y dijo:
«Tímur lo anhela, demos
La seña á Tímur:
Hermosas flores
De su llanto, y no ingratas
Espinas broten.»

Y de la amable diosa
Blanda mirada
Resbalando entre nubes
Crespas y blancas,
Hizo amancayes
Lindos sobre el sepulcro
Nacer de Pani.

Y de la amable diosa
Mágico aliento,
Bajando cual suspiros
De aura ligeros,
Prestó á las hojas
De aquellas lindas flores
Suave aroma.

¿No veis? los amancayes
Por eso ostentan
El color de la Luna,
Color de perla;
Gratos por eso
De pura escencia rinden
Tributo al cielo;

Por eso ellas las flores
Son de las almas
Que sus muertas venturas
Llorando pasan;
Por eso brotan
De infelicas amantes
Siempre en las *tolas*.

LLANTO DEL ALMA

Lloré por Coillur, mi amada
Lloré por la niña hermosa
Que el día de ser mi esposa
La escondió la tumba helada.

Y lloré más apenado,
Sin descanso ni consuelo
Porque estando ella en el cielo
Me habia, ingrata, olvidado.

Pero mi llanto fué tal,
Tales los ayes que dí,
Que volvió á pensar en mí
Y á dolerse de mi mal;

Y todas las noches viene
Misteriosa, aérea, sola,
Y en las flores de su *tola*
Hasta el alba se detiene.

Allí suspira. Yo atento
La oigo con triste delicia,
Y aún siento que me acaricia
La frente su blando aliento.

Mas con el alba se aleja
La reina de mis amores,
Y en el cáliz de las flores
Sus tiernas lágrimas deja.

Yo á beberlas me apresuro,
Pues ellas bálsamo son
Que á mi infeliz corazón
Prestan alivio seguro.

AMOR PERDIDO

Blanca flor, tierna y hermosa
Reluciente grano de oro,
Vida mia, amor de mi alma,
Por quien ayer fuí dichoso;

¿Qué te has hecho? ¿dó te has ido?
Dónde te hallarán mis ojos,
Por tu repentina ausencia
Hoy de lágrimas arroyos?

Desde ayer, no bien salido
El sol, buscándote corro
Por las sierras y los valles,
Las praderas y los sotos.

Por ti á las brisas pregunto,
Y me responde su soplo:
¡Pasó! Pregunto á las fuentes,
Y ¡pasó! clamar las oigo.

A las hiervas y á los flores
De los campos interrogo,
Y ¡pasó! pasó! me dicen
En susurros misteriosos.

A las aves me dirijo
Con mis lúgubres sollozos,
Y á las nubes que cabalgan
De los montes en los lomos,

Y ¡pasó! pasó! me gritan
En voz que entiendo yo sólo:
—No la busques en los valles,
Ni en las sierras ni en los sotos;

No la busques de las selvas
En los senos silenciosos;
No la busques de los rios
En los cristales sonoros:

Ella está donde no pueden
Hallarla mortales ojos,
Allá en país muy distante,
Allá en país muy hermoso.—

¡Ay! amor, amor de mi alma!
¡Doncella de lindo rostro,
Más lindo que los del Sol
Jardines de plata y oro! (49)

Ya comprendo que te has ido
Al alto mundo, del polvo
Huyendo de aqueste mundo
Donde gimo en abandono.

Mas ya sé como te fuiste,
Y ya el camino conozco:
Por el he de irme á buscarte
Hasta ese país ignoto;

Y cuando una *tola* vean
Levantada donde hoy moro,
—¡Al fin, dirán mis hermanos,
Al fin la halló y es dichoso!

EL AVE DE LA TOLA

Ya el astro excelso tras el monte cae,
Ya entre sombras va el suelo á reposar.
Triste mi alma del mundo se sustrae,
Y á un sitio agreste y áspero me atrae
Del solitario el lúgubre cantar.

Alli veo la tola abandonada
Alzada al pie del molle secular;
Cual guardian de la fúnebre morada
Allí está el solitario en la ramada
Dando al viento su lúgubre eantar.

Há mucho, mucho tiempo, aquí venía
Una doliente madre á lamentar;
Mas hoy del hijo la ceniza fría
¡Ay! tiene sólo, al espirar el día,
De un solitario el lúgubre cantar.

De una vírgen, tal vez, la sombra cara
Suele un amante idólatra invocar,

Y era esta *tola* del dolor el ara
Do tierno llanto y flores derramara
Entonando su lúgubre cantar.

Acaso de los muertos en la fiesta,
Cuando todo gemia en el pesar,
Cien amigos sentábanse en aquesta
De un bravo guerreador tumba modesta
A ofrendarle su lúgubre cantar.

Mas ya de este sarcófago la historia
Han borrado los siglos al pasar,
Y hoy solo, vaga, rápida, ilusoria,
En mi espíritu se alza una memoria
Del solitario al lúgubre cantar.

De este molle á la sombra refrigerio
Viene el pastor á veces á buscar,
Y profana del túmulo el misterio
Una piedra lanzando y un dicterio
Contra el ave de lúgubre cantar;

O el peregrino, de sudor la frente
Empapada, se arrima á descansar
A esta ignorada *tola*, y nunca siente
Respeto ni emoción, é indiferente
Oye del ave el lúgubre cantar.

Mas cuando cae el sol tras la montaña
Yo vengo á entristecerme y meditar;
No huye el ave de mí jamás huraña,
Y posada en su molle me acompaña
Dando al viento su lúgubre cantar.

LA TOLA VOLCADA

—¿Qué haces? Mal extranjero, ¡tente! ¡tente!
No esa *tola* derroques;
No la ira de los dioses, imprudente,
Con un crimen provoques.

¿Juzgas que encierra en sus entrañas oro?
¡Falsísima noticia!
Oculta el montezuelo gran tesoro,
Más vano á tu codicia:

Huesos de una que fué rara belleza
Que mi alma idolatraba,
Polvo de un corazón cuya terneza
Mi vida deleitaba,

¿No viniste á mi patria, el mar surcando,
En pos de otros caudales?
¿A qué te cansas con afan buscando
Cenizas sepulcrales?—

—Rústico infiel, me engañas: aquí el oro
Se esconde que me tienta—
Volcó la *tola* el blanco, halló el tesoro...
¡Tesoro de osamenta!

ATAUCHI EL HUÉRFANO

A mi querido amigo don J. Abel Echevarría

Murió cual bravo su padre
En la guerra contra Huáscar,
En que ganó el rojo *lláuto* (50)
El nieto del *shiri* Cacha.

Murió su madre de pena,
Pena tan honda y amarga
Cual nunca de otra viuda
La sintiera igual el alma.

Y él, huérfano desvalido,
Niño aún, preso entre fajas,
De hambre y frío sintió exceso
Y de amor y besos falta.

¡Pobre Atauchi! como arbusto
Creció que en el muro arraiga
De triste cueva, y que nunca
Del sol los rayos halagan.

Mozo ya, su bella frente
Huellas de pesar surcaban,
Y del corazón las quejas
Brotaban con sus palabras;

Que á los pesares de quien
Quedó sin madre en la infancia
No suelen ser medicina
Años que vienen y pasan.

Pero Atauchi pudo cosas
Aprender de un viejo *amauta*,
De esas que suelen los dioses
Revelar á pocas almas:

Para él la luz de los astros
Nunca es muda, para él hablan
Las nubes, para el la negra
Noche secretos no guarda;

Él de los vientos traduce
La voz misteriosa y vaga,
Oye frases en los truenos,
Oye en el agua palabras;

Sabe qué dice una fiera
Cuando ruge ó cuando brama;

Gusta de oir cual las aves
Sus amores se declaran;

Encántanle los coloquios
De las flores con las auras
¡Sólo á veces no comprende
De cuanto habla el hombre, nada!...

Y era también cazador
¡Cazador en hora mala,
Porque la sangre y la muerte
Son el placer de la caza!

Terribles son en sus manos
El arco y la cerbatana:
Jamás de ellos tiro parte
Que presa al suelo no traiga.

Contra su flecha es inútil
Que el tigre posea garras,
Y piés veloces el gamo,
Y el cóndor rápidas alas.

Contra el globillo de barro
Que su cerbatana lanza
Nada á los pájaros valen
Elevadísimas ramas.

Y diz que una vez con él
A un cóndor con fuerza tanta
Dió, que le hizo de una roca
Descender muerto á sus plantas.

Un día, cuando aún el sol,
Delicia de la mañana
Del *Yahuira* en la eminencia
No ilumina su áurea casa;

Cuando aún las hojas del bosque,
Y de los campos la grama,
Y de las flores el seno
De la noche el llanto guardan;

Cuando las madrugadoras
Aves todavía cantan,
Y á buscar sustento aún
No dejan nidos ni ramas,

Atauchi, en la diestra mano
La certera cerbatana,
Del Machángara vaguea
Por la orilla solitaria.

Entre el follaje de un árbol
Medio oculta á ver alcanza
Una tórtola, las plumas
En arreglarse ocupada;

Y que luego se sacude,
Y después estiende el ala
Y á soltar el vuelo al campo
Viva y lista se prepara.

Pero antes el cuello hermoso
A mirar el nido alarga,
Do su pecho, hace un instante,
Un pichoncillo abrigaba.

En tanto el joven se encorba
Y pasito á paso avanza,
Fijos vista y pensamiento
En la presa descuidada;

Alza con tiento y aplica
Al labio entrearbierto el arma;
Sopla, y el golpe terrible
A la infeliz descalabra.

Da esta una rápida vuelta
Sobre sí propia; en las ramas
En vano busca asidero:
Cae y el suelo en sangre mancha.

Del cazador en las manos
Aletea, y fatigada,
Agonizante, en acento
De angustia lleno le habla:

«¡Ah, cruel! ¿qué daño te hice,
Que así me hieres y matas?
¿Por qué á mi hijito infelice
La tierna madre arrebatas?

»¡Ay! mira, injusto enemigo,
Que mi cuidado al faltarle,
El hambre y el desabrigo
Van en el nido á matarle!»

No dice más. Se estremece
En las postrimeras ansias,
Y espira, en Atauchi puesta
La dulce y triste mirada.

Y Atauchi siente movidas
De compasión sus entrañas,
Y devolver con su aliento
Quisiera esa vida cara

Que robó impío; en sus labios
El pico introduce, y nada,
Nada consigue. A los cielos
Ojos suplicantes alza;

Mas los Cielos, la merced
Que así le pide, negada,
En el nido al huerfanito
Descubren á sus miradas:

Polluelo de rojas carnes,
Aún ciego y desnudo, alarga
El cuello y la frente hiergue
De sútil vello cercada;

Y á la madre no encontrando
Torna á encogerse, y aguarda;...
¡Más vendrá sólo la muerte,
Que no la madre esperada!

Regando entonces el jóven
Lágrimas que brota su alma,
Por el dolor y el despecho
Harto herida y ahogada,

Apoyando en la rodilla
La funesta cerbatana,
Rómpela y lejos la arroja,
Y en resuelta voz exclama:

«¡Oh, Sol! ¡oh padre del inca!
Si á ejercer vuelvo la caza,
No tornen jamás mis ojos
A gozar tu luz sagrada!»

LA MADRE Y EL HIJO

Arde el numen
Peruano,
Y en el llano
Su calor
Abrasa al indio mísero
Que el suelo surcando árido,
La faz quemada
Siente empapada
Por el sudor.

A la sombra
De un añoso
Y frondoso
Capulí,
Meciendo al primogénito
La esposa, en voces trémulas
De tortolilla
Canta sencilla
Su yaraví.

«Calla y duerme,
Prenda mía,
Y en mí fía,
Caro bien;
Que yo siempre solícita
Con mis cantares rústicos,
Haré que el sueño
Pose halagüeño
Sobre tu sién.

Calla y duerme,
Y así olvida
De la vida
La aridez:
Olvida que las lágrimas
Han sido tu herencia única,
Porque de triste
Raza naciste
De oscura tez.

Ve á tu padre
Cuál le oprimen:
¿Es un crimen
Su color?
¡Ay! de la suerte pérfida
Solo es capricho bárbaro!
A ella le plugo
Cargarle un yugo,
Darle un señor.

De estos campos
Era el fruto
Un tributo
Por su afán,
Y hoy con fatigas ímprobas
Fecunda el suelo estérile
A que su dueño
De altivo ceño
Coma su pan.

Tú así un día,
¡Oh hijo amado!
Fatigado
Te has de ver,
Y como vil acémila
Bajo el infame látigo
Con tu faena
La hacienda agena
Verás crecer.

Más entónces
Ya mi suerte
Con mi muerte
Finirá;
Y tú quedarás huérfano...
¿Quien ¡ay! el sudor férvido
De tu inocente
Marchita frente
Enjugará?»

Y de la india
Tierno llanto
Corre en tanto
Por la faz;
Pero su arrullo lánguido
Es el poder magnético
De su cariño,
Y el pobre niño
Se duerme en paz.

CANTO FÚNEBRE

Con motivo de la matanza de los solaados del Inca en la isla Puna, (hoy Puná). (51)

¡Llorad: hijos del Sol! ¡ay! los valientes
Por infame traición muertos han sido!
¡Oh vos los de la Puna
Que las aguas del mar cercan rugientes!
¿Qué habeis hecho? Transido
Está de pena el corazón del Inca;
Más no hay pena ninguna
Que le quiebre la diestra vengadora:
Alzada está, y en ella resplandece
La ira santa cual llama abrasadora.
¡Temblad los de la Puna!
¡Llorad, hijos del Sol! El que merece
Fiero castigo la maldad inicua,
Presto se hará: ¡temblad, ejecutores
Del nefando delito!
Pero llorad, hijos del Sol: conspicua
La gente fué que á golpes de traidores
Cayó en la mar que devoró sus cuerpos.
¡Ay! los que fueron desde Guzco á Quito

Como rio impetuoso, como roca
Del alto monte al valle desplomada,
Como llama en las selvas por la loca
Furia del aguilón arrebatada,
Sin tumba yacen. Levantad el grito
De dolor, y de ira y de despecho,
¡Llorad, llorad hijos del Sol! Los peces
Con los difuntos su festín han hecho;
Los huesos de los bravos en el fondo
Del agua están cual piedras esparcidos.
¡Oh ilustres capitanes!
Y no con vuestros restos el redondo
Escudo está, la aljaba y arco fuerte;
Ni se os darán los panes
Y el dorado licor que son debidos
Al que habita la casa de la muerte.
De cieno el lecho y de ligeras algas
Tienen vuestros misérrimos despojos;
No caerá sobre él de nuestros ojos
La amarga lluvia, y sólo el formidable
Bramar de la tormenta
Llegará á estremecer en los abismos...
¡Oh suerte, oh suerte cruda y lamentable!...
¿Por qué en la lid sangrienta
No murieron con honra esos guerreros?
La punta de la flecha ó de la pica
Su existencia preciada
Romper debió, no golpes de remeros,

No traición por los dioses reprobada.
¡Llorad, hijos del Sol, llorad sin tregua!
Que el cielo justifica
Tan profundo dolor, tan largo llanto.
·Llorad! que vuestro lloro testifica,
Más que del *haravec* el triste canto,
Cuán cara es la memoria
De las ilustres víctimas, y cuánto,
Cuánto es grande su gloria!

LA FIESTA DE LOS MUERTOS

Ya la luna ha tornado en que solemne
Fiesta á los muertos se hace;
De la hermana del sol, cual arco argénteo,
Vimos ayer la fase.

Hoy el padre del Inca, el astro excelso,
Su luz nos ha escondido,
Y su sagrada prole y sus vasallos
De luto se han vestido.

Todo es triste gemir y llanto amargo,
Porque hoy los corazones
Se acuerdan de las almas que se fueron
A ignoradas regiones.

Y de los huesos y del frío polvo
Se acuerdan que en la tierra
Ellas dejaron, y en su oscuro seno
La sepultura encierra.

El cielo está lloroso; las montañas
De niebla están vestidas;
Suspiran los arroyos, y las aves
Lamentan afligidas.

Vamos hermanos míos, ya está abierta
Del Dios la santa casa.
Llevadle miel y pan, y del cordero
La fresca y suave grasa.

Yo del numen augur, al sacrificio
Llevo mi negra oveja;
Tierna es, como le agrada: aun no he cortado
Ni una vez su guedeja.

Inmolada la víctima, su sangre
Diráme ¡oh cuántas cosas
De las profanas gentes ignoradas,
Terribles, misteriosas!

¡Ay, si me véis palidecer! ¡si brota
El sudor de mi frente,
Y de mis ojos, con espanto abiertos,
Alguna gota ardiente!

¡Temblad, hermanos!... Pero la hora llega:
Subid al monte sacro;
Ya está abierta la casa donde brilla
Del Sol el simulacro.

Después iremos con ofrendas todos
A las fúnebres *tolas*,
Alzadas en hileras en el valle
Como del mar las olas.

Y el vino, pan y miel de los queridos
Muertos renovaremos,
Y el polvo que los cubre con dolientes
Lágrimas regaremos.

¡Oh benéficos padres, caros Incas,
Del cielo habitadores!
¡Generosos guerreros, de cien bravos
Pueblos sojuzgadores!

¡Sacerdotes del Sol! ¡sabios *amuntas!*
¡Vírgenes sin mancilla!
¡Todos los que caisteis de la muerte
Bajo la atroz cuchilla!

Ya á vuestras *tolas* vamos; de cantares
Lúgubres y gemidos
Los aires cundiremos; vuestros huesos
Serán extremecidos.

Y desde el alto mundo, silenciosas,
Vendrán las almas vuestras
Agradecidas á juntarse un breve
Momento con las nuestras.

DESPEDIDA DEL GUERRERO

Ya el caracol guerrero
Su grito al viento lanza;
Ya el lienzo, tinto en sangre,
Flotando airoso en su asta
Me llama á combatir.
¡Adiós, hermosa mía!
Tu dulce amor me encanta;
Pero otro amor mi pecho
Hoy poderoso inflama—
Amor de noble lid.

¿Oyes? También las voces
Del atambor me llaman,
Y en sed de sangre ardiendo
La lengua de mi lanza
Me dice: ¡A combatir!
¡Adios, hermosa mía!
No llores: tus amargas

Lágrimas corran sólo
Si no mi brazo alcanza
El triunfo en la ardua lid.

HUAINA CAPAC

Del ástro dios el vástago felice,
Huaina-Cápac, el Inca poderoso,
Sobre el valiente Cacha victorioso,
A mi su siervo y *haravec* me dice:
«Celebra mi valor y mi gloria
En noble canto digno de memoria.»

Mi corazón se asusta,
¡Oh príncipe magnánimo y divino!
Más ¿quién loar no gusta
De su Inca y padre amado el claro nombre
Y el excelso destino!

Pero no en la lengua de hombre
Decir cabe jamás las cosas grandes:
Númenes de los Andes,
Vosotros las direis y que se asombre
De ellas el mundo y reverencie al Inca!

Azuay, tú que á la guerra
Le viste apercibido

Cual de la tempestad el dios temido
Que, oculto entre las nubes, amenaza
Con fragorosos rayos á la tierra,
Dí cual es su poder, cuál de su maza
Y pica hambrienta de enemiga carne
La fuerza vencedora.

Proclama, Chimborago, en los confines
De *Purúa* (52) sentado,
Tú que ves la morada y los jardines
Dónde la hija del *Shiri* encantadora
Gozó su juventud, proclama al héroe
Cuyo terrible ardor has comtemplado
En la sangrienta arena de *Tiocajas*.
La roja borla y la sagrada pluma
Del ave de los Incas en su frente
Resplandecen con mágicos fulgores;
Sabiduría suma,
Don del eterno Sol sus labios manan;
Centellea su diestra armipotente,
Y los más valerosos guerreadores
Del impetuoso *Shiri*, vanamente
Por contener al vencedor se afanan:
Caen ó retroceden: vedlos, vedlos,
¡Se ván!.... Tras ellos Huaina-Cápac vuela
Como el cóndor audaz de férreo pico
Y alas que rompen el furioso viento
De cruda tempestad. De Duchicela

Domado está el país hermoso y rico,
Y atrás lo deja el Inca.

¡Oh Cotopaxi!
A tí del vencimiento
Y el noble vencedor te toca ahora
Proclamar la grandeza sin segundo;
Tú á quien designa misteriosa suerte
Como nuncio de ruinas y de muerte,
Hoy que del gran Yupanqui ves al hijo
Dueño y señor del suelo en que te asientas,
Sé nuncio de victoria y regocijo.

Más también Quito sojuzgada llora....
¿Llora? Cese, Pichincha, cese el llanto
De tu hija bella, y en tronar profundo
Su futuro esplendor anuncia al mundo.
Ya la generación del Inca santo
A enaltecerte viene:
Sierva nunca serás, Quito felice;
Preven la altiva siene
A la imperial insignia que, á despecho
De la ciudad de Manco, (53) ceñiraste.
El sagrado adivino lo predice
Que al cóndor fiero oyó de pardo pecho
Que graznaba del Inca sobre el techo,
Y luego en regia magestad las alas
Tendió, y siguiendo el curso de la guerra
Desde su aérea región vino á esta tierra.

Imbabura, ¿qué estruendo
Allá en tus campos fértiles resuena?
¡Ah del combate horrendo
Los ecos son! El númen de la Puna
Cual nunca su furor desencadena.
De Hualcopo el legítimo heredero
Su trono á defender, su hogar y cuna,
Se fortalece allí; soberbio y fiero
La paz rehusa y la amistad del Inca.
«¡Guerra! guerra sin tregua al extrangero!
Yo, yo lo mando; muera quien delinca,
Desatento á mi voz, y sus despojos
Sin *tola* yazgan, de los buitres pasto!
Esto diciendo, con terribles ojos
El campamento recorría vasto
De armada gente henchido.
Un dia, y otro, y otro en el reñido
Combate busca el Inca mayor gloria,
Y Cacha su defensa y su venganza.....
¡Oh Cacha! cede: el Sol en cuya mano
Sabia está la victoria,
A su hijo dió el consejo y la pujanza.
¡Oh Cacha! el soberano
Del cielo apresta ya la aguda lanza
Que el cetro de la diestra ha de robarte
Y del heróico pecho la existencia.
¿No la ves? ¿no la ves? por toda parte,
Como irritada víbora, en tu torno

Vibra silbando enrrojecida lengua....

¡Ay! cayó el valeroso, cayó el fuerte!.
¡El que existir vencido tuvo á mengua!
¡Cacha murió! Su campo está en trastorno;
De su reino cambiada está la suerte. (54)
Como se abate el seibo en la montaña
Del rayo al golpe atroz; cual se desploma,
De la mar combatida por la saña,
Roca gigante y fuerte, así el herido
Shiri cayó, y el llanto de los muertos
Sonó de loma en loma,
De rio en rio, estremeció las selvas,
Conmovió los desiertos.

El magno nieto del divino Manco
Del caido rival el nombre ensalza;
¡Oh ejemplo de virtud y de nobleza!
Del Inca el pecho generoso y franco
Se cubre de tristeza;
Y entre ayes y entre cánticos funestos
Del rey que fué los venerados restos,
De armas lucientes y de ricas joyas
Y de preciosas telas rodeados,
En la tumba real son colocados.

Egregio sucesor del gran Yupanqui,
¿Qué te falta? La verde, la preciosa

Piedra en tu frente brilla,
En tu frente cien veces gloriosa.
¡Ah! triunfar en la guerra
Y humillar á sus piés toda la tierra,
Para el hijo de un dios no es maravilla!
Otra victoria alcanzas, otro imperio
Más valioso domeñas
Por el de amor suave ministerio:
Cual juntas las enseñas
Vencidas á las tuyas vencedoras;
Como del *Shiri* la brillante insignia
Unes con tu purpúrea borla, y como
Enemigas naciones incorporas
En tu grande nación, sin que ni asomo
De rencor é ira la fusión contraste,
Así de Paccha, bella y codiciable
Más que el triunfo y la gloria, y adorable
Más que la dulce paz, el amoroso
Virginal corazón al tuyo aunaste.

¡Oh unión! Obra de amor! firme cimiento
De paz y de ventura
De dos nobles naciones! vuestra fama
Del *haravec* supera el pensamiento,
De su voz la armonía y la dulzura
Y de su viva inspiración la llama.
Númenes misteriosos de los Andes,
Cantad de nuevo: genio de Imbabura,

Invita al de Antizana genio agreste,
Al de Pichincha arrebozado en nubes,
Al que aviva la horrenda eterna fragua
Del Cotopaxi, al que selvosa veste
Dió y corona argentina al Tungurahua,
Al que más que ninguno á la celeste
Región se encumbra, Chimborazo augusto:
Cantad todos, cantad, y la armonía
De los vuestros cantares
Diga á las selvas, rios y anchos mares
Cual es de Quito el justo
Orgullo, y la esperanza y alegría.
Cantad, cantad; del Inca el áureo trono
De la victoria levantó la mano
Del modesto Machángara en la orilla;
Mas en el corazón del soberano,
Amor puso su silla
Y Paccha en ella dominando brilla.

HIMNO

DE LAS VÍRGENES DEL SOL,
al saber la prisión de Atahualpa en Cajamarca

ÉL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

¡Oh Sol, esposo nuestro!
Del universo encanto,
De *Pachacámac* santo
Eterno y puro amor,
Hermano de la Luna
Que sigue fiel tus huellas
Señor de las estrellas,
Del Inca genitor,

Escucha nuestras súplicas
Con paternal bondad.

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

¡Oh Sol! que en *Tumipampa* (55)
Al *Shiri* libertaste,
Y á su favor mandaste
Que obrase el Hado al fin;
Tú que vencer le hiciste
Al enemigo hermano,
Y el *llauto* soberano
Le diste por botín,
De la prisión hoy sálvale,
Calma nuestra ansiedad!

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;

Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

¿De qué huracán en alas,
Por qué cruel destino
La extraña gente vino
Que al Inca aprisionó?
¿Quién de tu horrendo rayo
Armó su impía diestra,
Que en Cajamarca muestra
De sus furores dió?
Contra tu grey pacífica
¿Por qué esa atrocidad?

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

¿Llegaron ¡ay! llegaron

Acaso ya los días
Que duras profecías
Cumplidas han de ver?
¡Aterradora idea!...
El tiempo ¡oh Sol! retarda
Que el alma hacen tremer,
Y el vaticinio lúgubre
Se cumpla en otra edad!

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podiás de la deidad.

LAS VÍRGENES

¡No, no de *Uiracocha*
Se realice el sueño!
Tú del destino dueño
No lo consientas, Sol.
No lo consientas, rompe
Del Inca las prisiones,
Y arroja á otras regiones
Por siempre al español,

Que viene cual insólita
Y horrenda tempestad.

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

Y esa temida gente
Diz que á otro dios adora,
Y de riqueza ahora
Ansiosa viene en pos.
¡Oh! llévese nuestro oro,
Si en el su dicha finca;
Más déjenos al Inca,
Respete á nuestro dios:
Son estos de sus súbditos
Honor, felicidad.

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;

Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

Consuma ¡oh Sol! el fuego
Las flores más hermosas,
Las gomas olorosas
Que trae nuestra fé;
Consúmalas, y el humo
Que vuele hacia la altura
Conviértase en ventura
Que tu largueza dé
A quienes en sus cánticos
Imploran tu piedad.

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consume el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

MUERTE DE CORI. (56)

Detente ¡oh madre de los Incas! Luna,
Compasiva deidad, párate y mira,
Y contempla un instante
De los *Shiris* la patria sin fortuna.
Vibráronle los Cielos rayos de ira,
¡Y héla ya destrozada, agonizante!
Deja caer tu dulce y misteriosa
Mirada sobre el campo do la muerte
Junto á una ilustre víctima prepara
Otra bella y preciosa.
Si exige impía la invencible suerte
Más cruentos sacrificios, ¡ay! aclara,
Triste Luna, tú sola
El que hace tu hija, la divina Cori,
Del amor desolado sobre el ara.

Junto á la grande *tola*,
Postrimera mansión de egregios *Shiris*
Vaga la reina de Atahualpa viuda.
La del fiero dolor cuchilla aguda

Desgarra sus entrañas amorosas.
El cuerpo tembloroso
Y el pálido semblante,
Las túrbidas miradas angustiosas
La caballera negra y abundante,
Presa del abandono y el descuido
Cual la bordada faja y el vestido...
Todo en ella lo insólito y penoso
Está de su alma y corazón diciendo.
Con ambas manos juntas oprimiendo
El pecho, en rica tela mal velado,
Cual si ahogar quisiese el presuroso
Latir que le atormenta,
En frase apasionada, así al amado
Esposo llama y su dolor le cuenta:

«Óyeme, hijo del Sol, tú á quién adoro
Hasta en la huesa fría,
Tú cuyo triste fin rios de lloro
Me arranca noche y día;

Óyeme, Hualpa: baja un breve instante,
Baja á darme consuelo,
Y por los brazos de tu esposa amante
Cambia tu hermoso cielo.

¿Por qué del todo de tu amor me privas?
¿Por qué tu faz me escondes?

¿Por qué, bien mío, de mi amor te esquivas?
¿Por qué no me respondes?

Ven, que te aguardo, ven. Mi pecho abierto
Se apresta á tu venida.
Ven, yo te juro que mi amor no ha muerto
Con tu fatal partida.

¡Ah, no seas cruel! no en este mundo
Sin consuelo me dejes!
No con tu ausencia y tu callar profundo
Más y más ¡ay, me aquejes!»

Delira la infeliz, y sobre el canto
Que de los muertos la morada cierra
Postra la frente, y al atroz quebranto
Que el alma le desgarra, se abandona.
Y en tanto que sus lágrimas empapan
Mejillas, losa y tierra,
Ave desorientada, inquieta yerra
Su insana fantasía: al cielo asciende
La ventura á buscar aquí perdida;
Baja luego y emprende
Forjar una quimérica esperanza;
Al abismo despues veloz se lanza
Donde la sierpe del despecho anida;
Asústase, huye de él, y en breve espacio,
Ya maldice la vida,

Ya maldice la muerte,
Ya aumenta su vigor, ya en vuelo lacio
Sin objeto voltea, y sin que acierte
El círculo á romper que la aprisiona
Círculo de hoscas nubes que la suerte
De la reina misérrima retratan.

Más súbito la faz ésta despega
De la funérea losa,
Con su contacto y lágrimas caliente
Que del volcan del pecho se desatan.
Luego en seguida el llanto que la ciega
Con el revés enjuga de la hermosa
Diestra, y yergue la frente.
Sonrisa de ironía más amarga
Que la angustia que el alma le satura,
Sus labios entreabre; la mirada,
Que con medrosa extraña luz fulgura,
Fija en la bella luna que; cercada
De su esplendente coro,
En silencio sublime el cielo cruza;
Y al cabo la cuitada
Suelta su acento así, firme y sonoro:

«¿Qué digo? qué pretendo? ¡Estoy demente,
Deidades soberanas!
¡Sí, loca estoy! de mi pasión ardiente
Son ¡ay! las quejas vanas!

Del país de las almas no se torna
De los vivos al grito:
¿Quién, poderosos númenes, trastorna
Vuestro fallo infinito?

¡Atahualpa! Atahualpa! caro esposo!
¡Di esposo idolatrado!
El cruel brazo de extrangero odioso
La vida te ha robado!

Ya nunca más alumbrarán la mía
Tus claros, dulces ojos:
Las flores de mi gloria y alegria
Trocáronse en abrojos.

¿Qué soy, qué soy sin tí? ¿qué hago en el mundo
Sola y desamparada?
¿Qué hace mi pecho herido y moribundo?
¿Qué mi alma desolada?

Soy como los escombros de una casa
Que devoró el incendio:
Lástima infundo al que á mi lado pasa,
O acaso vilipendio....

¿Qué hago en el mundo? ¿Ves la extraña gente
Que abortó el Grande Lago (57)
Traer al pueblo mio de inclemente
Guerra el bárbaro estrago?

¿Ver las casas del Sol y de la Luna
Sin piedad derribadas;
De su honor y virtud las sin fortuna
Vírgenes despojadas?

¿Ver nuestro suelo y la riqueza nuestra
Botín del extrangero?
Ver el imperio Quitu de su diestra
Hundirse al golpe fiero?

¡No, jamás lo veré!... No la española
Mano me alcance viva...
¡Abrete para mí, sombría *tola!*..
¡Tu seno me reciba!...»

Dice y del cinto saca
Con manera violenta
De acicalado cobre ancha cuchilla. (58)
De la luna la faz pónese opaca,
Y á su luz macilenta
El arma apenas brilla;
Zumba del cierzo helado el aleteo
Que el árbol y el arbusto
Pone en vano meneo;
La lumbre temblorosa y amarilla,
Que del vulgo en el alma infunde susto
De la tierra al brotar ó del pantano,
Aquí y allí por la llanura oscila....

Muda y pasmada la doliente reina
Señales piensa ver de que natura
Del cruel suicidio se horripila
A que el dolor la arrastra y el despecho.
Luego (¡Cori infeliz cual criatura
Ninguna vió la tierra!)
Luego su propia fantasía añade
Nuevas sombras al cuadro que la aterra:
Juzga que el llano invade,
Rotas las *tolas*, bandas de esqueletos
Que la llaman en voces misteriosas,
Y acercándose ván, y la rodeàn,
La enlazan y la ajustan, y secretos,
Que ella no entiende, dícenla al oido.
Del mundo inmaterial puede que sean,
De do el alma jamás al nuestro vuelve,
O del medroso porvenir, anuncios.
Cual árbol en la orilla estremecido,
Cuando airadas las olas le golpean
Unas tras otras, por turbarle, el tronco,
Así está Cori. Al fin, entra la turba,
Una sombra distingue... ¡El es!... La marca
Del infame suplicio el cuello muestra...
La frente adorna insignia de monarca...
¡Es él!... sí!... Con la diestra
La llama al alejarse en tardo paso.
Ella con labio trémulo murmura
De Hualpa el nombre, y síguele al instante,

De ánsias de amor el seno palpitante
Y hácia él tendidos los desnudos brazos.
El paso él apresura;
Cori vuela también, mas no le alcanza.
Así los dos tres veces de la *tola*
Vueltas en torno dan. Sordo alarido
Ella á la postre lanza:
Háse desvanecido
Súbita la visión, y se halla sola!

Otra vez la sonrisa indefinible,
Hija del alma á la razón agena,
Lúgubre más que el gesto que la pena
En la faz de su víctima dibuja,
De la reina infeliz el rostro anima.
Vacila, y el flexible
Talle medio inclinando busca apoyo
Y en el sepulcro, á no caer se arrima.
Con la siniestra mano el pecho estruja
En inconsciente afán, en tanto el puño
Del arma ajusta la crispada diestra.
Alzala, y con inmóvile mirada
Contémplala, en que muestra
Del ánimo el intento. A la estrellada
Bóveda torna los enjutos ojos.
Luego frases soltando
Escuchadas tan sólo por el viento
Que su pálida faz pasa azotando,

Los baja al cinerario monumento.
En voz al fin más clara
Y que el murmurio de una fuente imita,
Cómo á su negra y espantosa cuita
Quiere ya poner término declara:

«¡Oh mi esposo adorado! la muerte
Te encadena en su reino eternal,
Y es preciso dejar, para verte,
La infelice mansión terrenal.
¡Hualpa! Hualpa! tu lecho de tierra
Cuán suave á tu Cori va á ser!...
¡Yo á tu lado!... ¡oh mi amor!... ¡No me aterra,
Por gozar tanto bien, perecer!...

. . . . . .

A la siguiente aurora
Una jóven pastora
Halló, al pasar, de Cori el cuerpo frio.
Como sobre las hojas de tronchado
Mustio amancay, sobre él ha derramado
Sus cristalinas perlas el rocío.
El alma, al irse, le dejó la marca
De su dolor en la marchita frente,
Muy más que la del suyo la honda herida.
Rodéala de sangre helada charca,
Y aprieta aún en ademán furente
Su yerta mano el arma enrojecida.

Cual toda triste nueva
Difúndese el suceso, y presto lleva
Muchedumbre curiosa y dolorida
A cercar de su reina los despojos.
No hay pecho á tal desgracia indiferente,
Ni quien niegue tributo de lamento
Postrado allí de hinojos;
Y áun diz que el Sol, que la radiosa frente
Alzaba ese momento,
Con negra nube se cubrió los ojos.

Julio, 1860.

NOTAS Á LA VÍRGEN DEL SOL

(1) *Haravico* ó *haravec*. Poeta. Los *haravícos* no sólo cantaban la religión, el heroismo y el amor, sino que ensalzaban también en sus versos la astronomía y la agricultura. Si hemos de creer á Garcilaso de la Vega, áun componían dramas que eran representados en la corte por personas nobles.

(2) *Escogidas*. Vírgenes que se consagraban al sol. El historiador citado las compara justamente con las Vestales romanas, y añade que sus estatutos eran muy semejantes. Para ser *Vírgen escogida* ó esposa del sol, se requería la condición de que fuese noble y bella. La especie de monasterio en que vivían reclusas se llamaba *Acllahuasi* — casa de escogidas.—Acompañábanlas otras vírgenes de segundo orden en calidad de sirvientas, sujetas como las otras á rigurosa clausura. Para este empleo no era preciso que las jóvenes fuesen nobles, pero sí hermosas y puras. La ocupación de unas y otras era hilar, tejer, bordar la ropa que vestía el Inca y su familia, y amasar el pan destinado á los sacrificios. Las que envejecían se ocupaban como maes-

tras de las novicias. La violación de los votos era castigada con extremo rigor, pues se quitaba la vida á la delincuente y se exterminaba su familia; pero «si ella juraba por el sol que éste la había embarazado, debían mantenerla con vida hasta que pariese, y después sepultar á ella sola.» (Velasco. Historia de Quito). Aseguran los historiadores que nunca faltó á sus votos ninguna vírgen.

(3) *Shiri*, que quiere decir *señor de todos*, fué el título de los reyes de Quito. Este reino, cuyos orígenes no es posible fijar con exactitud, dícese que fué establecido por *Quitu*, de donde le vino el nombre. En época remota fué conquistado por los *Shiris de Cáran*, cuya dominación duró mucho, y durante ella puede decirse que maduró y se consolidó su poder, por lo cual no parece impropio decir que Quito llegó á ser su patria.

(4) *Amunta*, astrólogo. *Amauta*, filósofo, sabio, botánico. Los *amuntas* y los *amautas* eran respetadísimos y se les confiaba regularmente la educación de los óvenes.

(5) *Inti-raimi*, fiesta del sol. Se la celebraba por el mes de Junio, y era una de las más solemnes.

(6) *Pachacámac*, el que anima el universo. Tal era el nombre que los indios del Perú y Quito daban al verdadero Dios, á quien llamaban también *Dios no conocido*. Jamás hicieron estatua ni pintura que le representase, y ni aún se atrevían á nombrarle, sino con

muestras de gran temor y veneración, y sólo en caso de grave necesidad. Los peruanos le dedicaron un rico templo en el valle que aún lleva el nombre de *Pachacámac*.

(7) Cacha, último *shiri*, hijo de Hualcopo-Duchicela y padre de Paccha, murió en la batalla de Atuntaqui por los años de 1487. Con su muerte se coronó la conquista de Quito por Huina-Cápac, y éste afirmó su poder tomando á Paccha por esposa, la cual fué proclamada heredera de su padre y por tanto reina legítima de Quito. El matrimonio del inca con ella fué, pues, un acto de política muy oportuno para terminar la guerra y quedarse de soberano del reino que acababa de conquistar. Cacha se defendió con justicia y sostuvo sus derechos con extraordinaria energía; pero fué de carácter violento y temerario.

(8) *Túmbal*, el Marte de los indios de Quito, y á quien habían consagrado un templo en la isla Puná. El dios y sus aras estaban frecuentemente bañados con sangre de prisioneros, hasta que Senaina-Cápac abolió tan bárbara costumbre.

(9) *Uiracocha*. El príncipe Inca-Rípac, hijo del inca Yahuarhuácac, ó llorador de sangre, VII soberano del Perú, tuvo una visión ó sueño en que un fantasma le reveló ciertas cosas relativas al imperio y que se cumplieron, se dice, al pié de la letra. El fantasma, á quien adoraron desde luego como á una nueva divinidad, se llamaba Uiracocha, nombre que Inca-Rípac

tomó en su coronación. Aseguran algunos historiadores que este príncipe predijo la conquista de su imperio, y los españoles, bien sea por esto, ó porque se pareciesen al fantasma en el traje, barba, etc., fueron al principio mirados como séres sobrenaturales y llamados *Uiracochas*. Nuestros indios llaman así todavía á los blancos.

(10) «Y ensalza á la deidad que allá se emplea
Del alto cielo en derramar las aguas.»

Las creencias de los antiguos indios eran frecuentemente poéticas; entre ellos era notable y delicada, á mi juicio, la que colocaba en las nubes una divinidad dulce, virginal y simpática, á cuyo imperio estaban sujetas las lluvias benéficas. Tenía un hermano de carácter maligno, y cuando éste le rompía los cántaros sobrevenían las tempestades. Llamábanla *Ñusta*, título de las doncellas de sangre real. Garcilaso de la Vega ha conservado unos versos en que la celebró un *haravico*. Yo he tratado de imitarlos en la melodía indígena que lleva por título *El Numen de las lluvias*.

(11) *Yaraví*. Las tonadas llamadas *yaravíes* son popularísimas en el Perú y el Ecuador. Generalmente tristes, se adaptan muy bien á la índole melancólica de la raza americana, sin dejar de ser agradables áun para los descendientes de la española y para los mestizos. No hay pueblo ecuatoriano ó peruano en que no se use el *yaraví* en las serenatas, y es inexplicable la sensación de dulce tristeza que se experimenta al oirlo de

un *rondador* (especie de flauta de Pan, compuesta de varios tubos) ó de una guitarra, en altas horas de la noche, bajo un cielo limpio y sereno y á la luz apacible de la luna. *Yaravi* es palabra de uso tan común y antiguo en nuestros pueblos, que bien merecía la honra de ser incluida en el Diccionario de la Academia, como, si no me engaño, la puso en el suyo don Vicente Salvá.

Los antiguos indios gustaban también de las serenatas, como lo prueba Garcilaso de la Vega.

(12) *Tola*, sepulcro de los antiguos quiteños, de figura medio cónica y labrado de sólo piedras y tierra. Sepultaban los cadáveres con los instrumentos, alhajas y áun alimentos que fueran de más gusto para la persona que ponían bajo la *tola* en cuanto moría. La chicha y los manjares eran renovados con frecuencia por medio de un conducto abierto hasta el fondo del sepulcro. Hoy son muy raros éstos, ya porque los conquistadores y sus descendientes los han destruido buscando tesoros, ya porque han desaparecido en los terremotos ó por otras causas.

(13) *Molle*. Arbol de regular magnitud, muy frondoso, de hojas largas, menudas, pegajosas y de color verde claro y olor acre y punjente, que cuelgan en forma de pequeñas palmas. El fruto es redondo y del grueso de la pimienta, rojo y en racimos semejantes á los de la uva. El tronco, espontáneamente ó por incisión, despide una resina blanca, melosa y de olor fuer-

te. Fué árbol en otro tiempo muy estimado de los indios, que hacían uso de las hojas y resina en diferentes medicamentos, y empleaban la película de la simiente en las bebidas. Hoy nace y crece en los lugares incultos, y abunda especialmente en el centro de la provincia Tungurahua. Cuando se le cría con cuidado, es bellísimo como árbol de adorno.

(14) *Panecillo*, nombre español dado al montezuelo que se alza al sur de Quito, á causa de su figura. Los indios lo llamaban *Yahuira*, y en su cima se hallaban el templo del sol y las columnas gnomónicas, que servían para las observaciones de los *amuntas* ó *amautas*.

(15) Para el nombre *Acllai* ó *Acllahuasi* véase la nota 2.

(16) *Amancay*. Especie de azucena; las hay silvestres y comunmente son blancas.

(17) «Es más que la miel sabrosa
Que vierte el maguey herido.»

Sabido es el uso que los indios hacen del maguey ó agave americano; sin embargo, en el Ecuador no se fabrica el pulque como en Méjico, y la miel *(chahuarmishqui)* la emplean en sus comidas solo los indios.

(18) *Huma-raimi* se llamaba la fiesta anual en que se celebraban todos los matrimonios.

(19) Solía ser muestra de grande estimación que el inca daba á sus más nobles vasallos, el convidarlos á sus festines, brindar con ellos, obsequiarles la *coca*,

que usaban solamente los príncipes, y aún darles sus vestidos, que, como se ha dicho, eran tejidos, cosidos y bordados por las vírgenes del Sol.

(20) *Apusquipay*, el que mandaba un gran número de tropas ó todas ellas; equivalía á generalísimo.

(21) *Coillur*. Constelacción de las Pléyades, según el P. Velasco; Garcilaso dice que era el nombre común de las estrellas.

(22) «Hijo del grande Cóndor.» Las principales familias indias creían descender de aves, fieras, montes, etc., y de ello se enorgullecían. Antes que Manco-Cápac trajese el culto de los astros al Perú, y que los *shiris de Cáran* lo introdujesen en Quito, estos pueblos sumidos en rudísima barbarie tenían por dioses los animales, montes, rios, y otros objetos de la naturaleza. Esta idolatría primitiva llegó á desaparecer con la cultura que trajeron aquellos conquistadores; pero quizás, abolido el antiguo culto, los *incas* y *shiris* consintieron y aún fomentaron por política, pues les convendría halagar la vanidad de sus nuevos súbditos, la idea de que los ascendientes de éstos fueron los séres que habían adorado.

(23) La fiesta de *Anta-situa* era marcial, como se indica en el texto, y á ella concurrían todos después de haberse preparado con ayunos y ceremonias religiosas, como se preparaban para las demás. Parece que los disfraces y bailes que con el nombre de *danzantes* usan todavía los indios, especialmente en la festividad del

Corpus y en *Cuasimodo*, son reliquias del *Anta-Situa*.

(24) *Curaca*, señor de un estado.

(25) *Ñusti*, noble, especialmente la persona de sangre real.

(26) *Quinde*, Nombre quichua, y aún hoy popular, del colibrí.

(27) «Tú *Huaca* será mi *Huaca*,
Tu *Vilca* será mi *Vilca*.»

Los *Huacas* y los *Vilcas* eran los dioses domésticos de los indios, como los Penates de los romanos, y les erigían altarcillos en las casas. *Huacas* llamaban también los templos y otros lugares sagrados.

(28) *Alverjilla* ó *arvejilla*, planta enredadera, semejante á la de la arveja común, pero más grande; produce una flor bellísima y muy fragante; su color es variado, pero comunmente es roja.

(29) *Penco*, la hoja del maguey y la cabuya, y que los indios hacen servir á manera de teja para cubrir sus barracas.

(30) El *higuerón* es uno de los árboles más corpulentos de nuestras selvas. En su tronco ó en sus ramas como en las de cualquier otro árbol, se cría el parásito, cuyos mimbres descienden como delgadas cuerdas hasta el suelo; una vez arraigados en él, se desarrollan con rara vivacidad y fuerza, enlazan y matan el árbol que les ha dado la vida, y queda triunfante el *matapalo* que casi siempre llega á una robustez y altura desco-

munal. Creo inútil aumentar en una leyenda como la presente, el número de notas esplicativas de árboles, arbustos y flores. El texto se comprende bastante bien sin ellas. El lector curioso puede consultar el opúsculo *Juicio imparcial sobre La Vírgen del Sol, por Fray Vicente Solano. Cuenca, 1861.*

(31) *Puma.* Nombre quichua del león. Aún lo conservan los indios.

(32) *Jora.* Maiz germinado con se fabrica la *chicha*, bebida favorita de los indios.

(33) *Supay.* El diablo. Los indios de las selvas de Oriente le dan el nombre de *Mungía.*

(34) *Saramajo.* Arbol que da una resina blanca del mismo nombre, que tiene olor semejante al incienso cuando se le quema.

(35) *Churu.* Caracol. Soplado por el conducto que se le abre en el vertice, da un sonido monótono y fuerte. Era instrumento marcial de los indios, y hoy lo usan en algunas partes para animarse en los trabajos en común, lo cual llaman *minga* ó *chaco.*

(36) *Palla*, princesa, aún soltera, de la familia de los incas.

(37) Huascar, primogénito de *Huaina-Cápac*, cayó prisionero de su hermano Atahualpa en la batalla de Quipáipan, por Abril de 1532. El vencedor fué proclamado inca soberano del imperio que había poseido el padre común, esto es, Perú y Quito unidos. Una flocadura carmesí que rodeaba la cabeza, y una pluma de

curiquingui, ave sagrada de los incas, eran las insignias del soberano del Perú, y una gran esmeralda al pié de un magnífico penacho, la de los *shiris* ó reyes de Quito.

(38) «De sueño secular el Cotopaxi
Al estridor de la conquista vuelve.»

Es seguro que el Cotopaxi hizo muchas erupciones antes de la conquista; pero quizás llevaba siglos de no mostrar actividad, cuando vino á aterrar á los moradores de sus vecindades, y aún de lejanas tierras con la erupción que hizo en los días en que los españoles conquistaban el reino de Quito. El haber asegurado los indios que el suceso estaba pronosticado como señal del término de su poderío, puede que fuese ocurrencia de esos días ó poco posterior; pues los indios, como todo pueblo sencillo, han sido siempre inclinados á lo misterioso y á dramaticar los hechos más naturales.

(39) . . . . «En Cajamarca suelta
Su voz Valverde, etc.»

Según la historia, el P. Valverde dió á Atahualpa el Breviario ó los Evangelios, diciéndole que allí encontraría la explicación de los puntos religiosos de que le había hablado; el inca aplicó el libro al oido, y al ver que no le decía nada, lo arrojó al suelo. El P. gritó entonces encolerizado: «¡Alarma, cristianos, que este perro arroja los Evangelios de Jesucristo!» y levantó el Crucifijo; á cuya señal acometieron los españoles á la multitud é hicieron espantosa carnicería en

ella. Todo lo dicho en este trozo de la Leyenda y en algún otro es, pues, rigurosamente histórico. Es necesaria esta advertencia, porque en España y aún hoy en América, no faltan personas quisquillosas que toman como ofensa á la madre patria el recuerdo y la condenación que alguna vez se hace de las injusticias y crueldades de la conquista, como si en España mismo faltasen escritores que las han condenado. El autor de esta obrita, que se precia de descender de españoles, se precia tambien de ser siempre respetuoso para con la verdad histórica, y de no haber dejado que penetren nunca en su corazón las prevenciones injustas y hasta pueriles ni el odio salvaje que se atribuye á algunos americanos respecto de los españoles. Cuando es preciso hablar de lo pasado, lo hace con toda verdad; cuando se ve en la necesidad de elogiar ó vituperar las acciones de los hombres, lo hace sin extralimitarse de lo justo. Hijo de España, tiene por ella simpatías y respeto; americano, ama á la América con entusiasmo; pero hombre de bien, ante todo, idolatra la verdad y la justicia y las rinde sincero culto.

(40) *Mitimáes*. Dábase este nombre á las familias y á los individuos que, por órden del Inca, se trasladaban de un pueblo á otro á establecerse en el. La política de los Incas trató siempre de unificar la raza de sus vasallos, borrando toda diferencia de lengua, religión, costumbres, leyes, etc.; y para esto se valieron de la medida indicada y de otras, propias del absolu-

tismo, que era el alma de su gobierno. Parece que consiguieron su objeto, pues en tiempo de Huaina-Cápac, excepto quizás en la lengua que conservó, al precer, la variedad del dialecto, la unidad del imperio fué admirable.

(41) . . . . «Llenas las copas
Bebieron del licor que causa sueño,
Y que el astuto Rumiñahui hiciera
Adrede preparar, la ley rompiendo.»

El hecho es histórico. Los Incas, que cuidaban mucho de la moralidad de las costumbres, habían prohibido bajo penas severas la preparación y uso de bebidas que embriagan y embrutecen.

(42) *Huirochuro*. La siguiente descripción de este pájaro bellísimo, es exacta: «Es del tamaño de la mirla, con la cabeza grande y el pico grueso y negro. Todo el es de color amarillo, con manchas negras y blancas en las alas. El canto natural, que es de voz alta, compite con el del ruiseñor, teniendo varias diferencias altas y bajas, bellísimas. Nunca se domestica cogido grande, y aún criado desde tierno es indomable y furioso.» (Velasco, Hist. de Quito). Sólo en el elogio del canto el P. Velasco no está en lo justo, pues no es tan agradable.

(43) *Coya*, reina; la primera esposa del Inca, que era regularmente su propia hermana.

(44) *Llquino*, uno de los rios auríferos de la región oriental del Ecuador.

(45) La *bandurria*, ave que vive en los páramos y junto á los nevados. Es del tamaño de una gallina, cuello algo semejante al de la garza, zancas amarillas y pluma cenicienta. Se hallan bandadas de seis, doce ó más, y son compañeras fieles hasta la muerte: cuando cae una al tiro del cazador, las demás voltean á poca altura de ella, mostrando inquietud y gritando cual si quisieran animarla á levantarse y volar. Esta constancia imprudente por salvar á una compañera, suele costar la vida á muchas otras.

(46) *Uillac-uma*, gran sacerdote del sol.

(47) En la primera edición de esta Leyenda se hacía desaparecer á Rumiñahui entre las quiebras del monte de este mismo nombre, que según el historiador Velasco lo había recibido de aquel tirano. Como se indica en una nota de aquella edición, el doctor don José Fernández Salvador tuvo conocimiento del fin de Rumiñahui, á quien ahorcaron los españoles; pero yo quise atenerme al relato de Velasco. Posteriormente el doctor don Pablo Herrera, mi amigo, infatigable investigador de nuestra historia antigua, ha venido á confirmar el dicho del doctor Fernández Salvador, con haber descubierto el acta del juzgamiento y muerte de *Orominavi*, alteración de *Rumiñahui*. Esta manera de desfigurar los nombres *quichuas* era común entre los conquistadores, y de ello nos dan muestras repetidas los historiadores de indias de aquellos tiempos. En cuanto á la circunstancia de haber dado Rumiñahui su

nombre á la montaña, me inclino á creer que fué lo contrario, esto es, que el indio tomó el de ella. ¿Quién sabe si, conforme á la creencia de esa gente, Rumiñahui no se creía descendiente de esa eminencia volcánica de los Andes, conocida aún con su nombre?

NOTAS Á LAS MELODÍAS INDÍGENAS

(Las notas anteriores esplican muchos nombres y hechos de estas poesías, por lo cual no se repiten sus aclaraciones).

(48) *Nandú*. Abestruz.

(49) Los Incas solían poner delante de los templos del Sol magníficos jardines, en los cuales se admiraban plantas, flores, frutas, aves, etc., labrados de oro y plata. (Véase á Garcilazo Inca) A estos jardines se alude en los versos del texto.

(50) *Llauto* ó *llauta*, insignia del inca reinante. Consistía en una flocadura púrpura que le rodeaba la cabeza. La insignia de los soberanos de Quito era una esmeralda.

(51) Poco tiempo después de conquistado el reino de Quito por el inca Huaina-Cápac, el régulo de Puna le invitó á que pasase con los nobles y guerreros que

le acompañaban, á su residencia en aquella isla, para festejarlos como amigo; éstos se adelantaron, y en la travesía fueron sorprendidos y asesinados. Huaina-Cábac atacó á mano armada al régulo y demás traidores, los venció é hizo en ellos terrible escarmiento.

(52) *Purúa,* nombre quichua de lo que es hoy provincia del Chimborazo. En este territorio, que un tiempo constituía un estado indio independiente, tenian los incas palacio suntuoso y jardines. A una jornadá de *Ric-pampa* (hoy Riobamba) está la llanura de *Tiocajas*, en donde se dió la batalla á que alude el texto.

(53) *Cuzco*, capital del imperio peruano fundada por Manco-Cápac. Huina-Cápac, conquistado el reino de los Shiris, prefirió residir en Quito.

(54) Con la muerte del *shiri* Cacha en la batalla de *Hatun-taqui*, quedó terminada, más no segura, la conquista de Huaina-Cápac. Este, hábil político como egregio guerrero, la dió firmeza con honrar noblemente la memoria de Cacha, tratar bien á sus soldados vencidos, y casarse luego con Paccha, hija del shiri y heredera del trono.

(55) *Tumipampa*, ciudad notable en las inmediaciones de Cuenca, la cual fué arrasada en las guerras civiles de los incas Huascar y Atahualpa. Este no fué nada feliz al principio de ellas y cayó prisionero en *Tumipampa;* mas pudo fugarse de la prisión, y sus vasallos tuvieron este hecho como prodigio obrado por el Sol á favor de su descendiente.

(56) El hecho en que se funda este poeta es histórico: Cori se suicidó de dolor el dia en que trajeron á Quito el cadáver de su esposo Atahualpa.

(57) Grande lago *(Hatun-Cocha)* ó Lago madre *(Mama-Cocha)* llamaban los indios al mar. Al principio de la conquista creían que los españoles habían nacido de él.

(58) «De acicalado cobre ancha cuchilla.

Los indios no usaban el hierro en sus armas y herramientas, aunque parece que no les era desconocido, sino el cobre, la piedra, el hueso y las maderas duras, como la *chonta*.

ÍNDICE

		Pág.
Prólogo.		VII
La Vírgen del Sol.—Primera parte. La inspiración.		17
I	Preliminares.	21
II	Misterios nocturnos.	24
III	La Familia de Humán.	36
IV	El sí de la Novia.	45
V	La Fiesta de Antasitua.	54
VI	Toa y su Padre.	68
VII	La Caza.	76
VIII	La Tempestad.	87
IX	Elección imprevista.	95
X	La Vírgen del Sol.	109
XI	¡Tarde es ya!	122
XII	¡Venganza, no más amor!.	131

SEGUNDA PARTE

		Pág.
I	El Furor de la Venganza.	143
II	El Pastor Fingido.	158

		Pág.
III	Llanto de la Vírgen	171
IV	La fuga	178
V	La Cabaña en el Bosque	196
VI	La Delación	215
VII	Efusión de Amor	229
VIII	La Leona herida	241
IX	Las Prisiones	255
X	La Amante fiel	264
XI	Ultimos conflictos	276
XII	Final	289

MELODÍAS INDÍGENAS

	Pág.
A Cori desdeñosa	303
Tus ojos	305
Las Prendas	306
La India orgullosa	308
Letrilla	311
El Mitimáe	314
El Fuego nuevo	317
Al Numen de las Lluvias	319
Las dos Tórtolas	321
Los Amancayes	325
Llanto del alma	329
Amor perdido	331
El Ave de la Tola	334
La Tola volcada	337

Pág.
Atauchi el Huérfano. 339
La Madre y el Hijo. 346
Canto fúnebre. 350
La Fiesta de los Muertos. 353
Despedida del Guerrero. 356
Huaina-Cápac. 358
Himno de las Vírgenes del Sol. 365
Muerte de Cori. 371
Notas. 381

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

MAR 29 1947

REC'D LD
15Apr'65EK
JUN 7 '65 -3 PM

FEB 4 1967 8 B

RECEIVED
MAR 3 '67 -11 AM
LOAN DEPT.

AUTO DISC DEC 1 3 1990

SENT ON ILL
JUL 2 0 2006
U.C. BERKELEY

LD 21-100m-12,'43 (8796s)

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C003257009

YC 55830

M95695

789
M552
vir
1887

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY